



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

TRAL

820

-

5

NUEVA TRADUCCION
DE LAS
RESPUESTAS

CLARAS Y SENCILLAS

A LAS OBJECIONES

E MAS COMUNMENTE SUELEN HACERSE

CONTRA LA RELIGION.

Quinta edicion corregida y aumentada.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

MADRID.—1857.
IMPRESA DE TEJADO, EDITOR.
Leganitos, 47.



R.8283



PROLOGO DEL EDITOR.

En cumplimiento del propósito que tengo de irte ofreciendo varios libritos de mucha miga y poco bulto, con los cuales te formes una BIBLIOTECA MANUAL DEL CRISTIANO, te presento ahora, lector amado, esta NUEVA TRADUCCION del precioso cuaderno escrito en francés por el Presbítero Monsieur G. Segur, y cuyo objeto es, como su título mismo te lo dice, desvanecer por medio de respuestas claras y sencillas los argumentos y objeciones que la ignorancia ó la malicia hacen más comunmente contra la santa Religion de nuestros padres.

Al poner en castellano este librito, debo confesarte que, si bien en sustancia no te doy más ni menos de lo que tan hábil y piadosamente ha escrito el autor francés, he procurado hacerlo con alguna más extension, que me ha parecido no sólo conveniente sino tambien necesaria, para que, penetrando con la claridad que yo deseo en tu gusto y tu entendimiento, te sea tan agradable y provechoso como lo pedimos á Dios los que te queremos bien, lector mío.

Católico por la gracia de Dios, como el autor francés de estas RESPUESTAS, dicho se está por lo mismo, que nada he pretendido alterar ni he alterado de la pura doctrina en ellas contenida, la cual no es más ni menos que la que á todos nos enseña nuestra Madre comun la Santa Iglesia Católica.

Pero español tambien, que para españoles publico mi traduccion, he pensado que no estaria de sobra acomodarla, más que á lo literal del texto francés, á las costumbres, á las ideas, á las necesidades, á los gustos, y aún al estado mismo de la instruccion popular, propios y naturales hoy de nuestra España.

Lo bueno que aquí encuentres, del autor francés es y no mio. Lo que encuentres malo, caro lector, achácalo á mi solo.

Una sola cosa me atrevo á asegurarte en favor mio: y es que iguales son en el autor francés y en mí la intencion y el deseo de ayudarte á conocer bien, y á amar con toda tu alma, y á practicar con todo celo esta Religion cristiana, tan dulce y tan hermosa, tan sublime y tan sencilla, tan practicable y tan santa.

Te diré, con el autor francés, que aunque este librito habla de cosas muy formales, no por eso se ha pretendido en él *predicarte sermones*, sino pura y simplemente *platicar* contigo algunos ratos, de manera que á un tiempo mismo te diviertas y te instruyas, te recrees y te edifiques.

Podrá alguna vez parecerte demasiado trivial mi estilo, y vulgar en demasía mi lenguaje. Pero ten en cuenta, que no todos los entendimientos son tan penetrantes como el tuyo; y que estas conversaciones, útiles y todo, como las creo, aun á los más sábios, van principalmente dirigidas al bien de gentes sencillas y sin letras.

Puedo asegurarte , lector mio , que hasta ahora no habia yo conocido todo lo difícil que es hablar *bueno* , *breve* y *claro*. Así es que dudo mucho de haberlo logrado ; y el único temor que me inquieta , es el de que haya un solo lector que pueda alguna vez no haberme entendido.

El órden seguido en estas conversaciones, verás que es poner delante la OBJECCION , y en seguida dar la RESPUESTA. Primero van respondidas las objeciones peores, que son las de los *imptos*, interesados en desacreditar y destruir una Religion enemiga de sus vicios y de su orgullo : luégo están las de los *ignorantes*, que se meten á criticar lo que no conocen ni entienden: y vienen , por último , las de los *cobardes*, que no tienen valor para confesar y practicar aquello mismo que saben y creen como verdadero y como santo.

De todas estas especies de objeciones , ya se yo que, gracias á Dios , muchas de ellas nadie suele hacerlas en España. Pero van corriendo para nuestra patria unos tiempos en que conviene á los hombres de fe y de buena voluntad el andar bien armados y prevenidos por el camino de la vida, y el conocer á fon-

do y de antemano quiénes son y qué pretenden los enemigos, pocos por fortuna, que por acá tiene nuestra Religion.

¡Oh tú, quien quiera que seas, lector amado! ora seas sábio y de agudo ingénio, ora ignorante y rudo; ora vivas como cristiano, ora como gentil; ya seas hombre de mundo y de gran tono; ya pobre, oscuro y humilde: para todos se ha escrito esta obrilla, y á todos puede aprovechar.

Tomadla todos *sin prevencion y sin priesa*: no leais *mucho de una sola vez*; pero leedla *toda, desde la primera página á la última*.

Meditad en lo que vayais leyendo: escudriñad, discutid con vosotros mismos las razones que os doy. Preguntad lo que no entendais, procurad leer más extensamente en otros libros lo que os parezca dicho con demasiada brevedad en este (1).

(1) Como exposicion á un mismo tiempo clara, completa y breve de nuestra Religion, me atrevo á recomendar especialmente el *Catecismo de la Doctrina Cristiana, explicado, etc.* por el licenciado MAZO.

Como discusion extensa y grave de todas y cada una de las objeciones respondidas en este libro, nada conozco mejor que la ya famosa obra escrita en francés por M. AUGUSTO NICOLÁS, y traducida al castellano con el título: *Estudios Filosóficos sobre el Cristianismo*.

No acepteis nada que no os convenza. Pero procurad, por Dios, leer con buena fe, dispuestos á no desechar la verdad si se presenta á vuestro entendimiento. Haced esto, y mi trabajo no habrá sido en vano.

¿Quereis entender bien mis RESPUESTAS? Pues leedlas con propósito firme de ser hombres honrados.

La verdad penetra muy fácilmente en todo el que no tiene interés en sacarla por mentira.

Ni tampoco desdeñeis este libreo por humilde, que algo debe valer cuando, en una nacion tan culta como Francia, ha sido ya reimpreso *treinta y cuatro veces* nada-ménos. Y en todo caso, concluyo rogándoos que, si algo se os ocurre decir contra él, cargueis la mano sobre el inhábil seglar que os lo da traducido, y ninguna culpa echéis sobre el ilus-

Como conjunto de reglas prácticas, fáciles y seguras para fortalecer la razon y rectificar el juicio, escribió el malogrado BALMES su inapreciable *Criterio*, que debiera todo el mundo saberse de memoria.

Por último, como aplicacion de la doctrina católica á las más profundas é importantes cuestiones del orden social y político la Europa entera conoce ya y admira el *Ensayo sobre el Catolicismo, Liberalismo y Socialismo*, del tambien malogrado Donoso Cortés.

trado y virtuoso sacerdote que ha compuesto el original.

Que os haga bien mi trabajo, hermanos mios, y decid de él lo que queraís.

Con las anteriores palabras presenté al público la primera edicion de esta obrilla, que ha sido verdaderamente afortunada hasta un punto que yo no podia esperar. Estímulos lisonjeros, elogios muy apreciables, advertencias provechosas, y hasta caritativas correcciones ha merecido mi humilde trabajo.

Quiera el Cielo recompensar tan cristianas atenciones: yo nada más puedo sino agradecerlas en lo íntimo de mi alma.

A todas, sin embargo, procuré corresponder en la segunda edicion, ofreciéndola purgada de algun descuido que benévolamente se me habia señalado en la primera; y aún no satisfecho de haber enmendado y suplido todo lo necesario, todavía me pareció oportuno aumentar la tercera edicion con un *Apéndice á la Respuesta XXXII*, (que en la presente pongo ya intercalado en el texto) consagrado á combatir rancias y perniciosas preocupaciones contra varias prácticas devotas y cier-

tas instituciones católicas, nécia ó malignamente reputadas por algunos como abusos de la Iglesia.

Parece que he logrado hacer algun bien.
¡Bendito sea Dios!

OBJECIONES

Y

RESPUESTAS.

OBJECION I.

¿Qué falta me hace á mí la Religion? A fe que yo no tengo ninguna, y esto no me quita de estar tan gordo y tan bueno.

RESPUESTA.—Excelente discurso, si yo te quisiera ofrecer la Religion como un medio de estar gordo y bueno. Pero dime tú, si no hemos venido á este mundo más que para echar carnes como los cerdos; porque todos los hombres, en todos tiempos, han creído otra cosa, y no me parece fácil que tú solo tengas razon contra todos los hombres.

La Religion te enseña lo que es bueno y

lo que es malo; te muestra los medios seguros para que obres lo bueno y aborrezcas lo malo; te promete el premio de una gloria sin fin si obras lo bueno, y te asegura el castigo de un infierno, tambien perdurable, si obras lo malo. En resúmen, la Religion nos enseña lo que somos los hombres, de dónde venimos, la senda que debemos seguir en esta vida, y el término que nos aguarda en la otra, proporcionado al bien ó al mal que hayamos obrado en la tierra. Si esto no te interesa, no sé qué cosa puede interesarte en este mundo.

Por de pronto, dime tú, discurrendo con ta razon natural, si te parece posible que viva del mismo modo un hombre religioso, que otro que no tenga religion ninguna; dime tú qué interes tiene en ser bueno el hombre que ningun premio aguarde, y qué freno puede contener las maldades del que ningun castigo tema en la otra vida. ¿Crearás que sea bastante para dejar de obrar mal el temor á la justicia de los hombres? Esto no puedes creerlo, pues ni la justicia de los hombres tiene poder contra todos los malos, aunque sepa sus maldades, ni es tampoco tan sabia y prudente que pueda saber todo el mal que se obra. Podrá la justicia humana castigarte si metas á un hombre; pero ¿podrá del mismo modo castigar el deseo que tengas de matarlo, miétras no lo pongas por obra? Y no me dirás que el solo deseo de

matar á un hombre no sea ya una maldad que por fuerza ha de recibir su castigo.

Voy á ponerte esto más claro todavía. Supongamos que tú eres un hombre sin Religión ninguna, lo que Dios no permita: supongamos que te nombran Juez en la causa de un vecino tuyo que ha matado á su padre con un puñal. ¿Qué sentencia darás contra este hijo malvado? De seguro, lo condenarás á un patíbulo. ¿Y por qué lo condenas? Porque sabes que el matar á su padre es un delito horrible; porque tu conciencia de hombre te dice que un delito de esta especie debe ser castigado; y últimamente, porque hay leyes humanas que lo condenan y castigan con la muerte. Pues figúrate ahora que este hijo delincuente ha matado á su padre, no con un puñal, sino á fuerza de disgustos que le ha causado, y con la deliberada intencion de que se muera de pena. ¿Qué sucederá en este caso? En primer lugar, es muy difícil probar en juicio los disgustos que el hijo le haya dado al padre; y mucho más difícil de probar todavía que le haya dado estos disgustos con la deliberada intencion de que se muera á causa de ellos; en segundo lugar, aunque todo esto se probara, sería imposible probar que efectivamente esos disgustos, y no otra causa cualquiera, han ocasionado la muerte del padre. De manera que la justicia humana parece absolutamente de medios, no ya para

castigar, sinó ni áun para juzgar esta clase de delito. ¿Qué resultará entónces? Que el delito quedará sin castigo. Y ello no hay remedio: igual es el crimen en un caso y en otro: tan criminal es el hijo que mata á su padre de una puñalada, como el que le mata á fuerza de causarle disgustos, con deliberada intencion de que se muera. Este crimen no puede ser castigado por la justicia de los hombres: tu conciencia te dice que no se puede quedar sin castigo; los hombres no se lo dan; ¿quién se lo dá?

Se lo dá Dios. Esto cree el que tenga Religion; pero ¿y el que no la tenga? El que no la tenga, verá que el crimen se queda sin castigo: no lo recibe de los hombres, porque la justicia humana no alcanza á probar, ni áun quizás á saber el delito: no lo recibe de Dios, porque no hay Dios.... ¡Qué horror, hijo mio! Y sin embargo, en esto viene á parar el no tener Religion.

En vista de este ejemplo, no me negarás que la Religion es, cuando ménos, una cosa *conveniente*. Una vez confesado esto, y aunque tengas la desgracia de pensar que no hay ninguna religion verdadera, por poco razonable que seas, habrás tambien de confesarme que *no es imposible* que la haya; del mismo modo que aunque tú no creas que yo estoy escribiendo estas líneas con la mano izquierda, por ejemplo, confesarás que no es imposible que así sea. Es decir que no sólo

me confesarás que la Religion es una cosa *conveniente*, sinó tambien que es *posible* que haya una verdadera.

Porque una de dos : ó tú me aseguras que no hay ninguna Religion, ni verdadera ni falsa, ni mala ni buena, y me lo aseguras con la misma certeza con que aseguras que estás ahora leyendo este libro ; ó me confiesas que es *posible* que haya alguna Religion verdadera. Lo primero no puedes tú asegurármelo, porque no lo sabes ; y si me confiesas lo segundo, yo te diré : Si, por una parte, no es *imposible* que haya una Religion verdadera, y por otra, es *conveniente* que la haya,, racional y juicioso es pensar que *la hay*.

Y la hay, hijo mio, la hay. No te pido que me lo creas desde luégo por mi palabra; pero lee con atencion estas pocas páginas que te presento : procura hacerte cargo de todas las razones que te doy : consulta con personas sensatas y buenas lo que no entendieres; procura, al mismo tiempo, refrenar los malos pensamientos que nacen en tu alma, los vicios y pasiones que dominan tu corazon. Haz esto, hijo mio, y la ayuda de Dios no te faltará, y te dará luz para que veas la verdad de lo que yo te enseño, y te dará la firme voluntad y el ardiente deseo de obrar conforme á esta verdad que, con la misma ayuda de Dios, quiero enseñarte.

Mira, hijo mio : en todos tiempos ha habido

hombres perversos, interesados en apartar de lo bueno á los demás y en enseñarles lo malo; pero hoy dia permite Dios que haya muchos más medios que nunca ha habido de pervertir y de alucinar al mundo. La santa Religion que yo voy á enseñarte, manda á los ricos que tengan caridad, y á los pobres que tengan paciencia. Pues bien, hijo mio, los ricos endurecidos, que no quieren tener caridad con los pobres; y los pobres soberbios, que se cansan de sufrir con paciencia sus trabajos, tienen interes en que se olvide ó se aborrezca una Religion que no quiere que los ricos abandonen á sus hermanos los pobres, ni que los pobres se apoderen por fuerza ó miren con envidia los bienes de los ricos. Todo el rico que no quiere dar nada al pobre, y todo el pobre que desea apoderarse injustamente de lo que posee el rico, son enemigos de la Religion.

Es menester que te penetres bien de esto para que desoigas y condenes, como es justo, la multitud de cosas que te dirán y te alabarán contrarias á nuestra santa Religion. Los interesados en perderte, no te dirán que esta Religion tan calumniada por ellos, ha sido creida y practicada, y enseñada y defendida por los hombres más sábios y más buenos que ha habido en el mundo. Sin salir de nuestra España, te nombraré al prudente, al esforzado, al humilde y venturoso nuestro Santo Rey Don Fernando III, terror de los

Moros, conquistador de Sevilla, y autor de las Leyes más veneradas que rigen á nuestra Monarquía: te citaré á la piadosa heroína nuestra Reina Católica Doña Isabel I, la que conquistó á Granada y acabó de echar de nuestro territorio á los Moros y Judíos que lo infestaban y oprimían: te citaré á nuestro Rey Carlos I, el Emperador, que después de haber sido señor del mundo entero, fue á acabar sus días santamente en el monasterio de Yuste. Y no haré sino menciónarte el gran número de compatriotas nuestros que, desde los tiempos más remotos de la Monarquía, han venido admirando al mundo por su saber y sus virtudes; un San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, grande historiador y gran filósofo; un San Vicente de Ferrer, á cuya palabra caían helados de espanto los soberbios y se regocijaban los humildes; un San Francisco Javier, Apóstol de las Indias; un Cardenal Gimenez de Cisneros, ilustre Ministro de la Reina Católica; un San Ignacio de Loyola, un San Juan de la Cruz, una Santa Teresa, un Venerable Maestro Fray Juan de Avila; y en fin, otros miles de miles, pues sería cuento de nunca acabar. Y no te hablo de los grandes artistas y poetas que, inspirados por nuestra santa Religión, nos han dejado para eterna memoria de su nombre esas catedrales, esas pinturas y esculturas, esos poemas de toda especie, que nos envidia el mundo. Y no te hablo tampoco del sinnú-

mero de hombres, no ménos eminentes en saber y en virtud, nacidos fuera de nuestra España: de un San Luis, Rey de Francia, tan ilustre por su valor como por su ciencia y virtudes; de un Santo Tomás de Aquino, lumbrera del mundo, y el hombre más sábio que ha tenido la tierra; de un San Vicente de Paul, verdadero Ángel de la Caridad, fundador de esas Hermanas celestiales que ves á cada hora arrojando la muerte en los campos de batalla y en los hospitales pestilentes; de un San Francisco de Sales, tan profundo conocedor del corazon humano; de un Pontífice Gregorio VII; pacificador de la Iglesia, abogado de los débiles, freno de los opresores; de un San Pio V, reformador de la Iglesia.

Dime por tu vida, hijo mio, si encuentras que pueda compararse con cualquiera de estos, ni en sabiduría, ni en virtud, ni en grandeza, ni en heroismo, ninguno de esos que te hablan ó te escriben en contra de la Religion. Dime por tu vida si es conveniente, si es natural, si es racional siquiera, negar que sea útil, y dudar de que es santa y verdadera una Religion que tiene á su favor el testimonio de servidores tan ilustres y en número casi tan infinito.

Dime, en fin, y sobre todo, si puede ser puesta en duda, ó despreciada una Religion que ha hecho al mundo tan grandes beneficios como son el establecer entre los hombres

esa Caridad por la cual, considerándose todos como hermanos, hijos del Padre comun que está en los Cielos, llegan todos á ser verdaderamente *libres* y verdaderamente *iguales* ante el Dios bueno que á todos los hizo de la misma masa, y á todos infundió entendimiento para conocerle y voluntad para amarle.

¡Ah! ¡si te pararas un poco á considerar el bien que ha hecho esta Religion Santa! ¡Si la vieses, como yo la veo, enjugar á cada instante las lágrimas del pobre, convertir los corazones más depravados, y derramar en todas partes la verdad, la paz, la esperanza y la alegría!

Quiero contarte aquí brevemente una historia que viene á pelo. Hubo en España, ha ya más de dos siglos, un caballero llamado Don Rodrigo Calderon. Nacido este tal de padres no ricos, aunque hidalgos, llegó por varios modos á verse en tal altura, que aunque falto de merecimientos y de vida nada cristiana, alcanzó á ser primer Ministro y poderoso privado del Monarca Don Felipe III, que entónces reinaba; tuvo los títulos de Conde de la Oliva, Marqués de Siete Iglesias, y alcanzó, en fin, tal grandeza y poderío, que él solo disponia de todos los dineros y de todas las mercedes del Reino. Ensoberbecióse Don Rodrigo hasta tal punto con tan inesperada fortuna, y soltó á sus pasiones tan larga rienda, que atropellado por sus propios desmanes y perseguido por sus émulos, perdió

en un dia, con la gracia del Soberano, su poder, sus riquezas, sus honores; y encausado y preso, fue condenado por sentencia del Rey á morir degollado en la Plaza Mayor de Madrid.

Oyó D. Rodrigo su sentencia con gran valor, y volviéndose á un Crucifijo que estaba en su prision, exclamó compungido: « ¡ Ben-dito seais, mi Dios ! cúmplase en mí vuestra voluntad. »

Desde este momento, su vida fue tan penitente y santa, que las asperezas de ayunos, cilicios y otras con que se trataba, no ménos que la humildad con que adornaba todo su porte, y las grandes limosnas que hacía, sólo podian compararse á la ostentacion en que habia vivido ántes de llegar á aquél trance.

De esta manera pasó tres meses aguardando la ejecucion de su sentencia, hasta que ya una noche su confesor, después de haberle encarecido los premios que Dios da á los que saben aprovecharse de lo que padecen, ofreciéndole sus trabajos en retorno de su sagrada Pasion, le anunció que de allí á dos dias daria su cuello al verdugo. « Quiera Dios, Padre mio, (le respondió D. Rodrigo entónces) que mis pecados no sean parte para que yo pierda tanto bien, pues por ahora le puedo asegurar que me ha dado S. M. tanto gusto al condenarme á muerte, que si no pareciera mal, me riera. »

Lleno el rostro de alegría y con grandisi-

mos actos de fe recibió al siguiente día por la mañana el Santísimo Sacramento, diciendo tiernamente: «Señor mio Jesucristo! pues hoy venís vos á mí, consiga yo ir mañana á vos: en vuestras manos encomiendo mi espíritu...»

Pidió luégo recado de escribir; y puso á su padre, que aún vivia, una carta donde entre otras cosas le dice: «Triunfó la emulacion, pero con tan distinto modo del que discurrieron sus designios, que habiendo sido su fin perderme para siempre, para siempre me he ganado asegurándome lo principal, que es mi salvacion, segun la confianza que tengo de la Divina misericordia... Se me ha confirmado la sentencia de muerte, que padeceré tan gustoso, que deseo por instantes llegue el de entregar mi garganta al cuchillo, y derramar mi sangre por la voluntad de mi Señor Jesucristo, en descuento de mis pecados, pues el mismo Señor tan liberalmente derramó por mí la suya.»

En este ánimo continuó hasta su última hora. Lo único que le causaba gran vergüenza, era el considerar que daba ocasion con sus devociones para que se creyese que era más ostentacion que virtud; y con este pensamiento, poco ántes de salir al patíbulo, quitóse los cilicios para que no se hiciesen publicos. Á todos sus amigos y criados consolaba, diciéndoles: «Señores, ahora no es tiempo de llorar, pues voy á ver á Dios y á ejecutar su santísima voluntad.»

Llegado á la puerta de la casa en que habia tenido su prision, vió la mula en que habia de ir, y dijo: «Jesús ¿mula para mí? no habia de ser sino un seron en que me llevasen arrastrando, y me fuesen atenaceando, sacándome bocados de mis carnes.»

En el último escalon para subir en la mula, dió el Santo Cristo á su confesor, y tomando la rienda en la mano izquierda, se santi-
guó con la derecha, puso el pié en el estribo, y teniendo el otro el verdugo, subió á caballo tan airosamente y con tanto valor como si fuera á fiestas. Luégo se compuso la túnica, y volvió á tomar el Crucifijo, besándolo con grande fervor. Llegó luégo el verdugo á atarle las piernas con una liga por debajo de las cinchas de la mula, y le dijo D. Rodrigo: «No me ates, amigo ¿piensas que me tengo de escapar? Bien sé que voy á morir» Replicóle su confesor: «Sosiéguese V. S.; que el verdugo obra lo mandado» á lo cual respondió D. Rodrigo: » Pues siendo así, ata, amigo, ata.»

Empezó á caminar y el pueblo lastimado pedia por él á gritos diciendo: «Dios te perdoné; Dios te dé valor; Dios te dé buena muerte» y él respondia sin mirar á nadie: «Amen: Dios os lo pague, que sí hará.» Llegó su confesor á animarle, y le respondió. «Padre mio, vamos en buen hora, que no me falta ánimo, pues le llevo grandísimo para padecer esta muerte, pues por mí la padeció

más deshonrada mi señor Jesucristo. Vámonos en nombre de Dios; y pues su Divina Magestad y el Rey mi señor lo quieren, voy contentísimo á cumplir su voluntad y pagar mis pecados.» Y más adelante añadía: «Padre, esto no es ir afrentado, esto es ir siguiendo á mi Señor Jesucristo, y triunfando; pues á su Divina Magestad le iban blasfemando y escupiendo, y á mí me van encomendando á Dios. Ruegen á Su Magestad, Padres míos, no quiera pagarme en esta vida el triunfo que padezco por el mucho gozo que siento.»

A vista ya del cadahalso, oyó á unas mugeres que decían en altas voces: «Dios vaya contigo, y te perdone tus pecados» á lo cual Don Rodrigo, sin mirar quien lo decía y alzando los ojos al Cielo, respondió: «¡Dios mío! por la sangre santísima que derramasteis por mí, que hagáis lo que os pide vuestro pueblo.»

Puesto ya de pié sobre el cadahalso, y después sentado en la silla donde había de ser degollado, no desmayó un solo punto ni el valor ni la piedad, ni la humilde contrición de Don Rodrigo. No pudiendo abrazar al verdugo por tener los brazos atados, dióle beso de paz en el carrillo. Llegó, por fin, el terrible momento, y reconciliado nuevamente con su Dios, dejó la vida en manos del verdugo, pronunciando con fervor inexplicable, pero sin miedo, y hasta su último aliento, el dulcísimo nombre de Jesús.

Párate bien , hijo mio , párate bien á considerar la vida y la muerte de este hombre. De cuna humilde , sube á las grandezas del favor cortesano ; embriagado con su fortuna , se olvida de Dios , y busca satisfacciones á su orgullo y á su ansia de gozar , sin que pudiera hallar un momento de verdadero goce ni de paz interior. Y este mismo hombre , cuando Dios le llama á padecer la afrenta de una prision tan larga y de un suplicio público , consigue , sólo con volver los ojos á aquella Religion de cuya observancia habia vivido léjos , consigue , te digo , encontrar en la ignominia y en la muerte la paz interior , la suma alegría y la celestial esperanza , que no logró miéntras fue grande , poderoso y afortunado.

¿Te parece , hijo mio , que una Religion capaz de conseguir sobre un hombre tan grande y casi milagroso triunfo no es , cuando ménos , una cosa que vale la pena de ser conocida y estudiada ? Ven , pues , dócilmente conmigo , y oye sin prevencion alguna las breves máximas de verdad y de virtud que me propongo enseñarte. Dios sea contigo y conmigo en esta obra de bendicion.

II.

No hay Dios.

R.—¿No hay Dios? Pues dime entónces quien ha hecho la tierra, el Cielo, el Sol, y las estrellas, el hombre y el mundo. ¿Tendrás valor para responderme que todas estas cosas se han hecho ellas solas: Tú ves que esto no es posible. Y si no ¿qué pensarías del que te dijera que tu casa se ha hecho ella sola, sin arquitecto, ni albañiles, ni nadie? Lo echarías á broma, ó tendrías por loco al que te dijese, no ya que la casa se había hecho sola, sino que no es ningún imposible el que así haya sucedido.

Pues si una miserable casa no puede hacerse ella sola, ¿cómo quieres tú que no hayan sido hechas por nadie esa multitud de maravillas que ves en el mundo, empezando por tu cuerpo mismo, que es la mayor de todas?

Pero me responderás acaso: «Yo no creo más que lo que veo, y á Dios nunca lo he visto.» Á esto te replico yo que medites, si es que en el mundo no hay otras cosas sino las que pueden ser vistas; oídas ó palpadas.

Respóndeme á esta pregunta: ¿Tienes tú alma? De seguro me vas á decir que sí. Y ¿cómo es tu alma? ¿es blanca ó negra? ¿es chica ó grande? ¿pesa mucho ó poco? No lo

sabes, porque no la has visto, ni la has oído, ni la has tocado; y sin embargo, tú me aseguras que la tienes.

¿Y por qué me aseguras tan resueltamente que tienes alma? Porque, aunque no la ves, ni la oyes, ni la palpas, estás seguro de que piensas, de que quieres las cosas, y sabes que el pensar y el querer son oficios propios del alma.

Pues del mismo modo sabes que hay Dios: es verdad que no lo ves, ni lo oyes, ni lo tocas; pero en cambio ves y oyes y tocas las obras suyas; ves el Cielo, ves la tierra, ves el orden maravilloso que hay en todas las cosas, cómo una estación viene tras otra, cómo viene tras de la noche el día; y dices: Esto no se hace ello solo; los hombres tampoco lo han hecho; (y no solamente sabes que los hombres no lo han hecho, sino que también estás seguro de que no tienen poder para hacerlo), luego lo ha hecho *alguien*, que tiene mucho más poder que los hombres.

Y efectivamente, ese *alguien* es Dios Todopoderoso, Criador del Cielo y de la tierra.

Para concluir, te diré lo que aquel poeta, que oyendo una vez disputar sobre si habia ó no habia Dios, y preguntado sobre el caso, á tiempo que sonaba una hora, respondió mirando al reloj que la daba:

*Por mí, cuanto más lo considero,
Digo: pues hay reloj, hay relojero.*

Y con esto se acabó la disputa.

Cuéntase también de cierto caballere, presumido de sábio, que disputaba con la señora de la casa donde estaba de tertulia, sosteniendo que no habia Dios. Amostazado con las buenas razones que la señora le daba, y viendo que ninguno de los presentes pensaba como él, dijo, dirigiéndose á todo el concurso: «Nunca hubiera creído que entre tantas personas de talento, era yo el único á no creer en Dios.» — «¿El único? (le respondió entónces la señora) no señor; no es V. el único: lo mismo que á V., le pasa á mi perrita y á mi gato, y á los caballos que tengo abajo en la cuadra: sólo que estos buenos animales no hacen la tontería de alabarse de ello.»

En resúmen, ¿sabes lo que, traducido al castellano claro, quiere decir el que dice *no hay Dios*? Pues quiere decir esto: Yo soy un bribon de á fóllo, y me escuece mucho eso de que haya por allá arriba un Señor que algun dia me ha de ajustar las cuentas.»

III.

No hay más vida que esta de por acá: con la muerte todo se acaba.

R.—Sí, con la muerte todo se acaba para los burros, para los perros y para el canario de tu cuarto. Pero, por poco amor propio que

tengas, no querrás hacerte igual á estos animalitos: porque tú eres un hombre, hijo mío, y no un bruto irracional: es decir, tú tienes un alma, capaz de saber lo que es bueno y lo que es malo; y esa alma es inmortal; y esa alma inmortal la tienes tú, como hombre que eres, y no la tienen los irracionales.

De los brutos irracionales no te distingues ciertamente por sólo *el cuerpo*; pues ellos tienen ojos, oídos, paladar, olfato y tacto lo mismo que tú, y algunos tienen todas estas cosas mucho más perfectas que las tuyas. Por lo que realmente te distingues de los demás animales, es por *el alma*, que te da el sér de hombre; es decir, por la facultad, la capacidad que tienes de pensar, de entender, de conocer lo que es verdadero y de querer lo que es bueno. Eso, eso es lo que te distingue de los demás animales: por eso te incomodas cuando te dicen: «eres un burro, un animal,» porque decirte esto, vale tanto como negarte tu primera gloria, que es el sér de hombre. Y esto es cabalmente lo que á sí propio se dice el que dice que con la muerte todo se acaba. Si á tí te acomoda creerlo así, que te haga muy buen provecho; pero déjame que yo me tenga en algo más que eso, y que quiera conservar mi sér de hombre. Ya ves que no es mucho pedir.

Tú no te has parado bien á considerar la atrocidad que es el decir que no hay más vi-

da que la de por acá abajo, y que en muriéndose uno, todo se acaba. ¡Bonito se pondría el mundo, si esto fuera verdad! ¡No se armaría mal barullo! Lo bueno y lo malo, la virtud y el vicio, la santidad y el crimen, todo ello sería lo mismo; todo ello no sería más que palabras que nada significarían más que una mentira, y mentira bien fastidiosa. Porque ello es claro, que si nada tengo que temer de la otra vida, y, por otra parte, acierto á componérmelas de modo que nada tenga que temer en esta, ya puedo echarme á robar y matar al prójimo siempre que me interese ó me dé por ahí el capricho; ya puedo cometer todas las picardías que se me antojen y no privarme de ningún gusto. ¿Por qué no? yo nada tengo que temer. Si alguna vez me remuerde allá dentro el coquillo de la conciencia, me echaré el alma atrás, y fuera penas. Sola una cosa me dará que hacer, y será el ver como tapo mis bribonadas de manera que nunca me eche el guante la justicia. Lo que llamamos *bueno*, para mí como para todo hombre de chapa, no será más sino el no ser atrapado por la policía; y lo que llamamos *malo*, no será otra cosa sino el que me averigüen mi vida y milagros, y me lleven á la horca.

¿Te espanta este language, eh? Con muchísima razón; pero ni más ni menos que lo que te digo tenía que suceder si fuera verdad que no hay más vida que la de por acá abajo,

Si esto fuese cierto, por mí no sé decirte en que se diferenciaría San Juan de Dios de Jaime el Barbudo, ni te podré explicar en qué valdrian más las Hermanas de la Caridad que los Niños de Écija.

Por sus frutos se conoce el árbol, como enseñan el Evangelio y nuestra experiencia misma. Pues bueno; por las consecuencias que produciría en el mundo, puedes conocer la atrocidad que sería el negar la otra vida.

Oyeme hijo: ningún hombre de razón puede negarse á creer una cosa que todos los hombres han creído desde que el mundo es mundo. Pues bien: desde que hay mundo, siempre y en todas partes ha sucedido que el hombre de bien á quien se persigue injustamente, ó que es desgraciado por cualquier otra causa, ha esperado firmemente en otra vida donde hallará la justicia y la felicidad que le niegan en esta; siempre y en todas partes se ha creído que el pícaro que no paga sus maldades en este mundo, las pagará irremisiblemente en el otro; siempre y en todas partes se ha rogado á Dios por el eterno descanso de los muertos, y se ha creído que en el otro mundo hemos de reunirnos, para no separarnos ya más, con las personas que amamos y de quienes fuimos amados en este.

Sí: todo esto nos lo enseñan la razón y la voz de todo el género humano, que sin cesar nos repite esta creencia tan verdadera como consoladora. Y lo que aún vale más que todo

esto : así nos lo enseña , así nos lo promete nuestra santa Religion , la cual , al decirnos que este mundo es un valle de lágrimas , y que sólo en el otro hallaremos completa paz y perfecta bienaventuranza , nos convida y alienta á merecer la gracia de Dios por medio del fiel cumplimiento de nuestras obligaciones de cristianos.

¿No ves tú cómo vive el hombre que es verdaderamente cristiano? Y, sobre todo, ¿no has visto cómo muere? Mientras vive , todo se lo ofrece á Dios , sus prosperidades lo mismo que sus desgracias , sus bienes lo mismo que sus males : y luégo , cuando muere , ¿no has visto que tranquilo espera su última hora ; y cómo , lleno de confianza , pone su alma en manos de Dios , creyendo firmemente que la Divina misericordia le perdonará las faltas que sin duda habrá cometido como hombre que es flaco y miserable , y se dignará hacerlo partícipe de las glorias celestiales?

Por consiguiente , hijo mio , no des oídos al insensato que quiera quitarte tu creencia en otra vida : yo te aseguro que el mismo que quiere perderte , teme mucho que exista lo propio que te niega . Créelo tú , hijo mio , créelo tú , porque así te lo manda nuestra santa Religion ; porque así te lo enseña la creencia de todos los hombres en todos los tiempos ; y , finalmente , porque así te lo dice á gritos tu misma conciencia.

IV.

Todo lo que sucede en este mundo, es hijo de la casualidad, y Dios no se mete en nada de cuanto pasa por acá abajo; pues á no ser así, no veríamos tanto desconcierto, y tanta cosa imperfecta y mala como hay.

R.—¡La *casualidad*! ¡la *casualidad*! ¿Y qué cosa es eso á que tú llamas la *casualidad*? ¿Cómo es, dónde está? ¿es un cuerpo, ó un espíritu? Nadie sabe ni dice lo que es: ni es posible que nadie lo sepa, porque en rigor no es nada más que una palabra sin sentido.

Vamos á ver lo que llamas tú *casualidad*. Te pondré un ejemplo muy comun. Figúrate que tú estás en lo más alto de una montaña, y desde allí ves que por tu derecha va subiendo un hombre y por tu izquierda otro. Cuando los dos lleguen á encontrarse en lo alto, ambos lo tendrán por una casualidad; pero no lo tendrás tú, que los has estado viendo subir en la misma direccion, aunque por opuestos lados. Ellos no preveian que se habian de encontrar al fin de su subida; pero tú, que los estabas viendo, sabias que de seguro habian de encontrarse.

Es decir, que los hombres llamados *casualidad* á todo aquello que sucede sin que

nosotros lo hayamos previsto. Pero, de que nosotros no hayamos previsto una cosa, ¿se deduce que no la ha previsto nadie? No: al revés, lo natural, lo racional es pensar que todo lo que sucede en este mundo, por algo sucede, alguien lo ha dispuesto, alguien lo dirige, y alguna causa tiene. Más te diré, y es que cuanto más grande y maravilloso sea lo que sucede, tanto más racional es pensar que alguien lo ha dispuesto, que alguien lo dirige, y que para algún fin lo conserva tal como sucede.

Cuando ves tú trabajar una máquina de tejer paños, por ejemplo, ¿quién te hará creer que sus muchas y complicadas ruedas se mueven por casualidad; que la lana de donde sale el paño, no la ha llevado allí nadie, sino que está allí por casualidad; y que al moverse casualmente aquellas ruedas, da la casualidad de que sale tejido aquel paño? Tu razón natural te dice que aquella máquina alguien la inventó y alguien la hizo; que el que la inventó y el que la hizo, sabían que, movidas sus ruedas de aquella manera, y puesta aquella lana en el sitio que está, habían de producir tejido aquel paño.

Pues considera ahora, si un hombre en su cabal juicio puede pensar que el Dios Todopoderoso que inventó y fabricó esta gran máquina del mundo, no la haría, siendo como es sumamente Sábio, de modo que cada una de sus ruedas se moviese con concierto para

los fines que dispuso su Divina Providencia.

¿Y qué fines pueden ser estos, siendo, como es, Dios tan soberanamente Bueno, cuanto es soberanamente Sábio y soberanamente Poderoso ¿qué fines pueden ser estos, sino el mayor bien de sus criaturas?

Atiende bien á este razonamiento, hijo mio. Ó no hay Dios; ó, si lo hay, no puede menos de ser Todopoderoso, sumamente Sábio, y sumamente Bueno. En cuanto es Todopoderoso, hizo de la nada y por su sola voluntad todas las cosas: en cuanto es sumamente Sábio, las hizo de manera que á ninguna faltase nada de lo que es necesario para cumplir el fin á que fueron hechas. Y en cuanto es sumamente Bueno, está perpétuamente queriendo el bien de todas las cosas, y conservando los medios de que cada una de sus criaturas obre el bien que él quiere y desea.

Es decir, hijo mio, que Dios nuestro Señor es para nosotros un padre amante y solícito, que por nosotros se desvive; que nos enseña lo que es bueno y lo que es malo; que nos muestra el buen camino que debemos seguir, y el malo de que debemos apartarnos; que, oyendo nuestras súplicas, nos da su soberano auxilio para que ayudados en su gracia podamos obrar el bien; y por último, que nos castiga cuando le desobedecemos, y nos premia cuando cumplimos su soberana voluntad, que no quiere más que nuestro bien.

Podrá suceder, y sucede muchas veces,

que no nos dé en esta vida el castigo ó el premio que merezcamos ; pero infaliblemente nos lo da en la otra. Porque, ello no hay remedio, nuestras acciones, ó son buenas ó malas; tu razon te dice que las acciones buenas han de tener su premio, y las malas su castigo; pues, ó las palabras *bueno* y *malo* no significan nada, ó es tan necesario que á la accion buena siga el premio y á la mala el castigo, como es necesario que el agua moje y el Sol caliente: y si toda accion buena ha de ser necesariamente premiada, y toda accion mala castigada necesariamente, claro es que si el premio ó el castigo no llegan en esta vida, han de llegar en otra.

Todo esto ya ves tú cuán racional es. Pero el no haberse parado en ello, es causa de que algunos, al ver ciertas cosas que á ellos no les parecen en orden, digan muy formalmente: «¿De qué sirven tantas cosas inútiles como hay en el mundo? ¿Cómo, si Dios es bueno, consiente tantas cosas malas? ¿Por qué todos no hemos de ser iguales, y no que unos somos pobres, otros ricos; unos muy hermosos y muy robustos; otros muy feos y muy endebles; unos, en fin, colmados de toda clase de bienes, y otros afligidos por todo género de males.»

Al oir á los que así hablan, diríase que el mundo es una cosa sin piés ni cabeza, y que ellos lo habrian arreglado todo mucho mejor. Pero yo les pregunto á estos tales: «¿y quién

os dice que todo eso que os parece puesto tan fuera de orden, lo esté realmente? Pues qué ¿de que vosotros no sepais para lo que sirve una cosa, resulta que no sirve para nada? ¿Por ventura, no puede pareceros mala una cosa, que sea buena y muy buena para algo que vosotros no sabeis?

Figúrate que un patan, que no sabe leer, abre un libro compuesto por Fr. Luis de Granada, por ejemplo, la *Guía de Pecadores*; y al ver en cada plana del libro tantos montoncitos de letras cuantas son las palabras allí escritas, y que una palabra tiene seis, ocho ó diez letras, miéntras otra no tiene más que dos ó tres; al ver tantos renglones como hay en cada plana, uno después de otro, estos al principio, aquellos al medio, los otros al fin; al ver tantas hojas, unas encima de otras, en unas impreso todo el papel, en otras parte impreso y parte en blanco; aquí letras grandes, allí chicas, etc., etc.: figúrate que al ver todo esto aquel patan te preguntára por qué aquellas letras, aquellos renglones, aquellas hojas estaban puestas así, y no de otro modo; por qué lo que estaba al principio, no estaba al fin; por qué la página quinta no era la octáva etc., ect. ¿Qué le responderías tú?

—«Oiga Vd., buen hombre, le dirias: el Padre Maestro Fray Luis de Granada, que compuso ese libro, era un eminente sábio que lo dispuso así con ánimo de que leyen-

do lo que él escribe, se conviertan á Dios los pecadores; y en la hora y punto que se mudaran de como están, no ya las hojas de ese libro, sino los renglones de cada página, ó las palabras de cada renglon, ó las letras de cada palabra, resultaria ahí un cien pies de garabatos, que no querrian decir nada; y sería imposible saber lo que el Padre Maestro quiso enseñarnos.»

Pues figúrate ahora que al oírte esta respuesta, el susodicho patan, queriéndola echar de agudo y sabihondo, te replica que, en su concepto, hubiera sido mejor juntar una con otra todas las letras del mismo tamaño, las grandes con las grandes, y las chicas con las chicas; que habria sido más bonito escribir todas las palabras con un mismo número de letras de igual longitud; que no debia estar impreso en unas partes y en otras no; que aquello, como está, es muy feo y muy desbarahustado; que el que habia hecho aquel libro, era un botarate que no lo entendia.—«El botarate es V. pobre hombre (le replicarias á tu vez, oyéndole decir tanto desatino): V, sí que no sabe lo que se pesca. Si estuviera eso como V. lo quiere, en vez de libro no sería más que un monton de papel manchado de tinta, donde nada se podria leer y nada se podria aprender de lo mucho bueno que encierra. Por consiguiente, déjelo V. estar; que quien ha compuesto ese libro, lo entendia mil veces más que V., y si

V. no comprende por qué está así, y no de otro modo, eche la culpa á su ignorancia, y no á un hombre tan sábio.»

Pues mira, hijo; esto que tú le responderías al patán, es lo que hay que responder á los tontos que quieren enmendarle la plana á Dios.

La tierra, el mar, los cielos son el *gran libro* que Dios nos da á leer, compuesto por su infinita sabiduría: los siglos que van pasando, son, como si dijéramos, las páginas de este gran libro; los años son los renglones; y cada cual de las criaturas, desde el ángel y el hombre, hasta la pajilla más leve y hasta el grano de arena más menudo, son las letras que ha colocado, cada una en su lugar propio, aquel gran Autor, único que conoce todo lo que hay que conocer en este gran libro.

¿Me preguntas por qué una criatura es más perfecta que otra; por qué esta se halla colocada aquí, y aquella otra allá; por qué el frío nos hiela en el invierno y el calor nos abrasa en el verano; por qué llueve en este mes y no en el otro; por qué uno pierde su fortuna y otro su salud, y algunos ambas cosas; por qué se malogra aquel niño tan hermoso, y queda vivo este viejo caduco; por qué muere aquel hombre tan bueno y caritativo, mientras vive y medra tan gordo y tan rico este otro bribon?.... ¿Me preguntas todo esto? Yo te responderé: El que así lo ha dis-

puesto y lo consiente, es soberanamente Sá-bio, soberanamente Justo, soberanamente Bueno: sus obras no pueden, por tanto, ménos de ser buenas y justas. Y lo son, hijo mio, lo son, aunque á nosotros no nos lo parezcan.

Tú comprendes que para saber á punto fijo lo que vale una cosa, es menester conocerla á fondo, haberla visto y examinado minuciosamente; y siendo esto así, ya ves que tú no puedes conocer á fondo el universo, pues que su Divina Majestad, ni al tiempo de crearlo, ni después de creado, te dió parte en su obra maravillosa. Vano es, por tanto, que te empees en explicar el por qué de todas las cosas, y mucho ménos de las que suceden á los hombres; pues por lo mismo que nosotros tenemos un alma capaz de obrar bien ó mal; por lo mismo que está en nuestra mano atraernos premio ó castigo, segun nuestras obras, que son tan distintas como los infinitos deseos de nuestra voluntad, es más difícil de conocer los designios de Dios en lo que permite que suceda á los hombres.

Y, sin embargo, si lo miras despacio, hallarás que no son pocas las veces en que esos designios se nos manifiestan tan claros que sólo el que esté ciego, puede no verlos. Recuerda los extraños medios por donde algunas veces han sido descubiertos los delitos más ocultos: recuerda los bienes que, cuando ménos lo esperaban, suele conceder Dios

nuestro Señor á los buenos, y los castigos repentinos y terribles que suele dar á los malos.

El año de 1848 sucedió en Tolosa de Francia, que cuando se estaban haciendo las elecciones de Diputados á Córtes de allá, que se llamaban la *Asamblea Constituyente*, pareció por allí uno de estos revoltosos desalmados, como tampoco faltan desgraciadamente por España, que tenia siempre en los labios la blasfemia. Púsose este tal á echar un discurso de los suyos á varios vecinos electores. Cuando habia ya vomitado por aquella boca sapos y culebras contra la Religion, como poseido del demonio, miró al Cielo con el puño cerrado en son de amenaza, y dijo: «Todo lo que os cuentan los Curas acerca de Dios, es una pura mentira, porque no hay tal Dios: y si lo hay, á ver si se atreve conmigo.»—No bien habia acabado de pronunciar esta brutalidad, cuando estalla una tormentá, y cae sobre él un rayo que lo derriba en medio de la gente aterrada. Creyéronle muerto; pero, por fortuna suya, volvió en sí al cabo de dos horas, bien escarmentado y resuelto á no poner ya más en duda la existencia de Dios.

Otro desdichado, peor que este que acabo de contarte, hallábase por los años de 1849, cierto domingo en una aldeita junto á la ciudad de Caen, bebiendo vino en la taberna con un amigo suyo. Tocaron en esto á misa

en la iglesia que estababa á dos pasos de allí, y lo mismo fue oír el hombre la campana, que, rebentando de ira por ojos y boca, empezó á decir todo género de atrocidades y de indecencias contra la Religion y los Sacerdotes, hasta el punto de que su amigo mismo y el tabernero, espantados de oírle, le dijeron que no hablase de aquel modo; pero él, en vez de hacerles caso, coge del mostrador un vaso de vino, y les dice: «Si es verdad que hay un Dios, veamos cómo se las compone para impedirme echar este trago;» y no bien habia llevado el vaso á la boca, cuando cayó en tierra muerto de un ataque de apoplejía (1).

Estos y otros muchos casos parecidos te pudiera yo citar, y habrás oído contar, y quizás los hayas visto tú mismo, en que Dios no espera á la otra vida para mostrar sus juicios, sinó que permite varios sucesos en esta, á manera de prendas y avisos de su justicia futura en el otro mundo.

Y estas prendas ó avisos que dá para castigo de malos, tambien los dá muchas veces para premio de buenos. Hoy es un hombre injustamente perseguido, cuya inocencia se descubre en el momento quizás en que el Juez

(1) Para que ninguno dude de la verdad de estos dos casos, basta saber que nadie hasta ahora ha desmentido al autor francés, que los cuenta con tales pormenores, y de cuyo libro se han hecho ya treinta y dos impresiones, siendo por tanto conocido en toda la Francia.

(Nota del Traductor.)

iba á condenarle á muerte. Mañana es otro que se encuentra, sin saber cómo, salvado de un peligro, del cual humanamente no podia escapar. Tal desgraciado se vé que, próximo á morir en un rincon de miseria y de hambre, halla de repente un medio, en que ni aun soñar podia, para aliviar sus penas y hasta para cambiar de estado. En general, todos los pobres, así como todos los cristianos que los socorren con sus limosnas, son una manifestacion viva y perpétua de la Providencia de Dios.

¿Quieres ahora que te diga por qué esto no sucede siempre? ¿Por qué no siempre manifiesta Dios de un modo visible en este mundo su justicia, su poder y su bondad? La respuesta es muy sencilla. Porque este mundo no es para el hombre más que posada donde pasa una noche, y camino por donde va en busca de la morada eterna que le está prometida, y en la cual solamente serán para él cumplidos del todo los designios de Dios. La estrella que debe guiarnos en nuestra jornada de por acá, es la fe; la fe, que debe creer aquello mismo que no vé, aquello mismo que no entiende, ni conoce, y que sólo verá y conocerá cuando reciba su eterno premio en las mansiones celestiales.

Créeme, hijo mio: por más que muchos necios te digan lo contrario, es absolutamente imposible juzgar de cuanto pasa por acá abajo, sin tener en cuenta lo que ha de

pasar por allá arriba. Allí se endereza lo que aquí se ve torcido; allí se ordena y concier-
ta lo que por acá parece sin orden y descon-
certado. Sin que mires á lo alto, no podrás
entender jamás cómo es posible que Dios
permita en este mundo tantos pícaros con
fortuna y tantos hombres de bien tan des-
graciados; tantos inocentes como pagan cul-
pas que no deben, mientras los verdaderos
culpables se quedan riendo de la fiesta.

Mira, te digo, á lo alto; piensa en la *Eter-
nidad*, y ella te explicará el misterio. Allí se-
rán castigadas con penas eternas las grandes
maldades de este desalmado á quien Dios
concede prosperidades en este mundo, en
pago quizás de algún poco bien que puede
haber hecho. Allí serán recompensadas con
premios eternos las grandes virtudes de aquel
otro santo, á quien Dios manda aflicciones
en este mundo, en castigo quizás de faltas y
deslices que no ha podido enteramente evitar
su humana flaqueza.

La *Eternidad* sola, te repito, es el rasero
propio para medir bien los sucesos de este
mundo. En cuanto te empeñes en explicárte-
lo todo con tu sola razon, sin ayuda de la fe, y
juzgando del mundo nada más que por lo que
en el mundo pasa, te quedarás sin entender
cosa ninguna.

Procura, pues, levantar la vista á lo que
está fuera de este mundo miserable, y déjate
de querer enmendar la plana al Juez Sobera-

no, sapientísimo y bondadosísimo autor de todas las cosas. Bien hecho está siempre lo que él hace; y ten por seguro que si permite lo malo, es siempre para que de ello resulte un bien mayor.

Acuérdate de la fábula:

Un labrador cansado,
En el ardiente estío,
Debajo de una encina
Reposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,
Veía calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
«¿Por qué la Providencia
(Decía entre sí mismo)
»Puso la ruin bellota
»En elevado preeminente sitio?
»¿Cuanto mejor sería
»Que, trocando el destino,
»Pendiesen de las ramas
»Calabazas, melones y pepinos?»
Bien oportunamente,
Al tiempo que esto dijo,
Cayendo una bellota,
Le pegó en las narices de improviso.
«Pardiez (prorumpió entónces
El labrador sencillo);
»Si lo que fué bellota,
»Algún gordo melón hubiera sido,

«Desde luego pudiera
»Tomar á buen partido,
»En caso semejante,
»Quedar desnarigado, pero vivo.»

*Aquí la Providencia
Manifestarle quiso
Que supo á cada cosa
Señalar sabiamente su destino.*

Á mayor bien del hombre
Todo está repartido:
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.

V.

La Religion es cosa buena allá para las mujeres.

R.—Y mejor para los hombres. La razon es clara: Porque ó es verdad, (y, si es verdad, dicho se está que es bueno) lo que la Religion enseña y manda, ó es mentira: si es mentira, está de sobra para los hombres y para las mujeres; pero si es verdad, la necesitan los hombres tanto más cuanto son sus pasiones más violentas, sus medios de obrar más fuertes, sus ocupaciones más importantes, sus obligaciones más graves, sus vicios más dañosos, y sus peligros más continuos.

Porque ello es verdad que si hombres y mujeres, todos tenemos deberes áridos y penosos que cumplir en esta vida, no lo es ménos que los hombres somos, por naturaleza, los maestros, los tutores y los defensores de las mujeres.

De los hombres salen los sacerdotes ministros de Dios, los soldados defensores de la patria, los gefes naturales de la familia, los gobernadores de los pueblos. Si tu crees que se puede ser buen sacerdote, buen militar, buen padre de familias y buen gobernante sin tener Religion, crees un disparate enorme, que no cabe en ninguna cabeza sana.

Ahora bien, si tanta mayor ayuda se necesita para una obra cualquiera, cuanto la obra es más difícil, y mayores y más numerosos los peligros que hay de ejecutarla mal, tanto más necesaria tiene que ser la Religion para que los hombres ejecuten bien las obras que son propias de su sexo, mucho más difíciles y mucho más peligrosas que las de las mujeres.

Que la Religion es buena para hacer cumplir deberes á alguien, es cosa que tú no me niegas, pues me concedes que para las mujeres buena es. Y si es buena para que, enseñadas y dirigidas por ella, cumplan las mujeres con las obligaciones de su sexo ¿qué le falta para ser tan suficiente á enseñar y dirigir á los hombres en el cumplimiento de las suyas?

Desengáñate, hijo: para los hombres como para las mujeres hay un Dios á quien adorar y servir, un alma inmortal que salvar, vicios que huir, y virtudes que ejercer, un Cielo que merecer, un Infierno que evitar, un juicio supremo que temer, y una muerte que

sin cesar nos amenaza; que no sabemos cuando llegará, y para la cual hay que estar preparados. Por los hombres y por las mujeres murió en la Cruz nuestro Señor Jesucristo, y á unos y otras tocan sus divinos mandamientos.

La Religion es buena para todo el mundo, y, sobre todo, es más necesaria que á nadie, á los que dicen que á ellos no les hace falta. Los que más la necesitan, son los que ménos la quieren.

VI.

La verdadera Religion es ser uno hombre de bien. Con esto basta y sobra.

R.—Sí, para que no te ahorquen, bastante es; pero para ganar el Cielo, no: bastante es para contentar á los hombres acá abajo; pero no para satisfacer allá arriba á Dios tu Juez Soberano.

Ante todo, vamos á arreglar tú y yo unas cuentas: sepamos que es lo que tú llamas *un hombre de bien*. Porque esta es una palabra de goma elástica, que estirándola, estirándola, puede ser que te haga llamar *hombre de bien* á un bribon de siete suelas.

¿Qué te parece de ese mancebito que mientras duermen sus padres, salta por la ventana de su casa á media noche, y con el garrote en mano, se va por el pueblo, como

suele decirse, á picos pardos? ¿Te parece este tal *un hombre de bien*?—«Vaya una pregunta! (me responderás): las calaveradas de muchacho á nadie le quitan de ser un hombre de bien: yo he tenido mis mocedades, y lo que es por esto sólo, no le toleraría yo á nadie que me negase aquel dictado.»—Bueno, hijo: ¿Con que es decir que el escaparse de su casa á deshora de la noche, contra la voluntad de sus padres y burlando la confianza con que se entregan al sueño, para ir á trastornar los cascos á la hija del vecino, ó algo peor que esto; todo ello te tiene tan sin aprension, que ni siquiera te parece que vale la pena de confesar que es malo?

Sigamos. ¿Qué te parece de ese mercader que vende por cuatro reales lo que no vale más que dos?: ¿y de aquel otro jornalero que trabaja mucho ménos cuando está á jornal, que cuando trabaja á destajo?: ¿y de este otro fabricante que, aprovechándose de la ocasion, les da á sus obreros ménos jornal del que puede y debe darles?—Yo supongo que tú no eres un hombre de tan poca conciencia, que me digas que todos estos obran honradamente; pero anda y pregúntales á ellos si se tienen por gente honrada, y todos te responderán que se creen tan *hombres de bien* como el que más; que ellos están, como suele decirse, á su negocio, y que el ahorrar un poquito de aquí y otro poquito de allá para ganarse su vida, no es motivo para poner

en tela de juicio su hombría de bien.

Á ese mocito descabezado que derrocha en cuatro dias el caudal que le dejaron sus padres; á este otro viejo tacaño que en su vida ha dado una limosna; á aquel vecino tuyo que se pasa el dia en la taberna, anda, ve y pregúntales si se tienen por *hombres de bien*? El uno te dirá que *él no gasta más que lo que es suyo*: y el otro te responderá que *él no hace mal á nadie*; y el último se estrañará de que se pueda negar á un hombre el título de honrado *porque le guste ir á echar un vaso de vino*.

Todos estos, cuando les reconvengas por sus vicios y su conducta, cuando les digas que un *hombre de bien* no hace lo que ellos hacen, ni viven como ellos viven, todos te dirán poco más ó ménos: «que no saben porqué has tomado con ellos esa manía; que cualquiera diria al oírte, que ellos pasaban su vida robando y matando.»

Es decir, que para estos tales, en no robando y matando un hombre, no hay motivo para quitarle su fama, más que sea un perdido, un logrero, un libertino, un derrochador. Es decir, que en no haciendo una cosa por donde pueda ir á presidio ó al garrote, en no metiéndose con nadie para robarle el dinero ó para darle una puñalada, haga en todo lo demás lo que quiera, no hay motivo para que Dios le cierre la puerta de la gloria. De manera que, cuando se trate de

juzgar á los hombres, no es ya el corazon lo que hay que mirarles para ver los vicios ó virtudes que en él abrigan, sino el pié para ver si llevan grillete. Todo el que no haya estado en la cárcel por ladron ó por asesino, será bueno para el Cielo.

¡Vaya una manera de discurrir! ¡Buena está la Religion de estos dichosos *hombres de bien*! una Religion, que deja á todo el mundo hacer lo que se le antoje, con tal que no robe ni mate! Esta no es Religion, hijo mio, sino una barbaridad abominable.

Pero aquí te estoy oyendo decirme: «Usted me pone por ejemplo á gentes que nadie puede llamar honradas: no señor, yo llamo *hombre de bien* al que cumple con todas sus obligaciones, al que no causa mal á nadie, y obra todo el bien que puede: á este es al que yo llamo *hombre de bien*, tenga ó no tenga Religion.»

Y yo te respondo á esto, hijo mio, que, desde que el mundo es mundo, no ha habido, ni hay, ni habrá un hombre que, sin tener Religion, sea tal como tú lo quieres; y que si hubiese alguno, te deberia causar más asombro que un hombre que viera sin tener ojos, ó un peñasco donde naciese trigo.

Ven acá y dime ¿Conoces tú algun hombre tan perfecto, que no tenga absolutamente ningun vicio, ninguna flaqueza, ninguna mala inclinacion? ¿Crees tú que, tales como somos los hombres, puede haber algu-

no que no incurra alguna vez, ó que no se halle expuesto á incurrir, con el acto ó con el deseo, en pecado de soberbia, de ira, de envidia, de impureza, de avaricia, de pereza ó de gula? Cuando ménos, habrás de confesarme que el hombre más exento de estas culpas no está libre de tentaciones que le inclinen á cometerlas. Pues bien, ¿qué freno quieres tú que tenga un hombre para no entregarse á cualquiera de aquellos vicios? ¿de dónde quieres que le venga el socorro, si su tentacion le inclina á pecar; ó el remordimiento, si ya ha pecado?: ¿quién le enseñará lo que es malo, y le impedirá ejecutarlo cuando ya lo sepa? ¿Será el temor de Dios? Lo será sin duda para un hombre religioso; pero estamos hablando de uno que no tenga ninguna Religion. ¿Será su razon, su entendimiento de hombre? Esto fuera bueno, si la propia experiencia no nos mostrase lo poco que vale la razon, cuando la pasion se pone de por medio. Conque, ¿quién será? Yo no encuentro más que el temor á la justicia. Y en ese caso, te digo. ¡Bonita Religion la que no tiene más freno para contener á los hombres, que el baston del Alcalde de barrio ó la penca del verdugo! ¿Te acomoda á tí esa Religion?. Pues que te haga buen provecho: mejor me estoy con la mia.

Mira, hijo, la verdad es esta: Los hombres no somos ángeles; con Religion y todo, el más perfecto cristiano siente en sí mismo

á cada instante su flaqueza, y conoce que, sin la ayuda de Dios, caería á todas horas en pecado. Figúrate tú qué será del que no tenga Religion ninguna. Desengáñate: basta conocer los preceptos de nuestra Santa Religion; basta observar en nosotros mismos y en los demás la fortaleza y el consuelo que nos da el ser cristianos, para conocer que solo la fe y la observancia de los preceptos cristianos pueden hacer que llenemos fiel y constantemente todos los deberes, cuyo cumplimiento es lo único que verdaderamente nos hace *hombres de bien*.

Pero todavía quiero concederte más. Supongo el imposible de que hayas encontrado á un hombre que, sin tener Religion, cumpla bien con las obligaciones de su estado; que sea buen padre de familias, buen marido, buen hijo, leal en sus tratos; en una palabra, que sea todo lo que en el mundo se entiende por *un hombre de bien*. Pues bueno; áun supuesto este imposible, todavía te digo que no es bastante.

No, no es bastante; porque, áun suponiendo el imposible de que un hombre sin Religion sea buen padre, buen marido, buen ciudadano, todavía le falta, que cumplir la primera de sus obligaciones, la más grande, la más sagrada. Todavía le falta reconocer la Omnipotencia, la Sabiduría, la Bondad del Dios que está en los Cielos, que lo ha criado, que lo guarda y mantiene en este mundo,

que le ha dado un alma racional para conocerle y ojos para ver sus obras y corazón para amarle. Todavía le falta dar gracias á este Dios bueno por los beneficios que le ha concedido, y pedirle su auxilio soberano para no caer en faltas, y adorarle y bendecirle como Él quiere ser adorado y bendecido.

Si ninguna de estas cosas hace ese á quien tú llamas *hombre de bien*, comete la más fea de todas las faltas; tiene el más vil de todos los vicios que es la *ingratitude*. La ingratitude, sí: porque desagradecido, y nada ménos, es el hombre que para nada se acuerda del Padre celestial á quien debe el sér, la vida, el entendimiento, la salud, los bienes de fortuna, todo; pues para él ha criado este mundo, para su provecho, para su comodidad, para su recreo; para él ha criado ese Sol que le ilumina, y esa tierra que le da el sustento, y esas flores que alegran sus ojos: para él formó esos lazos tan dulces que le proporcionan el gozo de ser padre, de ser hermano, de tener amigos: por él, para salvarle y para hacerle heredero y participante de su gloria, descendió del Cielo y tomó carne humana en las entrañas de una Virgen, y padeció y murió afrentado en un suplicio horrible: para él dió su ley de amor y de paz: para él son sus bendiciones, su perdon, su misericordia.....

¡Ah! ¿y qué le dá ese *hombre de bien*, qué le dá, en cambio de tanto beneficio, al buen

Dios, de quien no se acuerda siquiera; ó lo que es mucho peor, de quien no se acuerda sino para despreciarle, para burlarse de su culto, y para escarnecer quizás á los que, más agradecidos que él, le ofrecen el tributo de una humilde adoracion? ; Desagradecido, sí, mil veces desagradecido! ;Y es posible que nada tenga que echarse en cara? ;Y tendrá valor para llamarse *hombre de bien*!

Hablemos claro, hijo mio: la *hombría* esta *de bien*, que se quiere poner en lugar de la Religion, no es más que una picardia inventada por los que tienen miedo y horror á sujetarse al dulce yugo cristiano. El cristianismo lo *hila*, como suele decirse *muy delgado*; y á la gente de manga ancha le ha parecido conveniente desentenderse de él, y decir que está de sobra, y que á nadie le hace falta ninguna el ser cristiano con tal de que sea *hombre de bien*. Disparate tan grande, como si dijéramos que á nadie le hacen falta los ojos para ver, ó las piernas para andar.

VII.

Diga V. lo que quiera, la mejor de las Religiones es hacer á nuestros semejantes todo el bien que podamos.

R.—Entendámonos, hijo. ¿Quieres decir con esto, que basta y sobra hacer el bien que podamos á los demás, para creernos comple-

tamente religiosos? Pues dices un desatino. ¿Quieres decir que, para ser verdaderamente religiosos, debemos hacer todo el bien que podamos? Entónces dices mil veces bien, y no haces sino repetir lo propio que nuestra Religion nos enseña.

Si sabes, como creo, el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, recordarás que después de los Mandamientos de la ley de Dios, hay un parrafito que dice:

«Todos estos Mandamientos se encierran en dos: en servir y amar á Dios, y al prójimo como á nosotros mismos.»

Es decir que al principio mismo de la Doctrina Cristiana, te encuentras ya eso que tú quieres; y te lo encuentras tan bien recalcado, que no sólo se te manda hacer á tu prójimo todo el bien que puedas, sino todo el que te harías á tí mismo cuando te hallaras en su caso.

Peró fijate bien: al propio tiempo, y aún ántes de mandarte que ames y sirvas á tu prójimo como á tí mismo, se te manda que ames y sirvas á Dios, y se te enseña que en estos *dos* Mandamientos se encierran todos los demás. *En estos dos*, ¿entiendes?: como si dijéramos, no en uno solo, sino en ambos. Es decir, que no basta amar y servir á Dios sólo, ó sólo al prójimo, sino que es menester amar y servir juntamente á Dios y al prójimo.

¿Sabes lo que, bien entendido, quiere de-

cir esto? Pues quiere decir una cosa que la razon enseña desde luégo, y que además está probada por la experiencia; y es que el que no ama y sirve á Dios, tampoco ama ni sirve al prójimo: y que el que no ama y sirve á su prójimo, tampoco suele amar ni servir á Dios. Ó, para que lo entiendas mejor: todo el que tiene Religion, es necesariamente benéfico; así como ninguno que sea verdaderamente benéfico, puede dejar de tener verdadera Religion.

En resúmen, el amor juntamente á Dios y al prójimo son tan necesarios para ser verdaderamente religiosos, como son necesarias, para andar, las dos piernas; como es necesario para cosechar trigo, tener simiente y tierra.

Ama á Dios, y ten por seguro que amarás y servirás á tus semejantes: ama á tu prójimo, y ámallo tan verdaderamente, que sea como á tí mismo, y yo te aseguro que también amas á Dios.

Pero repara que, aunque estos dos amores van inseparablemente juntos, el amor á Dios va delante del amor del prójimo; lo cual quiere decir, que si el segundo es camino derecho para llegar al primero, el primero es la causa, el principio, el fundamento del segundo.

¿Me dices que hay ó ha habido un solo hombre que ame á Dios, es decir, que tenga Religion, y que no sea benéfico? Yo te

respondo con toda seguridad que es mentira; que ni hay ni ha habido, ni puede haber semejante hombre.

¿Me dices (y este es el caso de que tratamos) que hay ó ha habido un hombre verdaderamente benéfico, que sin embargo no tenía ó no tiene Religion? Mentira y mentira y mentira. Para convencerte, respóndeme á esta pregunta: ¿Qué entiendes tú por un hombre verdaderamente benéfico?

Yo supongo que hayas conocido á alguno (muy raro será) pero, en fin, alguno que, sin cuidarse nada de la Religion, sea generoso con los pobres, servicial con todo el mundo, dispuesto á hacer un favor á cualquiera; todavía más, que sea capaz, en una ocasion dada, de exponer su vida por hacer un beneficio á otro. Ya ves que no puedo concederte más.

Pero dime ahora, ¿estás seguro de que este hombre benéfico servirá con el mismo amor y con la misma generosidad á un enemigo suyo que á un amigo? ¿Estás seguro de que no se retraerá de hacer sus beneficios, si teme que no han de agradecérselos? ¿Estás seguro de que, al hacer sus beneficios, no se lleva ninguna mira humana, ni la de ganarse amigos, ni la de merecer las alabanzas del mundo? ¿Estás seguro de que no hace el bien por cálculo, para evitar algun mal que teme le suceda si no lo hace?

Y, aún suponiendo que estás seguro de to-

do esto, ¿lo estás igualmente de que, llegado el caso, aquel hombre á quien le ves dar generosamente á los pobres su dinero, les daría del propio modo su paciencia para aguantarlos si lo insultaban? ¿Estás seguro de que entraria en la miserable y hedionda cueva de un mendigo á sufrir sus olores pestilentes, á curarle sus llagas, á darle ánimo con sus exhortaciones, á consolarle con sus palabras? Y, aún suponiendo que nuestro hombre benéfico fuese capaz, en un día dado, en una ocasion determinada, de hacer todas estas cosas, ¿estás seguro de que las haria en todos tiempos y ocasiones, sin quejarse, sin cansarse, sin impacientarse nunca, y no solamente no disgustándose de ello, sino teniendo mucho gusto en sufrirlo, y deseando que dure?

La beneficencia de tu hombre benéfico ¿es tan grande que alcanza toda esta altura? Ya veo que no te atreves á decirme que si: pero yo en cambio te digo redondamente que no.

Y ahora te añado que esto, que no es capaz de hacer tu hombre benéfico sin Religion, son capaces de hacerlo, y lo hacen, y lo han hecho y lo harán perpétuamente todos los hombres de caridad cristiana; ¿qué digo, todos los hombres? lo hacen á todas horas esas mujeres de bendicion, esos ángeles de la tierra, esas Hermanas de la Caridad, corona santa de la gran beneficencia católi-

ca, esperanza del porvenir, consuelo de esta edad tan corrompida.

¿Concibes tú Hermanas de la Caridad que no tengan Religion? Pues si no fuese por amor á Dios, ¿quién les daría esa fortaleza, esa resignacion, esa dulzura y esa constancia con que desempeñan sus penosísimas funciones?

No me hables, pues, de hombres verdaderamente benéficos sin Religion, porque no los hay; porque es lo mismo que si me hablaras de música que suena sin instrumentos, ó de flores que brotan sin tallo.

¿Quieres saber la diferencia que hay entre la beneficencia que se ejerce sin caridad, es decir, sin Religion, y la que se ejerce con caridad, es decir, por amor del prójimo en Dios y por Dios? Pues mira, por un lado, cuán escasos y cuán tibios son los hombres benéficos de tu gusto, y cuán numerosos y verdaderamente admirables son la multitud de Santos que pasaron su vida entera sirviendo á los pobres; un San Juan de Dios, un San Vicente de Paul, una Santa Isabel de Hungría, y tantos otros, ó por mejor decir, todos, pues la vida de todos se distingue principalmente por su gran caridad.

Mira ahora, por otro lado, cuán numerosas y qué bien fundadas y qué duraderas han sido tantas Casas de Caridad, hospitales, hospicios, escuelas, como ha fundado la Iglesia Católica; y echa después una ojeada sobre estos otros *establecimientos de Beneficencia*,

fundados por lo que en nuestro tiempo se llama *Filantropía*, es decir, amor á los hombres; y á tu buena fe dejo el decidir, si en ellos se socorre á los necesitados con tanta abundancia, tan á tiempo y con tanto amor como lo ha hecho la Iglesia en otros tiempos, cuando no era perseguida, y humillada, y escarnecida, y despojada, como lo ha sido por los charlatanes de la *Filantropía*.

Desengáñate: todos los discursos más pulidos, los sistemas de Beneficencia mejor combinados, los esfuerzos más grandes no conseguirán nada que haga verdadero bien á los hombres, si no se apoyan en la Religion, si no se alimentan con el jugo de la doctrina católica, si no tienen por principio y por fin el amor á Dios nuestro Señor Jesucristo.

VIII.

Bueno, convengo en que la Religion sea capaz de hacer todo el bien que V. dice; pero si es así, ¿por qué en lugar de estarnos hablando siempre de la otra vida, no trata algo más de esta, y cuida de que no haya pobres?

R.—¿Y quién dice que la Religion no cuida nada de los intereses del hombre en esta vida?—Respóndeme: ¿no es la Religion la que enseña á tu mujer que sea casta y hacendosa; á tus hijos, que sean sumisos á tu auto-

ridad y agradecidos á tus beneficios de padre; á tus criados que sean obedientes y celosos por los intereses de tu hacienda y de tu honra? ¿no es la Religion la que con sus enseñanzas y avisos ataja los pasos del ladron que va á robarte y del enemigo que quiere quitarte la vida? ¿no es la Religion la que, santificando el matrimonio de tus padres, ha hecho que tú seas hijo legítimo? ¿no es ella la que te manda mirar con amor y adoptar como hijo tuyo al desgraciado que ignora quiénes son sus padres? ¿no es ella la que manda al comerciante ser honrado en sus tratos, al juez ser justo en sus sentencias, al médico ser celoso en asistirte, al abogado ser fiel defensor de tu hacienda y de tu honra? En resúmen: ¿no es la Religion bastante eficaz para hacer que los hombres cumplan fielmente cada cual las obligaciones de su estado? Y el hecho sólo de que cada cual cumpla sus obligaciones respectivas, ¿no es ya un medio seguro é infalible de que se conserven y aumenten los intereses de todos en esta vida?

No, la Religion no descuida nuestros intereses de aquí abajo: como que es uno de sus medios para cumplir el que de todos modos es su oficio propio y su principal objeto, á saber, mostrarnos el camino de la eterna bienaventuranza. Porque esto es lo que la Religion se propone en primer lugar, hacernos buenos, no ricos, dar á nuestras almas la virtud y la paz en este mundo, y dirigir las de

manera que ganen la paz perdurable del otro. ¿No te parece bastante noble esta ocupacion? ¿No te parece que es algo más importante prepararnos una habitacion eterna en el Cielo, que proporcionarnos en la tierra las comodidades y riquezas tan codiciadas por el mundo?

Pero tú me dices que la Religion debia cuidar de que no hubiera pobres, de destruir la miseria. Y yo te respondo, en primer lugar, que nadie hace tanto como la Religion para lograr este fin, *en cuanto es posible*. ¿Quién, sino la Religion, hace que el rico busque al pobre para socorrerle, para servirle y para consolarle? ¿quién, sino la Religion, hace que á su vez el pobre aprenda en el ejemplo de Jesucristo, no solamente á llevar con paciencia, sino con gusto, sus trabajos y privaciones, seguro, como está, de que su misma resignacion ha de abrirle las puertas del Cielo? ¿quién, sino la Religion, sabe encontrar recursos tan abundantes para librar de la miseria y para socorrer á los menesterosos, en esa multitud de hospicios, hospitales y fundaciones caritativas de toda especie como hay en todas las naciones cristianas?

Si apesar de toda esta solicitud no consigue la Religion extirpar enteramente la miseria, es por la sencillísima razon de que la miseria no puede ser nunca enteramente extirpada, siendo, como son, permanentes las causas que la producen.

La primera de estas causas es la desigual-

dad que la misma naturaleza ha puesto entre los hombres, y que hace que unos tengan más robustez, más fuerza, más talento, más salud que otros. Hoy día se habla mucho de *igualdad*, y con esta palabrota se quiere hacer creer posible lo que es imposible de suyo; y cabalmente una de las cosas imposibles es el que todos tengamos los mismos bienes de fortuna. Si tú eres más listo, más agudo, más fuerte, más activo que yo, ¿cómo he de ser yo tan á propósito como tú para ganarme la vida? Si no tengo otro modo de vivir más que mi trabajo, y mis necesidades han sido tales, que no he podido hacer ningun ahorro, ¿quién evitará que yo caiga en la miseria el día que me dé una enfermedad, ó cuando me ponga viejo? Tú ves que la Religión no puede impedir ninguna de estas desgracias, y por consiguiente tampoco puede impedir la miseria causada por ellas.

La segunda causa de la miseria es la mala conducta. ¿Cuántos no se pierden por sus vicios, este por darse al vino, aquel al juego, el otro á gastarse su dinero alegremente en fiestas y comilonas? Si muchos de los que se quejan á Dios por sus desgracias, recordarán la vida que han llevado, verian que ellos solos tienen la culpa de lo que les sucede.

Y además, y sobre todo, no hay que olvidar, hijo, que la pobreza, como las enfermedades y como todos los males que sufrimos en este mundo, inclusa la muerte, son con-

secuencia del pecado original. Todos, al nacer, traemos esta herencia que nos dejaron nuestros primeros padres; y la Religion no puede impedir que la traigamos con todas sus consecuencias. Pero en cambio puede hacer, y hace, que nuestros sufrimientos se conviertan para nosotros en medios de salvacion.

Sí; porque los ricos se salvan teniendo caridad con sus hermanos los pobres; y los pobres se salvan sufriendo con resignacion los trabajos que Dios les manda, y recibiendo con gratitud y humildad el socorro que les dan los ricos. Yo te aseguro que muy contado será el pobre sufrido y bueno á quien Dios no le ayude.

Que los ricos sean caritativos; que los pobres sean resignados y humildes. Con que se siguieran de este modo los consejos de la Religion, verias si era ó no bastante, ya que no para destruir enteramente la miseria, porque esto no es posible, al ménos para disminuirla, para aliviarla y para santificarla, de modo que, en vez de ser un azote, fuera una gloria del mundo.

IX.

Pero V. quiere que vivamos todos como ermitaños. No señor, la vida debe pasarse alegremente, y, pues tan bueno es Dios, no puede ménos de habernos criado para que seamos felices.

R.—Cierto. La dificultad consiste en el camino que se toma para buscar la felicidad; porque muchos son estos caminos, pero *uno solo* el que nos lleva á buen puerto; y ¡desdichado el que toma otro! pues no hallará la felicidad que busca, ni en esta vida, ni, lo que es peor, en la otra.

Aquí debo repetirte una cosa que ya te he dicho ántes, y es que, en estos tiempos más que nunca, abundan los medios y caminos de engañar y pervertir á los hombres. Si paras un poco la atencion en ello, verás que por todos lados y á todas horas te están diciendo una porcion de palabrotas con las que se quiere embaucarte y perderte. Unos, hablándote de *libertad*, te quieren hacer creer que no vas á estar sujeto á nada ni á nadie, que vas á campar por tus respetos sin Rey que te mande, ni Papa que te excomulgue, como suele decirse: otros, hablándote de *igualdad*, quieren hacerte creer que en el mundo no debe haber pobres y ricos, altos y bajos, sino que todos debemos tener el mismo dinero, el mismo poder, las mismas

dignidades; otros, en fin, todavía más atrevidos y malvados que estos, te dicen, que no hay Dios, que no hay más vida que esta de por acá, que el verdadero Cielo y el verdadero Infierno están aquí abajo; que si las cosas andan mal en este mundo, es porque todo está mal arreglado, y porque no se deja á cada cual que viva como le dé la real gana.

Añadente estos tales, que la vida se ha hecho para gozarla, cada cual segun lo tenga por conveniente, sin pensar más que en regalar este pícaro cuerpo dándole todo lo que pida, y no calentándose los cascos en cavilar y apurarse por lo que será de nosotros después de morir, pues que todo lo que nos cuentan del alma, y del juicio final, y de la gloria y del demonio, son paparruchas inventadas por los Curas para tratarnos como á burros.

Dicen, por último, estos predicadores de blasfemia, que la manera de componer este asunto, es echar abajo toda clase de Gobiernos, mandar á paseo á todos los Curas, repartir buenamente los bienes de todo el mundo entre todos, quitar los Tribunales, acabar con todo género de Autoridades; en una palabra, trastornar todo lo que hoy está en pié, sin dejar títere con cabeza.

De los que tales barbaridades enseñan, unos se llaman *socialistas*, otros *comunistas*, etc., etc. Ya habrás oído alguna vez hablar de ellos, y de otros muchos de la misma calaña. A mí no me importa decirte có-

no se llaman : lo que quiero es que sepas lo que todos ellos se proponen, lo que piensan y lo que dicen, para que, conociendo bien sus intenciones y sus máximas, puedas hacer de ellos y de sus palabras el caso que se merecen.

Lo que todos se proponen, es acabar con el Catolicismo, seguros, como están, de que la Religión cristiana será eternamente un obstáculo invencible para que triunfen sus horribles doctrinas.

El medio de que todos usan para lograr este fin abominable, es decir á todas horas y en todas partes, pero principalmente en los escritos que imprimen, que no hay que pensar más que en esta vida para gozar en ella todo lo que se pueda ; que todo lo que no sea comer bien, beber mucho y bueno, divertirse anchamente y no privarse de gusto ni capricho ninguno, es una pura tontería : que esto es menester que lo pueda hacer todo el mundo, y que el modo de conseguirlo es que todos manden, que todos trabajen de igual manera, aunque siempre lo ménos posible, y que todos tengan por igual los dineros y los honores.

De modo que para estos señores, hijo, la felicidad consiste en vivir como las bestias, sin ley de Dios : en teniendo el cuerpo contento, sea del alma lo que se quiera, todo va bien. No niegan ellos que nos diferenciamos de las bestias por el entendimiento, sino que

dicen, que este entendimiento no debemos emplearlo en otra cosa más que en proporcionarnos comodidades y goces; y aseguran que, á fuerza de discurrir y de inventar, hemos los hombres de llegar á vivir tan ricamente, tan sin penas ni trabajos, que consigamos convertir este valle de lágrimas en otro Paraíso terrenal.

Dejemos á un lado lo que semejantes propósitos tienen de brutal y de asqueroso; veamos lo que tienen de posible: veamos si, tales como somos los hombres, puede llegar á lograrse ese Paraíso que nos prometen.

En primer lugar, ¿serán tan hábiles y tan duchos, que impidan que el frío nos hiele en Enero y el calor nos tueste en Agosto? ¿Se compondrán de manera que nuestras madres nos paren sin dolor, y que después de nacidos no tengan que pasarse las noches en vela para criarnos? ¿Conseguirán que, á pesar de que comamos y bebamos y nos regalemos como se nos antoje, no tengamos nunca ni una mala indigestion, ni un tabardillo? ¿Pondrán compuertas al aire, para que no nos traiga el cólera-morbo ó la fiebre amarilla? ¿Pondrán tan en orden todos nuestros movimientos, que nunca ya podamos rompernos una pierna al bajar la escalera?

Pero supongamos que su talento es tan grande, que consiguen librarnos de toda molestia y de todo peligro para nuestro cuerpo. Ello al cabo, no podrán impedir que cada

cual tengamos nuestro génio, nuestras costumbres, nuestras aficiones. ¿Cómo se arreglarán para unir las voluntades de todos, de manera que sea imposible toda disputa, todo pleito, toda riña entre los hombres? ¿Cómo estorbarán que uno se ofenda por palabras que otro le dice; que este envidie el talento, ó la robustez, ó la hermosura de aquel otro? ¿Cómo harán, en fin, que vivamos todos tan contentos y satisfechos los unos de los otros, que ni la vanidad de este nos humille, ni las impertinencias de aquel nos molesten, ni nos amedrente la ira de esotro, ni la torpeza del de más alla nos quite la paciencia?

Y, aún concediendo que todo esto logaran, todavía no habian hecho nada si no lograban hacernos inmortales. Y si no nos hacen inmortales, ellos no pueden impedir que nos pongamos viejos, y que por consiguiente perdamos la fuerza, la robustez y la hermosura que nos hacian felices cuando jóvenes; como tampoco pueden impedir la pena que ha de causarnos el pensar en la muerte; y aún cuando pudieran impedir esta pena, no impedirian la que nos causase la muerte de nuestros padres, de nuestros hijos, de cualquier persona querida.

En resúmen, hijo mio. ¿Estamos ó no estamos los hombres, por nuestra misma naturaleza, expuestos á las enfermedades del cuerpo y á las aflicciones del espíritu? ¿Estamos ó no condenados á ganar el pan con el sudor

de nuestra frente? ¿Es ó no posible libertarnos enteramente de todas las miserias, grandes y chicas, que todos sin excepcion, ricos y pobres, humildes y poderosos, sufrimos desde el nacer? Por último, ¿podemos ó no evitar la muerte, que á todas horas nos amenaza?

Y si nada de esto podemos, ¿cómo es tan grande la ceguedad ó la desvergüenza de esos que nos vienen prometiendo la felicidad en este mundo?

Siendo, como es, por sí mismo imposible de lograrse lo que estos desdichados nos prometen, te dejo ahora considerar qué tales serán los medios y caminos por donde quieren que lo logremos. Quieren que echemos abajo toda clase de gobierno y de autoridad. Pero, cuando vemos que en toda cosa para la que se necesitan más de tres personas, es indispensable una que mande y dirija, ¿cómo quieren que no haya quien gobierne á todo un pueblo, á toda una nacion? Cuando vemos que, para la cosa más insignificante, cada cual tiene su gusto y quiere hacer que gane su opinion, ¿cómo pretenden esos insensatos que todos mandemos por igual? Cuando vemos que, aún entre los hijos de un mismo padre, criados del mismo modo, y habiendo heredado todos una misma riqueza, al cabo de pocos años, los unos se han hecho mucho más ricos, mientras los otros están pidiendo limosna, ¿cómo quieren esos predicadores de igual-

dad que todos seamos iguales en calidad y dinero? Cuando vemos, por último, que, aun apesar del freno saludable de nuestra santa Religion, hay en el mundo tanta maldad y tanta injusticia, ¿cómo quieren esos hombres que vivamos sin ninguna Religion?

¡Ah! creeme: se engañan á sí propios, ó quieren engañarte á tí, hijo mio, los que te dicen que es posible encontrar aquí abajo la *felicidad perfecta*. No: lo único que es posible aquí abajo, es hacer más llevaderas nuestras miserias humanas, sufriéndolas con resignacion, ayudándonos y socorriéndonos unos á otros, tolerándonos con amor nuestras flaquezas respectivas. De esta manera podremos seguramente hallar toda la felicidad *que es posible* en la tierra; pero la *felicidad perfecta*, la que nunca se acaba ni se disminuye, ni se suspende, no está más que donde la Religion nos la enseña, en el Cielo.

La Religion, que nos explica la causa de nuestras miserias y flaquezas, es la que nos dá recursos eficaces para aminorarlas, dándonos fuerza para sufrirlas con resignacion, y hasta para convertirlas en méritos que nos abran el único verdadero, el único posible ya de los Paraísos, donde encontraremos la eterna paz y la eterna bienaventuranza.

El Catolicismo considera al hombre tal como es, le habla lo que le conviene, le dá lo que necesita, le alienta cuando sufre, le consuela cuando padece; no le miente nunca,

no le promete nunca bienes que el hombre no puede gozar en la tierra; mientras que le asegura en el Cielo goces tan puros, tan inmensos, que el entendimiento humano no los puede comprender.

Y no porque el Catolicismo atienda principalmente á dirigir y purificar el alma del hombre, creas que se olvida de su cuerpo, no. Ya ántes de ahora te he dicho que la Religion no descuida los intereses del hombre en la tierra, si bien los considera siempre en segundo lugar. Ella le conserva, haciéndole ser casto y frugal, ella le dá una imágen de los resplandores celestiales en el culto que le manda tributar á Dios en sus templos y sus altares. Ella le dá, sobre todo, una especie de posesion anticipada de la gloria eterna, comunicándole la gracia por los Sacramentos que lo santifican, y especialmente por la union al sacratísimo cuerpo de Jesucristo en el misterio inefable de la Eucaristía.

La Religion recoge al hombre en la cuna para lavarle la mancha del pecado; ella le enseña á dar sus primeros pasos en la vida; ella legitima y santifica sus derechos de esposo y de padre; ella le fortifica en su última hora, y no le abandona hasta dejarle en el sepulcro. Y ni aún entónces le abandona, porque, recordándole eternamente, está sin cesar pidiendo á Dios que abrevie las horas de su expiacion en el Purgatorio y le lleve á gozar de las delicias de la celestial morada.

Este es el Catolicismo, la única Religion que sabe cuál es la felicidad y dónde se encuentra; la única que la promete, y la única que la dá; en la tierra la dá en cuanto es posible, y en el Cielo, sin término ni medida.

El cristiano sabe, por su fe preciosa, toda la verdad que encierran las promesas de su Religion; y fiado en ellas, por su misma confianza es ya feliz en este mundo; pues si bien nunca está exento de las miserias y flaquezas de la vida humana, sabe que estas han de acabar y han de convertirse en eterna gloria para su cuerpo resucitado y para su alma purificada.

Dime por tu vida, hijo, si esos locos ó malvados que te engañan con esas vanas promesas de felicidad perfecta en este mundo, tienen ni los títulos que tiene la Religion para prometerte, ni su eficacia para consolarte, ni pruebas tales como ella posee para obligarnos á que creamos en su palabra divina. ¿Qué vienen, en resúmen, á decirte esos desdichados? *Que todavía no ha llegado su tiempo; pero que ya llegará* cuando hayan logrado cambiar el mundo; que ya se verá, cuándo ellos puedan poner en planta sus sistemas, cómo cumplen lo prometido. Siempre dejándolo todo para *mañana*, y sin llegar nunca este mañana, párecenme sus promesas como esas muestras que habrás visto en las puertas de algunas tabernas y bodegones que dicen: *Hoy no se fía aquí, mañana sí*. Siempre es *hoy* cuando

no se fia, y nunca viene el *mañana* en que se fia.

Ellos quieren gozar sin trabajar, quieren que se les pague un jornal que no han ganado; mientras que nuestra Religion no quiere que cobremos la paga sino después de haber rematado la tarea. Los bribones y holgazanes se irán con ellos; los hombres verdaderamente honrados y laboriosos se pondrán de parte de nuestra santa Religion. Así al ménos confio que sucederá en nuestra España, hijo mio: por fortuna, entre nosotros todavía los mensajeros del mal no han tenido tiempo para causar el estrago que en otras naciones, y la Divina Misericordia no querrá consentir que nuestro honrado y cristiano pueblo dé oídos á esas palabras de perdition.

No, ¡Dios mio! no: los españoles, criados á los pechos de tu Religion Santa, que hemos derramado tanta sangre de nuestras venas para honrarla y defenderla y propagarla, nosotros no olvidaremos nunca las grandes enseñanzas que tu divino Hijo Jesus nos dejó acerca de la felicidad:

«*Biênaventurados; dijo, los pobres de espíritu, los que en nada tienen los bienes perecederos de este mundo, porque de ellos es el Reino de los Cielos.*

«*Bienaventurados los mansos, los humildes y pacíficos, porque ellos poseerán la tierra.*

«*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

«*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

«*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.*»

Oye perpétuamente estas palabras, hijo mío: procura comprender todo el bien que en ellas se encierra; y si ajustas á ellas tus pensamientos, tus conversaciones y tus obras, ten por seguro que hallarás la felicidad que es posible tener en esta vida, y la que es perfecta y eterna en la otra. Cuenta, hijo mío, que ambas las perderás, si te dejas engañar ó corromper por esos enemigos de quienes acabo de hablarte.

X.

Dice V. que los Comunistas son malos, y yo veo que los Apóstoles y los primitivos Cristianos eran lo mismo que ellos: eran pobres, y todo lo suyo era para todos; y, por añadidura, andaban siempre perseguidos y baqueteados, cabalmente lo propio que los Comunistas.

R.—*Ó lo propio que los malhechores*, y con esto te digo el pie de que cojea tu comparación, la cual seria buena si efectivamente fuese bastante para llamarse y ser cristianos el andar perseguidos, y el tener los bie-

nes en comun. Pero todo esto les sucede á los ladrones en cuadrilla, así como tambien viven pobres los vagos holgazanes, y no por eso te ocurrirá decir de ellos que hacen vida cristiana.

La vida cristiana no consiste en el mero hecho de ser pobres, sino en tener en nada los bienes de este mundo; ni consiste tampoco en el hecho material de vivir en comunidad, sino en estar unidos á sus hermanos con el lazo misterioso de la caridad, que hace uno solo de todos los corazones.

Y esto justamente sucedia á los primitivos cristianos, que eran ángeles en figura de hombres; que estaban muertos para el mundo y para sí mismos, sin otra vida que el amor á Jesucristo, ni otro deseo más que el de ser herederos de su gloria.

¿Tendrás ahora valor de comparar á estos santos penitentes con esos malvados que á todas horas y en todas partes te están predicando blasfemias? ¿Cómo quieres igualar á aquellos hombres, que no pensaban más que en la eternidad, con estos otros, que ni piensan ni hablan ni desean ni buscan más que vivir para regalar su cuerpo como las bestias?

Sí; verdad es que los Apóstoles y los primitivos cristianos eran perseguidos, aprisionados y matados en suplicios afrentosos: pero no por esto sólo se llamaban y eran discípulos y siervos de Jesucristo, sino por sus

grandes virtudes, que eran la causa de que se les persiguiese; mientras que á los Comunistas se les persigue por sus blasfemias y sus delitos. Aquellos se proponían santificar al mundo; mientras que estos no tratan sino de incendiarlo. Las armas de los primeros eran la oración, y caminaban al suplicio perdonando á sus verdugos; mientras que los segundos están siempre armados de puñales y fusiles, y no alimentan en su corazón más que envidias, rencores, ódios y venganzas.

En cuanto á la comunidad de bienes, efectivamente los primitivos cristianos la tenían, como en cierto modo continúan teniéndola siempre los que son verdaderos hijos de Jesucristo, pues que todos entre sí se miran como *hermanos*, y unos á otros se ayudan y socorren en sus necesidades, siendo para todos la pobreza una cosa santa. *Por el amor de Dios* te pide la limosna el pobre á quien te encuentras en la calle; y tu se las das, cuando puedes, porque lo consideras como hermano tuyo, y porque sabes que nada es más acepto á los ojos de Dios que socorrer á los menesterosos, ni nada más castigado por la Justicia divina que el faltar á la caridad. Cuando no tienes que dar al pobre, le dices que *perdone por el amor de Dios*.

¿Qué tiene que ver esta comunidad de bienes con la que quieren los Comunistas? Ellos no te piden lo tuyo con humildad y por el amor de Dios, sino que quieren sacártelo por

fuerza, con soberbia, echándose el fusil á la cara, y negándote el derecho que tienes, y que Dios mismo te ha dado, de disponer libremente de lo que es tuyo.

No vuelvas, pues, en tu vida, hijo mio, á compararme á ningun cristiano con estos desalmados, de los cuales muchos han dado en la gracia de decir que ellos no predicán más que la doctrina de Jesucristo; y luego, cuando la autoridad les echa el guante para castigar sus maldades, tienen la desvergüenza de llamarse *mártires*, y de decir que también ellos pasan su *Calvario*. Efectivamente, en el Calvario están, pero como estaba el mal ladrón, no como el Divino Hijo de María Santísima.

XI.

Diga Vd, si la Religion es cosa tan buena cómo hay algunos sábios y hombres de talento que no creen en ella?

R.—Porque para creer en la Religion no son bastantes todos los talentos y todas las sabidurías del mundo; sino que se necesita además haber recibido de Dios la humildad de espíritu y la rectitud de corazón indispensables para tener fe.

Y cabalmente esta humildad de espíritu y esta rectitud de corazón suelen ser lo prime-

rito que falta á los pocos sábios que hay sin Religion. De ellos, hay unos que, enteramente entregados á su pasion de saber, no solamente ignoran la Religion, sino que ni siquiera piensan en que tal Religion existe; y mientras se pasan toda su vida mirando á las estrellas, examinando las yervas de los campos, ó inventando máquinas, no dedican un rato siquiera á pensar que tienen un alma, ni se acuerdan para nada del Dios Bueno y Omnipotente que ha criado aquellas estrellas, que hace crecer aquellas yerbas en los campos, y que les dió el entendimiento que les sirve para inventar aquellas máquinas. Esta clase de sábios, embebidos en sus estudios, se avergonzarian, si cayeran en la cuenta, al ver que de las cosas más importantes á un hombre saben menos que un niño de la escuela que aprenda bien el Catecismo. Así es que cuando alguna vez por casualidad hablan de Religion, dicen disparates, tan gordos como diria un patan hablando de Medicina.

Otros hay, ya en mayor número, que no son tan ignorantes en punto á Religion, pero que rebotando de orgullo, quieren tratar con Dios de igual á igual, y tienen á menos creer los misterios de nuestra fe, porque *no los entienden*. Ellos dicen que no quieren admitir lo que su razon no puede penetrar: como si la razon del hombre penetrase siempre todo lo que admite por verdadero; como si no

creyéramos todos, y no creyeran ellos mismos muchas y muchas cosas que ni entienden ni podrán nunca entender. Y sinó, que digan *cómo* sucede que, de una cosa tan pequeña como es una bellota, sale un árbol tan grande como es una encina, que digan *cómo* la clara y la yema de un huevo llegan á convertirse en la carne los huesos y las plumas del ave que sale de él, después de empollado. Ellos no pueden ménos de creer, y lo creen, que de la bellota se forma la encina, y del huevo el ave; pero en cuanto á entender *cómo* esto sucede, no lo entienden.

Pues del propio modo, aunque no entienden los misterios de la Religion, debía bastarles ver las grandes verdades que en ellos se encierran y los grandes bienes que producen en el mundo, para creerlos sin más averiguacion. Pero no señor, les parece más bonito desmentir al mismo Dios que se los ha enseñado, y rebeldes contra Jesucristo, no ven que su mismo orgullo les quita el entendimiento en este mundo, y los priva de la eterna luz del otro.

Estos tales son los que dicen que la Religion es cosa buena allá para la gentecilla de poco más ó ménos; pero que para ellos, sabios profundos y hombres de gran caletre, está de más el emplearse en esas niñerías..... ¡Niñerías le llaman á saber si hay un Dios Todopoderoso! ¡si tenemos un alma inmortal, que le ha de dar cuenta de lo que hemos

pensado, hablado y obrado en esta vida! ¡si hemos de ser premiados por nuestras buenas obras y castigados por las malas! ¡si el Hijo de Dios derramó su sangre por redimirnos y salvarlos! ¡si su gracia soberana nos ayuda con amor á sobrellervar las miserias de esta vida á ganar el Cielo prometido!..... A esto le llaman niñerías esos que á sí mismos se llaman sábios. ¿Qué te parece á ti de esta sabiduría?

¿Sabes lo que casi siempre pasa con estos tales sábios, y en lo que consiste su orgullo presuntuoso y nécio? Pues es en que, por lo general, tienen vicios y hacen cosas que la Religion condena y castiga, y ellos no quieren confesar esta Religion que reforma sus malas inclinaciones, que los acusa por sus vicios y que les amenaza con penas sin término. Esta es la verdad, hijo mio, y atente á la experiencia: verás cómo yo no te engaño.

Ahora ya comprenderás porqué hay algunos hombres de saber y de talento, que viven sin Religion. Pero estos tales son muchos ménos de los que quizás hayas oido decir; y, sobre todo, son casi insignificantes, si los comparas con los muchísimos y eminentes sábios que en todos tiempos han defendido y enseñado y practicado nuestra santa Religion. Vuelve á leer lo que en nuestra primera conversacion te dejo dicho, (pág. 19 y 20) y los nombres que allí te cito de personas ilustradísimas y santas que han confesado á Je-

sucrismo. Aquellas son, hijo mío, una parte muy pequeña de todas las que pudiera citar-te, y todavía serian necesarios muchos miles de libros como este para escribir en ellos todos los nombres de las personas, ilustres por sus grandes talentos, por su profundísimo saber y sus ejemplarísimas virtudes, que vienen á reducir casi á nada el insignificante número de esos sábios y hombres de talento que dices tú sin Religion.

Pero todavía te diré una verdad que rebaja aún más este número, y es que, de esos mismos que la echan de irreligiosos, cuando les viene encima una desgracia, y, más aún, cuando ven cerca la muerte, inclinan su cabeza y piden con ánsia los auxilios de la misma Religion contra la cuál han blasfemado tanto.

Difícil es que no hayas oído hablar del francés *Voltaire* (en castellano se pronuncia Volter). Este fue un hombre de gran talento y de saber no escaso, que se hizo muy famoso en el siglo pasado por sus burlas y blasfemias contra la Religion cristiana: todo lo que sabia, todo su talento, toda su vida la consagró á escandalizar y escarnecer á los cristianos; que no parecia sino que el mismo demonio obraba en su persona.

Pues bien, este hombre, tan célebre por su odio y su desprecio de la Religion, habiendo caído enfermo en París, y creyendo llegada su última hora, pidió de priesa y cor-

riendo á un sacerdote que le confesase. Pásole aquel ataque, y juntamente con el temor á la muerte olvidóse del Dios á quien habia invocado. Pero el ataque le repitió al mes, y vuelta nuestro hombre á pedir los auxilios de la Religion: sólo que ya en esta vez los amigos que le rodeaban y que habian celebrado grandemente sus impiedades, se compusieron de modo que no dejaron penetrar en la alcoba del enfermo al sacerdote. ¡Ya se vé! para aquellos señores que habian encomiado tanto las bufonerías blasfemas de su maestro, y que, en la ocasion mas crítica de probar su desprecio de la Religion, le veian reclamar sus auxilios, era asunto de vanidad y grande interés el que no se dijera de ellos que habian estado toda su vida aplaudiendo infamias de que se retractaba el mismo que se las habia hecho aplaudir. Por eso impidieron la entrada al sacerdote, y lograron que el desdichado enfermo muriese maldiciendo de ellos y en una desesperacion espantosa.

Te advierto que todo esto se sabe por el testimonio del mismo sacerdote que fue llamado, y por el médico que asistió al famoso impto hasta su último instante.

Pues oye ahora otros pormenores relativos á una persona, cuyo nombre te es muy conocido, porque ha sido enemigo de tu patria. Te hablo de Napoleon, de aquel que pretendió dominar á todo el mundo entero. Este

fue uno de los que, cegados por su ambieion, obran muchas veces poco conforme á los preceptos cristianos; pero jamás dejó de conservar en el fondo de su alma la fe de sus padres y el mayor respeto á la Religion.—«Yo soy, decia, católico apostólico romano; mi hijo lo es tambien, y tendria un pesar muy grande en que no pudiera serlo tambien mi nieto.»—«De todos los bienes, añadía, que yo he hecho á la Francia, el mayor es haber restablecido en ella la Religion católica. Sin la Religion ¿qué sería de los hombres? se harian pedazos unos á otros por llevarse cada cuál la mujer más hermosa ó por comerse la pera más gorda.»

Dios quiso un dia humillar la arrogancia de este conquistador ambicioso, y haciéndole perder en sola una batalla el poder y el trono, permitió que sus enemigos le encerraran en la Isla de Santa Elena. Allí fue dónde más pensó en la Religion católica que habia mamado, y con su inmenso talento comprendió y confesó que era la única verdadera y santa. Frecuentemente hablaba de ella con el sacerdote á quien habia llamado para que le dispensara en aquel destierro sus auxilios expirituales; oía misa diaria en su capilla; y tenia sumó cuidado en encarregar á su cocinero que no le sirviese carnes en los dias de vigilia. Las personas que le acompañaban, estaban maravilladas del fervor y grandeza con que proponia y explica-

ba las verdades fundamentales del Catolicismo.

Cuando le anunciaron que su muerte estaba cerca, despidió á sus médicos; y habiendo mandado llamar á su capellan, el presbítero Vignali, le dijo estas solemnes palabras:— «Padre capellan, yo creo en Dios, y quiero, á la hora de mi muerte, recibir los auxilios de la santa Religion en que he nacido.»—Efectivamente, el Emperador se confesó, y cuando después hubo recibido el Viático y la Estrema-Uncion, dijo al general Montholon, que era uno de los que le acompañaban en la Isla: «No puede Vd. figurarse, General, qué gozo tan grande me causa haber cumplido mis obligaciones de cristiano: cuando le llegue á Vd. su última hora, quiera Dios concederle tanta dicha como á mí...» «Cuando estaba yo en el trono, habia descuidado bastante este negocio, porque las glorias del mundo me tenían embebido. Pero con todo, jamás he renegado de mi fe: cada vez que oía una campana, ó veía á un sacerdote, sentía dentro de mí un gozo inexplicable. He cometido la cobardía de ocultar á todo el mundo estos sentimientos, como si hubiera sido una deshonra; pero ahora me acuso públicamente de esta flaqueza, y quiero alabar á Dios y pedirle misericordia.»

Dicho esto, mandó que en el cuarto inmediato á su alcoba le pusieran un altar con el Santísimo Sacramento, donde se celebra-

ron las Cuarenta Horas; y mientras se celebraban dió el último aliento.

Así murió Napoleon, el que juzgaba estrecha la tierra para su ambicion y orgullo; el capitán más ilustre que ha tenido la Francia, y uno de los hombres más eminentes por su valor y talento que ha tenido el mundo.

Y con estos ejemplos, y tantos otros como pudieran añadirseles ¿qué valor tienen, dime, las necias ó interesadas muestras de irreligion que puedan verse en alguno que otro hombre notable por su talento ó su ciencia?

Créeme, hijo mio: no es verdadero sábio ni tiene verdadero talento el hombre que vive sin Religion: cuando oigas á alguno hablar contra ella, ten por cierto que, ó no la conoce, ó tiene interés en desacreditarla para dar rienda suelta á sus pasiones y vicios.

XII.

Los Curas no hacen más que ejercer un oficio como otro cualquiera, y ellos mismos saben que no es verdad lo que predicán.

R. — ¿Y qué datos tienes tú para hacerles semejante insulto? ¿En qué puedes fundarte para acusar nada ménos que de embaucadores á los sacerdotes de Jesucristo? ¿Estás tu dentro de ellos para saber lo que piensan?

¿Te parecería racional ni justo decir, de los médicos, que cuando asisten á sus enfermos, no creen en los remedios que les dan; ó de los jueces, que no creen en la justicia de las sentencias que pronuncian? Pues lo que no te atreverías á suponer de los médicos ó de los jueces, ¿porqué lo supones de los Ministros de Dios? ¿Qué pruebas tienes? porque á tí toca probarlo, pues que los acusas.

¿Me citarás como prueba los sacerdotes indignos que puedas haber conocido? Esto valdria tanto como, si del mero hecho de haber tú visto uno ó dos ó tres franceses cojos, sacáras por consecuencia que todos los franceses son cojos.

La verdad es que no hay regla que no tenga su excepcion, y que precisamente la excepcion, es lo que prueba la regla. Quiero decirte con esto, que el hecho mismo de haber algunos sacerdotes indignos, es la mejor prueba de que la mayoría son dignos y respetables. Y de esto das testimonio tú mismo, cuando te choca y escandaliza tanto el ver á un mal sacerdote. La misma extrañeza que esto te causa, prueba en tí mismo que los malos Sacerdotes por fortuna son pocos.

Las manchas de tinta no resaltan sino en lo blanco; cuando caen sobre ropa negra, ni siquiera se conocen. De la misma manera sucede que un mal sacerdote no choca y escandaliza tanto, sino porque pertenece á una

clase generalmente intachable por sus costumbres.

Sin duda es un mal grande y una cosa funestísima el ejemplo de un sacerdote indigno: pero un hombre prudente no se asombrará por esto, si tiene, como debe tener, en cuenta que los sacerdotes son muchos, que son hombres y, como tales, expuestos á errores y flaquezas. Entre los Apóstoles mismos, primeros Obispos de la Iglesia y modelos de santidad para los cristianos, hubo un Judas, traidor á su Divino Maestro. Pero, así como los demás Apóstoles lo expulsaron de su comunión y no fueron responsables de su negro crimen, del propio modo la Iglesia condena, con mucha más energía y mucho más horror todavía del que á tí te causan, á los sacerdotes que faltan á sus deberes sublimes; procurando, es verdad, llamarlos ántes á buen camino con sus amonestaciones, y perdonándolos si vuelven, porque la Iglesia es siempre misericordiosa con todos los arrepentidos; pero si no se enmiendan, si perseveran en sus extravíos, los arroja de su seno, y los condena y castiga.

¡Embaucadores los Sacerdotes! ¿Y qué interés habia de moverles para serlo? Porque se concibe fácilmente que tengan interés en engañarnos los que quieren medrar á costa nuestra; pero los pobres Sacerdotes, que en su mayor parte apenas tienen lo necesario á su sustento, cuyos gastos son tan

limitados, y cuyos recursos, escasos y todo como son, reparten con los pobres de Jesucristo; ¿qué interés habian de tener, dime, en engañarte predicándote lo que ellos mismos no creyeran?

¡Y por cierto que su ministerio es apropiado para medrar en el mundo! ¡Si su ocupacion fuera adular tus pasiones, favorecer tus vicios, presentarte, en fin, la vida, como suele decirse, vestida de oro y azul! Pero léjos de esto su tarea continúa es ir á buscarte en medio mismo de tus placeres para recordarte tus obligaciones, para hablarte de la muerte, para aconsejarte que no te olvides de los pobres, para reprenderte severamente tus faltas, para poner freno á tus extravíos. ¿Te parece que es este el mejor camino para quien quiera medrar á costa ajena? ¿Pues no sería más cómodo, más lucrativo y ménos peligroso para ellos hacer la vista gorda y dejar á cada cual vivir á sus anchas sin decir «esta boca es mia?»

No, no: los sacerdotes no son lo que los impíos quisieran que fuesen; y cabalmente porque no lo son, les tienen la mala voluntad que les tienen, como que ven en ellos á los representantes del Dios Santo que condena á los malvados, á los Ministros del buen Jesús que ha de juzgar y castigar sus delitos y blasfemias. Los impíos tienen al Sacerdote la misma aversion que tienen al Juez los ladrones: impíos y ladrones no pueden mi-

rar con buenos ojos á los Ministros de la Ley que los acusa y condena; la Ley, más bien que á sus Ministros, es lo que unos y otros detestan con toda su alma.

XIII.

¿Para qué sirven los Sacerdotes? ¿Son por ventura, otra cosa más que una turba de holgazanes?

R.—¿Que para qué sirven los Sacerdotes? ¡Abi es nada! para salvar tu alma, para enseñarte todos los misterios de tu vida, para repetir perpétuamente en el mundo la palabra de Dios, para sostener tu espíritu cuando vacila, para regenerarlo cuando se corrompe, para mostrarte tus deberes y ayudarte á cumplirlos, para consolarte en tus aflicciones. En resumen, el Sacerdote sirve para todo lo que sirve la Religión, pues que él es su Ministro; así como el Juez sirve para todo lo que sirven las Leyes, pues que él es el encargado de aplicarlas.

El Sacerdote, apenas eres nacido y ya te toma de los brazos de tu madre para hacerte cristiano con el sagrado Bautismo. Aún no sabes pronunciar bien las palabras, y ya te busca para iluminar tu entendimiento con la Doctrina Cristiana. El es la primera persona á quien confías los secretos más íntimos de tu alma en tu primera Confesion, y el que dándote, en tu primera Comunión, la sagrada

Eucaristía, te hace participar del cuerpo mismo y de la misma sangre de nuestro Señor Jesucristo. El es quien bendice y santifica tu union con la mujer que ha de ser la madre de tus hijos. El es el que encuentras á la cabecera de tu cama, en la hora de tu muerte, cuando ya todos te han abandonado; y te da fuerza y valor para morir, y te prepara á comparecer dignamente en presencia de tu Juez Eterno. El recoge tu cadáver para darle honrada sepultura, y pide á Dios incesantemente la paz eterna de tu alma.

Los pobres saben que el Sacerdote es el único que jamás puede abandonarlos. El enseña la resignacion al desvalido y la caridad al poderoso. El enfrena la tiranía de los que mandan, y la rebeldia de los que obedecen. El acude adonde quiera que hay guerra para poner paz. El no teme peligro ni mal alguno cuando se trata de servir y de glorificar á Dios.

Míralo en medio de las calamidades públicas, cuando el hambre la peste ó la guerra afligen á las naciones, con qué alegría se quita el pan de la boca para dárselo al que no ha comido; con qué valor se abraza á un moribundo atacado de un mal contagioso, sin pensar que puede tambien perder la vida; con qué arrojo se lanza con la cruz en la mano en medio de los combatientes. Acuérdate de aquel santo Arzobispo de París que

el año de 1848 murió en medio de los amotinados, adonde habia ido para poner paz. Acuérdate de nuestro virtuosísimo Arzobispo de Santiago cuando las ocurrencias de Galicia en 1846. Mira; en fin, á tanto Prelado y simple Clérigo, cuyos nombres no te cito por no ofender su modestia, como en estos últimos meses, y aún en los momentos en que se escribe este libro, están siendo el consuelo y la maravilla de España por su ardiente caridad y su valor heroico, en medio del cólera-morbo que está castigando á nuestros pueblos.

Y mira, por último, á tanto y tanto ministro del Señor como está marchando á peligrosas misiones en todos los puntos de la tierra, y en las cuales suelen encontrar la muerte á manos de idólatras que los despedazan, ó por la inclemencia de los climas, ó por el furor de las tempestades.

¿Que para qué sirven los Sacerdotes? Para redimir al mundo, para difundir en todas partes la ciencia y la virtud, para dar ejemplos de heroismo y santidad en la paciencia con que llevan y perdonan los insultos de los impíos, las persecuciones de los malvados y de los necios, las prisiones, la miseria.

Verdaderos discípulos de Jesucristo, destinados para continuar la obra redentora de su Divino Maestro, no han dejado nunca de imitarle, perdonando á los mismos que los

ofenden, pidiendo á Dios por los mismos que los escarnecen y crucifican; confesando, en fin, y predicando perpétuamente, á pesar de todas las amenazas, de todos los riesgos y de todos los suplicios, la doctrina salvadora del que murió en la Cruz por los hombres.

Y esto sin aguardar premio alguno en esta vida, con la seguridad de que han de ser eternamente perseguidos y humillados por los mismos que les debieran mayor protección y amor más profundo.

Esto son los hombres que tú dices que no sirven para nada, y que no son más que una turba de holgazanes! ¿Qué sería ya del mundo sin ellos? ¿Qué va siendo de nuestra España, cuando ellos han empezado á ser cosidos á puñaladas en medio de las plazas y al pie de los altares, arrancados de sus Iglesias, calumniados por charlatanes ignorantes ó perversos?

¡Desgraciados, desgraciados los pueblos que no conocen lo que deben al Sacerdocio cristiano! los que quieren perturbarlo en el libre ejercicio de su santo Ministerio! los que desoyen sus avisos y amonestaciones! los que lo consideran como enemigo del bien público!

Jesucristo dijo á sus Sacerdotes: *El que os oye, me oye: el que os desprecia, me desprecia.* ¡Desgraciados los pueblos que desoyen y desprecian á sus Sacerdotes! El que no quiere á los Ministros de la Religión, no quiere á la

Religion misma: y ¡desgraciados los pueblos que viven sin Religion!

No, la España no será, no puede ser ingrata con los Sacerdotes, á quienes ha debido el ser nacion poderosa y grande, de quienes ha recibido todas las glorias que cuenta en sus anales, todos los monumentos que la enaltecen, todas las leyes más venerables que la gobiernan, y toda la fe y el valor sublime con que siempre ha triunfado de todos sus enemigos.

Pidamos á Dios, hijo mio, que no nos niegue Sacerdotes dignos de su alto ministerio, y que aparte de ellos los peligros y amarguras por que los vemos estar pasando! Pidamos á Dios de todas veras, como Cristianos que somos, que alumbre el entendimiento y purifique el corazon de los que, arrastrados hoy por ciegas preocupaciones ó por viciosos instintos, parecen haber declarado una guerra á muerte á los ministros del Señor. No pidamos, no, venganza de estos desgraciados en este mundo ni en el otro: pidamos misericordia; que bien la necesitan.

XIV.

¿Cómo pueden ser ministros de Dios los malos Sacerdotes?

R.—Porque, malos y todo, no dejan de ser Sacerdotes.

Y sino, dime: ¿Dejas tú de ser cristiano porque cometas un pecado? ¿Deja un juez de ser juez, ni valen ménos sus sentencias, porque una vez falte á la justicia? ¿Deja un padre de familia de ser padre, porque abandone á sus hijos? ¿Deja un capitan de ser el jefe de su compañía porque cometa una falta contra la disciplina militar.

Y si esto sucede en las cosas humanas y respecto de cargos que en rigor pueden ser siempre quitados á los que cumplan mal con ellos, ¿cuánto más estable, más perpétuo, no debe ser, en las cosas divinas, el sagrado cargo del sacerdocio, del que depende toda la vida espiritual de los fieles?

Porque ello es claro que si, en el mero hecho de cometer un pecado, el Sacerdote dejase de serlo, no podríamos los cristianos saber cuándo nos aprovechaba una misa, ni cuándo nos servia la absolucion que nos echase un confesor, ni cuándo estábamos casados por ante Dios y su Iglesia.

Procura entender bien esta diferencia. En el Sacerdote ves, por un lado, al hombre igual á tí en todo; y, por otro, al ministro de Dios, que tiene un carácter sagrado que tú no tienes. Para la justicia de Dios, el hombre y el Sacerdote son uno mismo; porque, cualquiera de ellos que peque, ambos se condenan: pero no es así para tí; porque para tí, aunque el hombre peque, el Sacerdote nunca deja de ser Sacerdote.

Te pondré un ejemplo. Figúrate que vas á contraer matrimonio, y que el Cura que te casa, está en pecado mortal cuando te echa las bendiciones. Para con Dios, este Cura ha cometido un sacrilegio, y ante la divina justicia no le será ciertamente imputado como un acto de santificación aquel matrimonio tuyo que acaba de bendecir; pero tú quedas casado y bien casado, no sólo para el mundo y ante la Iglesia, sino ante Dios mismo. De manera que el Sacramento que has recibido, al Sacerdote que te lo administró, le sirve de juicio; pero á tí te sirve de santificación.

Y ¿por qué esto? Porque el Cura que te ha casado, estando y todo en pecado mortal, no ha dejado de tener su carácter sacerdotal; es decir, no ha dejado de tener, como ministro del altar, la dignidad, el poder que recibió en las Órdenes sagradas para administrar los Sacramentos.

En resumen, los Sacerdotes no lo son para ellos mismos, sino para nosotros; y, como en nuestra mano no está el escudriñar sus conciencias ni el juzgarlos, pues que sólo Dios conoce el interior de los hombres, resulta que para nosotros nunca dejan de ser Sacerdotes, aún cuando manchen la pureza de su carácter sagrado.

XV.

Bueno fuera que los Curas se casáran; porque lo demás es ir contra la naturaleza.

R.—No, *contra* la naturaleza, no: *sobre* la naturaleza, sí: lo cual es muy distinto. Atiéndeme, porque esto es algo oscuro.

De la naturaleza del hombre, ó *natural* al hombre, es el deseo de tener familia y el amor á su mujer y á sus hijos: *contra la naturaleza* del hombre sería no querer vivir sino en completa soledad ó el aborrecer á sus hijos; pero es, *no contrario*, sino *superior* á su naturaleza, el vencer su natural inclinacion á formarse una familia, y el renunciar voluntariamente á los goces de esposo y de padre.

Este último es cabalmente el caso en que se halla el Sacerdote; la naturaleza le inclina, como á todos los hombres, á unirse á una mujer, á formarse una familia, y á gozarse en sus hijos: iría *contra* la naturaleza, si dejase de hacer todas estas cosas porque las *aborreciese*; pero se *sobrepone*, se hace *superior* á la naturaleza, cuando, teniendo y conservando su *natural* inclinacion, como hombre que es, á todas estas cosas, recibe, sin embargo, del auxilio Divino la fuerza *sobrenatural* para resistir á esta natural inclinacion, y renunciar voluntariamente á los goces que son propios de ella.



Es decir, hijo, que la castidad del Sacerdote, ó lo que es lo mismo, la fuerza con que resiste á la natural inclinacion de los hombres, no es ciertamente *natural*, pero tampoco es *contra* la naturaleza, sino que es *sobrenatural*, como que le proviene de la virtud que le comunica, por medio del Sacramento del Orden, la gracia de nuestro Señor Jesucristo, con cuyo auxilio puede hacerse superior á sus naturales inclinaciones.

Quisiera que me hubieses entendido bien, para que comprendieras cuánto se enaltece y hermosea el carácter del Sacerdote con esa castidad santa y divina que le hace ser esposo, no de una mujer, sino de la Iglesia, y que le hace ser padre, no de uno ó más hombres, sino de todos los fieles cristianos. Esa castidad del Sacerdote (se entiende, del que *cumple dignamente* con su ministerio sagrado), es la que principalmente nos hace respetarle cuando reprende nuestros vicios, cuando nos aconseja y manda ser castos y puros, cuando penetra en nuestros corazones al oír la confesion de nuestros más vergonzosos extravíos, y al ser depositario de secretos tan íntimos, que la doncella no se atreveria á confiárselos á su misma madre, ni la mujer á su propio marido, ni el hermano á su hermano.

El discípulo no es perfecto sino cuando se parece al Maestro, como lo enseña Jesucristo; y del propio modo que el Maestro Divino, el

Dios-Hombre guardó castidad perfecta, debe tambien guardarla su discípulo el Sacerdote, para que se le parezca perfectamente.

Por estas indicaciones conocerás lo que la castidad perfecta tiene de santa, y por consiguiente de propia del Sacerdote, el cual ejerce un ministerio santo. Ahora te añado, que lo que tiene de santa, eso mismo tiene de conveniente para la sociedad.

Y sino, dime: ¿Cuál es el encargo, el deber, el oficio propio de un *verdadero*, es decir, de un *buen* Sacerdote? ¿No es el ser todo para todos y nada para sí mismo; estar dispuesto siempre y en todo lugar á sacrificar sus bienes, su comodidad, su salud, su vida en servicio de los pobres, en alivio de los que padecen, en levantar á los caidos, en sostener á los que vacilan, en consolar á los que lloran? Y para desempeñar cumplidamente estas obligaciones, ¿no es necesario que el Sacerdote deseche todo temor, toda consideracion humana? ¿No es necesario que tenga un ardentísimo celo de caridad, que jamás se distraiga ni suspenda por los cuidados del mundo?

¿Y cómo querias tú que un Sacerdote con mujer y con hijos desempeñara bien estas obligaciones? Por muy atento que le consideres á su Ministerio, no desconocerás que, como padre de familias, habia de tener que pensar en la subsistencia y la educacion de sus hijos; habia de querer dejarles un patri-

monio, como quieren todos los padres del mundo; habia de verse obligado, por la paz misma de su casa, á guardar ciertas condescendencias con su mujer. Y si se ocupaba en estas cosas, ¿cuándo predicaba, cuándo confesaba, cuándo rezaba; cuándo, en fin, tenia el tiempo materialmente necesario para cumplir las obligaciones de un buen Sacerdote?

Y cuenta que estos oficios, propios del Sacerdote, no se pueden hacer así como quien acaba una tarea para salir del dia, ó como quien trabaja para ganar el pan, sino con fe y con ternura, pensando, invocando, adorando al Dios á quien sirve. ¿Y no te repugna la idea de que mientras un Sacerdote se halle celebrando misa, ó confesando á un penitente, ó administrando cualquier otro Sacramento, esté pensando en si su mujer ha dado en tener malas compañías, si á su hijo pequeño le han salido los colmillos, si es tiempo ya de mandar á otro al Colegio, si el mayor entrará en quintas?

Y ello no hay remedio, en todas estas cosas piensa y debe pensar un hombre casado.

Pues dígame, ¿qué será si, durante una epidemia, anda el Sacerdote de casa en casa y de hospital en hospital, dando, como debe, á los enfermos los auxilios espirituales, y áun los corporales? Imposible que cumpla esta obligacion con tranquilidad: en el acto mis-

mo de estar abrazado á un enfermo, ayudándole á bien morir, dirá: «¿qué estoy haciendo yo? ¡pues si este hombre me pega el mal, y se quedan mis hijos sin padre!» En cuanto le ocurra, que de seguro le ocurrirá, esta idea, echará á correr, ó recibirá la confesion del moribundo de prisa y corriendo y de mala gana. Y si alguno de su familia cae enfermo, ¿con qué valor lo dejará para irse á asistir á un extraño? Imposible.

Figúrate que una noche de las buenas del mes de Enero, allá á las altas horas de la noche, van á llamarlo para que corra á administrar á un moribundo, es decir, para que vaya á abrir á un cristiano las puertas del Cielo; y que al irse á levantar nuestro buen Cura de la cama, donde está abrigadito, le diga su mujer: «Pero, hombre, ¿á dónde vas á estas horas y con la noche que hace? Tú no ves que tienes hijos.» Y entretanto el chico que está en la cuna, grita y moquea, y el otro le hace fiestas desde su cama, y, en resumidas cuentas, nuestro Cura, ó no va á socorrer al cristiano que le llama, ó va tarde y con muy mal gesto.... Y el moribundo se escapa por la posta, y pierde el sentido, y se muere sin confesion; todo porque el Cura estaba entre sábanas, y no se ha atrevido á disgustar á su mujer, ó á dejar las caricias de sus hijos para exponerse á tomar una pulmonía.

¿Es así como debe ser un Sacerdote? ¿Concibes tú que pueda ni deba ser así un minis-

tro de Jesucristo? ¿Y podia humanamente ser de otro modo, siendo casado?

Créeme, hijo mio, créeme: el matrimonio sería la muerte del Sacerdote. Y como, desapareciendo el Sacerdote, desaparecería la Religion, ahí tienes por qué todos los enemigos del Cristianismo charlan tanto contra que los Curas no sean casados. Lo que ellos quisieran es que, ligado el Sacerdote con deberes mundanos, y apartados de Jesucristo, perdieran la castidad que los hace puros, y la caridad que los hace santos, á fin de que, no siendo ni buenos Sacerdotes ante Dios, ni verdaderos ministros de la Religion ante los hombres, perdieran toda autoridad, todo influjo sobre las almas, y la Religion se acabára en el mundo.

Por consiguiente, hijo, si queremos que los Sacerdotes salven nuestras almas (y cuenta que ellos solos pueden salvarlas) es menester que los dejemos á solas con Jesucristo. Para que todos podamos llamar padre al Sacerdote, es menester que él nos tenga á todos por hijos.

Y, finalmente, te haré, para acabar, una pregunta. ¿Has visto tú que los Curas peleen por casarse? A fe que no; y siendo así ¿desde cuándo acá sucede que se quiera hacer á las gentes casarse contra su gusto?

XVI.

Ningun hombre formal ha creído nunca lo que no entiende, y eso me sucede á mí con los misterios de la Religion.

R.—Pues si no has de creer más que lo que entiendes, ya puedes irte preparando á no creer en cosa ninguna; porque empezando por lo que pasa en tí mismo, ni sabes *por qué* pasa así y no de otro modo, ni sabes tampoco *cómo* pasa. Ya ántes de ahora te he indicado algo de esto.

¿Entiendes tú qué cosa es *ver*, qué cosa es *oir*, y por qué no ves con los oídos, y no oyes con los ojos? ¿Qué es el *viento*, de dónde sale, *por qué* deja, y *cómo* deja de correr? ¿Qué es el *frío*, qué es el *calor*? ¿Qué es el *dormir*, y en qué consiste que, teniendo tus oídos tan abiertos cuando duermes como cuando estás despierto, no oyes nada mientras duermes? ¿Por qué te *despiertas*? ¿Cómo sucede tu despertar? ¿Por qué una cosa es *negra* y otra *blanca*? ¿Qué es lo *negro*, que es lo *blanco*?

¿Crees tú que vives? No me dirás que no. ¿Y qué es *vivir*? ¿En qué consiste que te morirías si no comieras? ¿Y qué es *morir*?

¿Por qué tres y dos son cinco y no seis? Estas y otras muchas preguntas pudiera estar haciéndote un año entero, de cosas que tú

no solamente *crees*, sino que *no puedes dejar* de creer, y que sin embargo ni las *entiendes*, ni las *puedes llegar* á entender, si el mismo Dios no te las explica.

Es decir, hijo, que, bien mirada la cosa, para nosotros los hombres no solamente son *misterios* las verdades que la Religion nos propone, sino que es misterio todo lo que vemos, y todo lo que pasa en nosotros y fuera de nosotros; pues misterio llamamos á todo aquello que sabemos que *es*, que *existe*, que *sucede*, pero que no sabemos ni *cómo es*, ni *cómo existe*, ni *cómo sucede*. El *ver* es un misterio para nosotros, pues aunque sabemos que *vemos*, no sabemos *cómo sucede* que con ese par de bolitas negras, á que llamamos *ojos*, alcancemos; no sólo á lo que está cerca de nosotros, sino á lo que se halla puesto á millones de leguas, como son las estrellas del Cielo.

Y si no entiendes estos misterios que tienes tan cerca de tí, y aún en tí mismo, sin que dejes de creerlos porque no los entiendas, ¿qué razon hay para que dejes de creer los altísimos y profundísimos misterios que la Religion nos propone?

Estos misterios de la Religion, hijo, se pueden comparar al Sol: nadie sabe lo que hay dentro de él, y él sin embargo nos sirve para que con su luz veamos todas las cosas que podemos ver. Pues esto mismo sucede con los misterios de la Religion: ninguno de

los hombres los entendemos ni podemos penetrarlos; pero ellos nos sirven de luz y de guía para que entendamos todas las cosas que podemos entender. Y aún siguiendo la comparación, te diré que, así como la luz del Sol nos deslumbra y ciega si nos empeñamos en mirarla de hito en hito, del propio modo la luz y la guía que nos dan los misterios de la Religión, empieza á faltarnos desde que, necios y orgullosos, nos empeñamos en ahondar en ellos.

Pero aquí te oigo ya preguntarme: «Si estoy obligado á creer lo que no entiendo, ¿para qué me ha dado Dios el entendimiento? Bastaba que me hubiese dado la fe, que es la que sirve para creer lo que no se entiende.»

Vamos por partes. En primer lugar, tú conoces que, para creer una cosa, necesitamos ante todo saber qué cosa es la que vamos á creer, pues nadie puede creer ni dejar de creer lo que no sabe que existe. Tú crees que hay Dios, porque ántes de creerlo has sabido que lo hay; pero no has podido creerlo, sino después que lo has sabido; pues mientras no lo supieras, ni podías creerlo ni dejar de creerlo. Ahora bien: para saber una cosa, es menester entenderla, y no puedes decir que la sabes hasta que la entiendes. Te lo explicaré mejor con un ejemplo.

Figúrate que te traen á un hombre que no sabe que hay Dios, que en su vida ha oído hablar de Dios ni pronunciar su nombre.

Quieres tú sacar á este hombre de su ignorancia, y le dices: «Oiga V., amigo: sepa V. que hay Dios.» Pero él te preguntará entónces. «¿Y qué es eso? No entiendo lo que V. me quiere decir.»—«Hombre, le replicarás tú: todo lo que ve V. en el mundo, la tierra, el mar, las estrellas y todas las cosas han sido criadas por un Sér que todo lo puede; y este Sér Omnipotente, Criador de todas las cosas, es Dios.»—«¡Ah! ya lo entiendo á V. ¿Con que eso es Dios?»

Es decir, que nuestro hombre no ha *sabido* que habia Dios hasta que ha *entendido* qué cosa era lo que tú le querias decir al decirle *hay Dios*. Una vez entendido por este hombre lo que tú le quieres decir, puede él ya pensar para sí mismo de esta ó parecida manera: «Sí, sí: ya entiendo; ya sé que hay Dios: es verdad, todo esto que yo veo en el mundo, alguien lo ha de haber criado; y quien lo haya criado, debe poderlo todo. Sí, sin duda, hay Dios: creo en Dios.»

Ya tenemos á nuestro hombre *creyendo*. ¿Qué ha necesitado para creer? *Saber*. ¿Y qué ha necesitado para saber? *Entender*. Ha necesitado entendimiento para enterarse de la existencia de la tierra, del mar y del Cielo; lo ha necesitado para discurrir que las cosas no se hacen ellas solas, sino que alguien las hace; lo ha necesitado para comprender que el primero que hizo todas las cosas, debe ser Todopoderoso. Y á consecuencia de enten-

der este hombre todas estas cosas, ha llegado á entender que hay Dios: desde que lo ha entendido lo ha sabido, y lo ha creído después de saberlo.

¿Comprendes ahora para qué nos ha dado Dios el entendimiento? ¿Comprendes cómo la fe sería imposible sin el entendimiento, y porqué Dios no te ha dado la fe sola?

Pero este entendimiento que Dios nos ha dado, tiene una medida de la que no puede pasar, como la tienen todas las cosas del hombre; como la tiene su vista, como la tiene su fuerza. La vista del hombre alcanza adonde alcanza, y no más: lo mismo sucede con su fuerza, y lo mismo con su entendimiento: y así como con sus ojos no puede verlo todo ni puede dominarlo todo con su fuerza, tampoco puede entenderlo todo con su entendimiento.

Y dime tú ahora, ¿sería racional que un hombre creyera que no había en el mundo más cosas que ver que las que él hubiese visto y las que alcanzase con su mirada? ¿No tendrías por un mentecato al que te dijera que ninguna cosa tiene mayor peso que el que alcanzase él á levantar con su fuerza? Pues considera ahora cuán grande es la tontería del que no quiere creer más verdades que las que él alcanza con su entendimiento.

Pero, si hay muchas verdades que el hombre no alcanza con su entendimiento, hay siempre una cosa que alcanza de seguro; y

es á encontrar racional, juicioso y conveniente y digno de ser creído aquello mismo que la fe le manda creer sin entenderlo. Te explicaré más esto.

Los hombres creemos una cosa, ó porque la vemos por nosotros mismos, como creemos en el Sol: ó porque, aunque no la veamos, tenemos señales fijas para conocer que existe, como creemos que hay fuego donde vemos salir humo: ó porque nos lo dicen personas en tan grande número y tan respetables para nosotros, que seria locura no creerlas. De esta última manera creemos que existen los países que no hemos visto, y las personas á quienes no hemos conocido.

De estas tres maneras de creer, las dos últimas son las que un hombre racional tiene para creer los misterios de la Religion. No cree estos misterios, porque los vea con sus ojos ó los penetre con su entendimiento; pero los cree, primeramente, porque sabe que se los ha enseñado Dios mismo, el cual ni puede engañarse ni engañarnos á nosotros; y además, porque con su entendimiento ve cuán conformes están con la razon estos misterios que Dios le ha enseñado.

Por consiguiente, hijo, la fe con que creemos los misterios de la Religion, no es una cosa que tenemos así á tontas y á locas, sino que es el obsequio más racional que un hombre puede tributar á Dios. Jamás con el entendimiento llegaremos á saber cómo

no son los misterios que la Religion nos propone, y por eso necesitamos la fe; pero podemos saber y sabemos con nuestro entendimiento *que son* tales como se nos proponen, y que *así deben ser*.

Tú no comprendes con tu entendimiento cómo Jesucristo puede ser hombre y Dios á un mismo tiempo; pero comprendes que habiendo venido al mundo para redimir á los hombres, y habiendo de morir para redimirlos, era necesario que fuese hombre para que muriese, pues en cuanto Dios no podía morir; y era necesario que fuese Dios para que nos redimiera, pues sólo un Dios habria tenido el poder y el amor bastantes para ello. Aquí, pues, te sirve tu entendimiento para comprender, no el *cómo* Jesucristo es Dios sin dejar de ser hombre, y hombre sin dejar de ser Dios, sino para comprender que *ha debido ser así*.

Una vez comprendido que *ha debido ser así*, te falta saber si *ha sido*, y para esto te sirve igualmente tu entendimiento. Te sirve para entender á la Iglesia cuando te lo propone; te sirve para averiguar que la Iglesia lo sabe de boca del mismo Jesucristo; te sirve para conocer que este Jesucristo, de quien lo sabe la Iglesia, dijo y obró tales cosas en el mundo como sólo un Dios podría obrarlas, y te sirve por consiguiente para saber que Jesucristo es Dios. Y como con tu entendimiento sabes que Dios, en cuanto es sobera-

namente Sábio, no puede engañarse, y en cuanto es soberanamente Bueno, no puede engañarte, ya sabes que cuanto ha dicho Jesucristo, como dicho por el mismo Dios, es y no puede ménos de ser verdad.

Pero aquí pudieras tú preguntarme: «Si todo eso puedo yo hacer con mi entendimiento, ¿para qué necesito la fe?—Es muy sencillo; porque, después y todo de haber comprendido con tu entendimiento que una cosa es y que *ha debido ser*, todavía, si te quedas sin saber *cómo es*, tu espíritu se resiste á creerla. El orgullo natural de los hombres les hace resistirse contra todo lo que es superior á su razon y entendimiento, y justamente para vencer esta resistencia *natural* de nuestro orgullo, es para lo que necesitamos la fuerza *sobrenatural* de la fe, la cual no es otra cosa sino el auxilio que Dios nos da para que, venciendo la rebeldía natural de nuestro espíritu, creamos lo que no hemos visto ni entendemos, y lo creamos tan firmemente como lo que vemos y entendemos.

De manera que, sin el entendimiento, no podríamos adquirir fe, así como no podríamos ver sin ojos; pero, sin fe, de nada nos serviría el entendimiento, así como de nada nos servirían los ojos si no hubiese luz que nos alumbrase.

XVII.

Yo bien quisiera tener fe, pero sino puedo....

R.—¿Qué no puedes? Te equivocas muy mucho: y desde ahora te digo que todo el que de veras quiere tener fe, la tiene.

Acabo de indicarte, hijo, que, así como necesitamos ojos y luz para ver las obras de Dios, necesitamos entendimiento y fe para conocerle y amarle. Hazte bien el cargo de esta comparacion, para que entiendas bien el ejemplo que voy á ponerte.

Figúrate que tú eres un estudiante desaplicado, que no sabes nada porque nunca cojes un libro en la mano, y en lugar de estudiar te has dado al juego. Tu padre, que es un señor muy bondadoso, que te quiere entrañablemente, está lleno de pesadumbre por tu conducta; y, visto ya que ni por regaños que te ha hecho, ni por consejos que te ha dado, ni por nada de este mundo ha conseguido de tí cosa ninguna, se resuelve por fin, con dolor de su corazón, á encerrarte en un cuarto enteramente oscuro. Encerrado tú en tu prision horas y horas, entras á cuentas contigo mismo, empiezas á ver que tu padre es un señor muy bueno, empiezas á conocer que eres ingrato á sus beneficios; y por último, pesaroso de tu ingratitud, y deseando salir de aquel encierro y de aquella

oscuridad, te resuelves á cambiar de vida, y en aquel mismo instante quieres empezar á estudiar.

¿Qué será lo primero que hagas? Te levantarás de la cama, donde por aburrimiento y pereza estabas acostado; te dirigirás á la puerta del cuarto, y desde allí con voz suplicante dirás: «Padre, padre, ábrame Vd. y déme Vd. luz, que quiero desde ahora mismo no desobedecerle más, que me pesa de los disgustos que le he dado, y deseo estudiar para saber algo, para hacerme hombre y asegurarme mi sustento el día de mañana.»

Tu padre, que es tan bueno, te oye, y se regocija con toda su alma; pero no te responde al pronto porque considera justo que, pues tanto tiempo has sido ingrato con él, ganes su perdón á fuerza de pedir y de esperar. Tú, viendo que tu padre no acude, vuelves á llamarle, y golpeas la puerta, y lloras; y él, que no desea otra cosa, se enternece, y llega, y te abre, y te da luz y un abrazo.

Desde este punto, para cumplir lo que has prometido á tu padre, para darle gusto y desagraciarle, y, en fin, para hacerte bien á tí propio, procuras resarcir el tiempo perdido, buscas libros, estudias horas enteras, consultas con tus maestros lo que no entiendes: y de este modo, mientras que tu padre, ya gozoso contigo, no vuelve jamás á quitarte la libertad ni la luz, y te compra más libros

y te proporciona nuevos maestros, tú adquieres la ciencia, y logras ser las delicias de tu padre, y te formas en una carrera que te hace inmensamente rico.

Pues bueno, hombre sin fe: tú, ¿quien de nada sirve tanta enseñanza como Dios te ofrece en las obras de su Universo y en las predicaciones de su Iglesia; tú, que, en lugar de atender aquellas enseñanzas, las desoyes y desdeñas, por entregarte á tus pasiones; tú eres el estudiante desaplicado y dado al juego, tú eres el hijo rebelde al deseo é ingrato al amor de Dios tu buen padre, que no quiere otra cosa sino que te apliques á saber y creer la Religion que él te ha dado, para que logres un día ganar la inmensa riqueza de su Cielo prometido. La tenebrosa prision en que estás encerrado, es esa ignorancia, ese error acerca de las verdades religiosas; y lo que Dios tu Padre castiga al tenerte en ese encierro, es el ocio de tu entendimiento que nunca se levanta para considerar sus obras, y la dureza de corazón con que desatiendes sus consejos, sus preceptos y sus dones.

Y dime tú ahora: el día en que, avergonzado ó aterrado de verte en esa tiniebla, quieras cambiar de conducta, ¿qué será lo primero que debas hacer? Pues será sacudir la pereza que te tiene postrado en el lecho de tus vicios, llamar una y otra vez á las puertas de tu prision, y con lágrimas en los ojos, y gol-

peándote el seno, decir desde el fondo de tu alma. «Padre, Padre, dame la luz de fe que me falta para conocerte y amarte: mira que desde hoy quiero ya siempre cumplir tu voluntad; que me pesa del tiempo que te he olvidado y ofendido, que me espanta la oscuridad en que me encuentro, y quiero salir de ella para aprender la ciencia de tus enseñanzas divinas y ganar la gloria que tienes prometida á los que te buscan de veras!»

Y Dios, que no desea otra cosa, como padre que es soberanamente bueno, vendrá á tí, romperá la prision en que estás, te dará luz de fe: y tú, ya entónces con luz y libertad, procurarás estudiar más y más cada dia su doctrina santa, y correrás desalado en busca de la Iglesia, y consultarás á sus maestros; y pidiendo y estudiando, ganarás mayor luz cada dia; y al acabar la carrera de tu vida mortal, te hallarás dueño del tesoro inapreciable de la vida eterna.

Miéntas no hagas, hijo, lo que el estudiante que te he puesto por ejemplo, no me digas que quisieras tener fe, pero que no puedes. La fe es un don de Dios, es decir, que con las solas fuerzas de tu entendimiento no puedes adquirirla, y que no la tendrás si Dios no te la dá. Ahora bien: lo que no se tiene y se quiere tener, se pide á quien puede darlo.

¿Has pedido tú á Dios esta fe que no tienes? ¿Se la has pedido un dia y otro, con

fervor, con propósito firme de obrar y vivir conforme á ella el día que Dios te la dé? ¿O la has pedido así como de paso, en un rato de tristeza ó de mal humor, y como con miedo de obtener lo mismo que pides?

Además, ántes de creer en la Religión, necesitas saberla y entenderla. ¿Qué has hecho tú para conseguir esto? ¿qué libros has leído? ¿qué personas has consultado? ¿Te ha ocurrido siquiera irte á oír una explicación de doctrina cristiana? ¿has cogido un Catecismo en la mano? ¿has pensado formalmente en buscar un Sacerdote *ilustrado y caritativo* para confiarle el estado de tu alma, para pedirle consejos é instrucciones, para rogarle que satisfaga las dudas y dificultades que te ocurran? ¿Has hecho todas estas cosas sin que el orgullo ni la pereza te lo estorben?

Y sobre todo, dime. En el caso de que adquirieras esa fe que no tienes ¿estás resuelto á vivir conforme á lo que ella te enseña y manda, á dejar tus vicios y malas costumbres, á sacrificar tus caprichos, á sufrir privaciones, á llevar, en fin, con resignación todos los trabajos con que Dios quiera probarte? Porque ya sabes el adagio; *no hay peor sordo que el que no quiere oír*, y si tu corazón vicioso está interesado en no conocer la verdad, de seguro no la conocerás nunca.

Pero no digas entónces que no *puedes*, sino que no *quieres*: serás como un hombre

que hubiese tomado aborrecimiento á la luz, y no abriera los ojos por no verla. Cuidado, hijo, que esta ceguedad voluntaria es la mayor ofensa que puede hacerse á Dios, y no te servirá ella de descargo cuando llegue el gran ajuste de cuentas ante Aquel que ha dicho: *el que cree en mí, tendrá la vida eterna; y el que no cree, ya está condenado*. Tú conoces que Jesucristo no podia haber dicho esto, si fuera posible una sola vez siquiera que se quisiera tener fe, y no se pudiera lograrlo.

Créeme, hijo mio: el que la quiere, la tiene; y el que dice que no puede tenerla, es porque no la quiere. Desea tu tenerla, pídesela á Dios; y yo, en nombre de Jesucristo, te aseguro que la tendrás.

XVIII.

Lo mismo da una Religion que otra porque todas son buenas.

R.—Eso es lo que dice el que no quiere tener ninguna, el que se figura que todas ellas son pura invencion de los hombres, y el que cree, como tú creias hace poco, que la verdadera Religion es ser hombre de bien (Véase la pág. 49.)

¿Conque todas las Religiones son buenas? ¿Conque es decir que lo mismo da ser pagano, moro ó judío que cristiano? ¿Conque

es decir que tan cristiano es un católico como un protestante?

¿Quién te ha enseñado semejantes desatinos? ¿En qué cabeza cabe que sean igualmente agradables á Dios todas las maneras que hay en el mundo de confesarle y de adorarle?

La Religion, ó es nada, ó es el conjunto de las verdades que Dios nos ha revelado para que le conozcamos y amemos, y de los preceptos que nos ha impuesto para que le sirvamos. Es decir que no es Religion la que no procede de Dios mismo, la que ha sido inventada por los hombres.

¿Y como quieres tú que procedan igualmente de Dios la bárbara supersticion pagana que manda degollar á sus hijos delante de los altares de un ídolo, como lo hacian en otro tiempo los fenicios, y la Religion cristiana que prohíbe como un crimen horrendo el deseo de hacer el más leve daño á nuestros propios enemigos? El sanguinario fanatismo de los caribes del África, que, para complacer á sus falsos dioses, tuestan y se comen á los desgraciados extranjeros que caen en sus manos ¿será tan acepto á los ojos de Dios como la santa Religion que nos manda dar de comer al hambriento, y que ha hecho de la caridad la primera de las virtudes? ¿Serán iguales ante Dios el moro que por su Religion puede tener diez ó veinte ó cien mujeres, y el cristiano que peca mortalmente

sólo con desear á otra que no sea la única que le da la Iglesia en el Sacramento del matrimonio?

Por obrar conforme á su Religion degollaba el fenicio á sus hijos, el caribe creé servir á Dios comiéndose á sus prisioneros; el moro piensa ganar el cielo poblando su casa de mujeres; miéntras que , para obrar conforme á su Religion, está obligado el cristiano á ser casto y fiel á su esposa única , á ser misericordioso con todos los hombres, á hacer bien y deseárselo áun á sus enemigos. ¿Te atreverás á decir que tan igualmente bien obran el fenicio, el caribe y el moro como el cristiano? ¿qué es igualmente buena la Religion de todos ellos? No me lo dirás seguramente.

Es decir que , cuando ménos, tendrás que confesarme que hay unas religiones buenas y otras malas. Y no me dirás que las malas proceden de Dios; pues, en cuanto es infinitamente Sabio y soberanamente Bueno , Dios no puede haber mandado una cosa mala.

Pero podrás ahora decirme que , si es verdad que hay religiones buenas y religiones malas, no se sigue de aquí el que una sola sea la buena, sino que puede haber varias que lo sean.

Y á esto te respondo yo: ó todas estas religiones que tú tienes por igualmente buenas, enseñan y mandan absolutamente las mismas cosas, ó enseñan y mandan cosas diferentes. Si enseñan y mandan todas las

mismas cosas, entónces no son várias religiones, sino que es una sola; pero si enseñan y mandan cosas diferentes y contrarias entre sí, entónces alguna de ellas es falsa; porque, respecto á un mismo punto, no puede haber dos verdades contrarias; y si una de aquellas religiones dice *sí* donde la otra dice *no*, alguna de ellas se equivoca: no hay remedio.

Por ejemplo, los católicos creemos y afirmamos que en la sagrada Eucaristía está verdaderamente el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, miéntras que los protestantes dicen que en la hostia consagrada no hay más ni ménos que el poco de masa sin levadura que ven nuestros ojos. Para los católicos el mayor y más santo de los actos de nuestra fe es la sagrada Comunión, por medio de la cual nos hacemos unos con Jesucristo uniéndonos en cuerpo y en espíritu á su divina persona: para los protestantes esta creencia nuestra es una superstición bárbara y ridícula.

Si los católicos tenemos razon, los protestantes se equivocan: si los protestantes no se equivocan, los católicos la erramos de medio á medio.

Ahora bien: si diciendo y creyendo cosas tan contrarias, católicos y protestantes tenemos una religion igualmente buena, será preciso conceder que Dios, ó no sabiendo cuál era la verdad, ó importándosele nada de la

que fuese, nos ha dejado á todos que cada cual hagamos y creamos lo que nos parezca.

Y yo te pregunto: en cuanto es infinitamente Sábio ¿puede Dios no saber la verdad? Y en cuanto es soberanamente Bueno ¿puede serle igual que unos adoremos aquello mismo de que otros se burlan y blasfeman?

Por consiguiente; si toda Religion, para ser verdaderamente tal, ha de ser revelada por Dios mismo; si es imposible que respecto de un mismo punto existan dos verdades contrarias la una de la otra; si es evidente que Dios, ni en cuanto infinitamente Sábio, puede ignorar cuál es la verdad, ni en cuanto soberanamente Bueno, puede querer que los hombres tengan como Religion una mentira; síguese de todo esto que una sola tiene que ser la Religion verdadera, y que esa sola Religion verdadera es la única buena, y que todas las demás son malas; no son Religiones.

¿Y cuál será esta Religion, única verdadera, y por consiguiente única buena y aceptable á los ojos de Dios? La que reuna en su favor pruebas más claras y más numerosas de que ha sido revelada por Dios mismo.

Y esta es la Religion Católica, Apostólica, Romana, que por la misericordia de Dios profesamos los españoles.

Ella sola enseña la verdad sin mezcla de ninguna mentira: ella sola enseña el bien, y manda obrarlo, y da medios eficaces de que

se obre, sin mezcla de mal alguno. Ella sola enseña al hombre quién es y quién lo creo y para qué fin fue criado: ella sola le muestra claramente el camino que debe seguir en esta vida, y el término que le aguarda en la otra. Ella sola nos habla dignamente del Poder infinito de Dios, de su infinita Sabiduría, de su infinita Justicia y de su infinita Misericordia. Ella sola tiene fuerzas para sostener á los que vacilan, para levantar á los caidos, para socorrer á los menesterosos, para consolar á los tristes, para castigar á los malos y para premiar á los buenos. Ella sola, juntando á todos los hombres con el lazo de una misma fe y de una misma esperanza, es para todos fuente de caridad que los hace á todos amarse como hermanos, hijos todos del Padre comun que está en los Cielos.

Con saber que todo esto es y todo esto obra nuestra Religion Santa, bastaba ya y sobraba para afirmar que ha sido revelada por Dios; pues Dios sólo puede ser el autor de una doctrina que tan inmensos bienes ha hecho al mundo. Pero la divina Misericordia no ha querido que se limiten á esto sólo las pruebas de nuestra Religion, sino que además ha querido confirmarla con tales testimonios, que fuera insensatez y locura dudar de su verdad.

Lloraban nuestros padres su perdido Paraíso, cuando Dios mismo, al anunciarles que ellos y su descendencia quedaban por el pecado excluidos del reino de Dios, les prome-

te ya un Reparador, un Mesías, que habia de venir á redimir al mundo. Entónces fue por primera vez revelada con esta promesa la Religión de Jesucristo.

Multiplicados los hombres sobre la tierra, y olvidándose y falseándose cada vez más entre ellos el recuerdo de su origen y de la promesa hecha por Dios á nuestros primeros padres, escogió el Señor entre todos á un pueblo para que conservara en el mundo perpétuamente el recuerdo de las promesas divinas. Entónces, en cabeza de Abraham, padre del pueblo escogido, confirmó Dios la promesa, y le anunció que de su raza saldria el Redentor de los hombres.

Los Patriarcas oyeron tambien de Dios mismo la propia promesa que habia sido confirmada en Abraham; y Moisés á su vez, recibéndola de boca de los Patriarcas, y oyéndola tambien del mismo Dios, la dejó escrita y promulgada para que sirviera de perpetuo recuerdo y de regla perpétua al pueblo Judío.

Toda la historia de este pueblo, sus leyes y sus costumbres, sus ceremonias y su culto, sus guerras, sus victorias y desastres, sus prosperidades y desgracias, sus Reyes y Sacerdotes, sus instituciones todas, no eran sino sombras, figuras, imágenes de la Religión que habia de predicarse en el mundo cuando viniera el Mesías Jesucristo.

De entre los justos de aquel pueblo salian

Profetas, que inspirados por el mismo Dios, anunciaron año por año, mes por mes, y casi día por día el cuándo y el cómo había de venir y había de ser este Redentor prometido. Con ojos del espíritu le vieron naciendo de las entrañas de una Virgen purísima en el establo de Belén, envuelto en pobres pañales, adorado de los pastores y los magos del Oriente: viéronle aclamado, primero, como libertador y Rey, y luego insultado, atormentado y desconocido por el propio pueblo que lo aclamara: viéronle crucificado entre dos ladrones; y en términos claros predijeron hasta las menores circunstancias de su pasión y de su muerte.

Llegó, por fin, el día de que estas profecías se cumplieran; de que la luz de la Ley nueva disipara las sombras de la Ley antigua, y á las imágenes y figuras sucediese la realidad. Y todo entónce fue cumplido, en el tiempo y en la manera que había sido anunciado por los Profetas. Jesucristo nació dónde se había anunciado y como se había anunciado: su persona, su doctrina, su historia entera desde su nacimiento á su muerte, fueron, punto por punto, el cumplimiento fiel de todas las profecías.

Entónce apareció en el mundo y entre los hombres, tal y como había sido prometida, figurada y profetizada, la Religión cristiana católica, fundada por el mismo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y conser-

vada hasta nosotros por los Apóstoles y Ministros de su Iglesia.

Aquí ves, hijo mio, que, si bien hasta Jesucrito no ha sido enseñada y fundada la Religion cristiana tal como nosotros la profesamos, se encontraba sin embargo como un gérmen depositado en el seno de los Patriarcas de la Ley antigua, brotado y crecido en el pueblo judío desde Moisés, y desarrollado al fin en toda su pompa y realidad con el advenimiento de Jesucristo y la fundacion de su Iglesia.

Es decir que, desde el principio de los hombres, venia el Catolicismo desplegándose por grados y magestuosamente, como todas las obras de Dios; como el mediodia, que ántes es mañana y ántes aurora: como la rosa, que ántes es pimpollo y ántes boton; como el hombre perfecto, que ántes es jóven y ántes es niño. Es decir que, bien considerado, el Catolicismo no es una Religion de hoy ni de ayer, ni de hace diez y nueve siglos, sino que es de todos los siglos y de todos los tiempos: residió en la mente de Dios, sin principio ni fin como Dios mismo, ántes de que fuesen el mundo y el hombre; y vivirá eternamente, transformada en el triunfo universal de los buenos y en el castigo de los malos.

Mira cuánta grandeza, hijo mio, ¿cómo no ha de ser divina una Religion que enseña y contiene semejantes maravillas? No necesito darte más pruebas de su verdad.

Pero quiero todavía presentar más claro á tus ojos el cuadro de esta Religion, toda ella verdad, toda ella santidad y hermosura. Quiero hablarte de aquellos hechos en que se funda; no sólo de los que tú no has visto, y que sabes únicamente porque te los refiere la historia, sino de los que ves tú mismo con tus propios ojos.

Mira ante todo al divino fundador de nuestra Religion, Jesucristo; considera su humildad, su sabiduría, la incomparable dulzura de sus palabras, la profundidad de su doctrina, su paciencia en los trabajos, su amor á los hombres. Mírale nacer, vivir y morir en el tiempo y en la manera que los Profetas del pueblo de Dios habian anunciado. Mírale dominar á la naturaleza, curando á los paralíticos, dando vista á los ciegos, resucitando á los muertos y, lo que es más, convirtiendo á los pecadores; mírale en fin obrar, en presencia de testigos numerosos, aquellos milagros que no podian negar ni áun sus propios enemigos más encarnizados. Mírale resucitar, como Él mismo se lo habia anunciado *catorce veces* á sus discípulos, al tercero dia después de su muerte. Mírale, por último, subir al Cielo en cuerpo y alma gloriosos, delante de más de quinientas personas que lo vieron.

La verdad de estos hechos no puede ponerse en duda, pues los refieren los mismos que los vieron; y estos mismos que los refie-

ren, para probar que dicen verdad, se dejan matar, cuando para conservar la vida, no hubieran necesitado más que callarse. Y no sólo se dejan matar los que vieron todas estas cosas, sino otros miles de miles que, sin haberlas visto, las habian oido á los que las vieron: y no sólo estos que se las oyeron á los que las habian visto, sino otros innumerables que las creyeron como los mismos que las habian visto y los que se las habian oido á estos. Estos mártires de su fé, que derramaron su sangre por confesar que Jesucristo era Dios; estos mártires, hijo mio, son muchos millones de cristianos.

Pues mira ahora á los primeros Apóstoles de esta Religión santa: míralos, de cobardes é ignorantes pescadores que eran, convertirse de repente en sábios profundísimos y valientes triunfadores. Ellos hablan todas las lenguas: ellos asombran con su doctrina, tanto como con sus milagros. Ellos mueren por confesar á su divino Maestro: y en pos de ellos vienen millares de sucesores de su apostolado, predicando su misma doctrina, triunfando sobre todos los errores, y muriendo tambien mártires de la fe que confesaban.

Oye ahora, hijo mio, las profecías del mismo Jesucristo: mira después cómo todas ellas se han cumplido y se están cumpliendo á tus propios ojos.

Anunció Jesucristo que las puertas del Infierno no prevalecerian contra su Iglesia; es

decir, que ni la persecucion de los tiranos, ni la perversidad de los herejes, ni la malicia del mundo serian capaces de impedir que perpétuamente se confesara su nombre, se adoráran sus altares, y se siguiera su doctrina. Y ahí tienes á su Iglesia, al cabo de diez y nueve siglos de fundada, sin que el ódio de sus enemigos la haya quitado predicar, confesar y propagar la doctrina enseñada por su divino Fundador.

Anunció Jesucristo que los judios sus matadores, en castigo de la ceguedad y la malicia con que se cebaron en la sangre del Justo, no desaparecerian de sobre la tierra, y que andarian perpétuamente vagando por el mundo sin pátria y sin honra. Y ahí los tienes que, mientras desaparecen del mundo razas y naciones de que ya no queda memoria, ellos viven diseminados por la tierra, siempre perseguidos, siempre escarnecidos por todas las generaciones de todos los pueblos.

¿Qué más pruebas quieres que estas? Y si algo te falta todavía, contempla la santa vida de los cristianos verdaderos, comparada con la natural corrupeion y flaqueza de los hombres. Mira los cambios que esta Religion produce en los paises donde penetra, haciendo que los ignorantes se vuelvan sábios, los crueles se tornen benignos, los esclavos se hagan libres; trocando, en fin, las leyes y costumbres más bárbaras y feroces en suavidad y cultura.

Cuando todo pasa en el mundo, sólo el Catolicismo está en pié con sus dogmas, su doctrina, su apostolado, su sacerdocio, tales como los fundó Jesucristo. ¿Qué más pruebas quieres? ¿Puedes dudar, por lo que ven tus ojos y tu razon penetra y tus oidos oyen; puedes dudar de que esta Religion, como única que es revelada por Dios, es la única verdadera, la única buena? ¿Cuál otra pudieras comparar con ella? Sí, sí, hijo mio: ella sola nos enseña la verdad respecto á Dios y á sus obras, respecto á nuestra naturaleza, á nuestro origen, al fin con que hemos sido criados, á nuestras obligaciones y á nuestro paradero después de esta vida.

Todas las demás religiones de que oigas hablar, son pura mentira, son mera *invention de los hombres*, y si acaso se parecen en algo al Catolicismo, es á la manera que la moneda falsa se parece á la de buena ley.

Respecto á la *religion judía*, debo sin embargo advertirte, que tiene de especial el haber sido verdadera ántes del Cristianismo; porque, como te dejo indicado, ella era figura y preparacion del advenimiento de Jesucristo: pero después que vino al mundo el Mesías Jesucristo, ya no es verdadera ni tiene precio alguno. Se la puede comparar con el andamio de una obra, que no sirve sino para construirla, y que después de construída, se quita y aparta como un estorbo.

No vuelvas, pues, en tu vida á decir que

todas las religiones son buenas, pues semejante blasfemia, ó es una maldad ó una tontería. Maldad, si se dice por indiferencia; tontería, si se dice por ignorancia ó por falta de seso.

XIX.

No puede negarse que Jesucristo es un sábio eminente, un gran bienhechor de los hombres, y un gran Profeta. ¿Pero es verdaderamente Dios?

R.—Escucha lo que el mismo Jesucristo responde:

«*Sí, LÓ SOY. ¿Tanto tiempo como hace que estoy con vosotros, y aún no me habeis conocido?* EL QUE ME VE Á MÍ, VE Á MI PADRE: MI PADRE Y YO SOMOS UNO MISMO.»

Ante todo, hijo, ten en cuenta que el que da esta respuesta, es fundador de la Religion que acabo de presentarte como la única verdadera, la única santa, y la única enseñada por Dios mismo. Y te digo que tengas esto en cuenta, porque, ántes de hablarte en particular de Jesucristo, quisiera verte pensando si cabe en lo posible que sea un mero hombre, y que no sea verdaderamente Dios, el autor de una Religion que es y que vive y que obra como es, vive y obra la Religion cristiana. La verdad de nuestra Religion y la divinidad de su fundador Jesucristo se prueban la una por la otra. Si Jesucristo es Dios,

la Religion cristiana es verdadera: si la Religion cristiana es verdadera, Jesucristo es Dios.

Y como creo haberte demostrado bien claramente la verdad, la santidad y la grandeza de la Religion cristiana, te recuerdo desde ahora toda mi demostracion, para que la tengas como la primera y principal prueba de la divinidad de Jesucristo.

Sentado esto, y para comenzar á responderte de lleno, quiero fijarte bien la cuestion de que se trata.—Á Jesucristo le conocemos por sus palabras, y por sus obras: si las palabras y obras de Jesucristo, ó lo que es igual, su persona, su doctrina, su vida y muerte, y los sucesos ocurridos en el mundo desde su predicacion; si todas estas cosas, digo, *son ó pueden ser* de un hombre, Jesucristo no era más que un hombre; pero si no solamente *son* sino que *tampoco pueden ser* de un hombre, Jesucristo era y es, y ha sido y eternamente será Dios.

Suponiendo que Jesucristo no sea más que un hombre, tú eres el primero á decir que fue un hombre muy grande por su poder, por el gran bien que hizo al mundo y por la gran fama que tuvo entre las gentes. Pero á esto te añado yo que ha habido en la tierra, ántes y después de Jesucristo, otros muchos hombres que han maravillado al mundo con su ciencia, que le han encantado con sus virtudes, y que le han dominado con su valor y heroismo.

Pues explícame tú ahora esta diferencia. Los hombres más grandes que ha habido en el mundo, que han asombrado y dominado á la tierra, han sido nombrados durante su vida, y durante su vida han sido grandemente amados de unos y aborrecidos de otros: durante su vida, sus doctrinas ó sus hechos han sido el asunto de todos los pensamientos, de todas las conversaciones, y la causa de todos los sucesos. Algunos han logrado que este estrépito levantado con su nombre dure algunos años después de su muerte. Pero al cabo de un poco tiempo, su nombre y sus palabras y sus hechos se han ido borrando de la memoria de las gentes, quedando sólo escritos en los libros, para que los conozcan algunos pocos de sábios y de curiosos, sin que ya nadie vuelva á amarlos ni á aborrecerlos ni á tomarlos en cuenta para cosa ninguna.

Pues explícame ahora cómo sucede que, desde hace diez y nueve siglos que Jesucristo vino al mundo, no cesa su nombre de sonar un solo día, ni cesa de ser amado de unos hasta dar su sangre y su vida por El, y aborrecido de otros con un odio indecible: explícame porqué su doctrina es hoy, como ha sido perpétuamente, asunto de estudio para todos los sábios de la tierra, regla de conducta para todos los buenos, y espanto y rabia de todos los malvados. Explícame porqué ese Jesucristo, que murió hace ya tantos centenares de años, ha sido siempre y en

todas partes y sigue siendo hoy el espíritu de vida que penetra en los corazones más duros de los hombres, en los países más incultos y salvajes de la tierra, y que lo mismo en un país que en otro, y en una época que en otra, es siempre el que todo lo explica, todo lo resuelve, todo lo dirige y todo lo fecunda.

¿Qué hombre es ese que, al cabo de tantos años de muerto, no solamente no es olvidado del mundo, sino que cada día tiene nuevos discípulos que le oyen, nuevos mártires que mueren por confesarle, nuevos y numerosos adoradores que le levantan altares y templos? ¿Qué hombre es ese ánte quien hoy, como hace diez y nueve siglos, doblan la rodilla los grandes y poderosos, los Reyes y Emperadores; mientras que los esclavos esperan de El su libertad, los pobres su socorro, los desgraciados su consuelo? ¿Cómo en tanto tiempo no se ha acabado el entusiasmo que produce su nombre en unos y la ira que suscita en otros? ¿Cómo hay misioneros que por seguir su ejemplo y cumplir sus preceptos, van á predicarle en las regiones más apartadas, sin temor á los trabajos ni á la muerte?

— ¿Qué hombre es ese que, cuando van pasando razas y pueblos y generaciones, no cesa un punto de ser oído, invocado, adorado por unos; insultado, aborrecido, perseguido por otros; y *El* entre tanto, *El solo*

vive siempre y subsiste , y domina cada dia nuevos corazones y nuevas razas, nuevas gentes y nuevos pueblos?

¿Conoces tú, hijo mio, alguno de los grandes hombres que ha visto el mundo , con quienes suceda esto que sucede con Jesucristo? ¡Ah! no: Napoleon decía bien cuando, oyendo cierto dia llamar á Jesucristo *un grande hombre*, se volvió al que se lo llamaba, y le dijo. «En punto á hombres, me parece que soy voto competente, y yo le aseguro á Vd. que en cuanto á ~~ese~~, era mucho más que un hombre.»

Pero lo que hay de más singular en la persona de Jesucristo , es que no sólo continúa viviendo en el mundo desde que apareció sobre la tierra, sino que ántes de aparecer y desde que hubo hombres , habia ya vivido, habia sido deseado , conocido , amado de unos y aborrecido de otros. En él pensaban todos los pueblos y naciones cuando aguardaban al libertador que Dios habia prometido á nuestros primeros padres. Los Patriascas, los profetas y todo el pueblo judío, que sabian que de su seno habia de nacer el Redentor de los hombres, en Jesus esperaban, en él y por él vivian , á él invocaban y creían y amaban.

A la manera que el sol en los cielos va alumbrando no solamente el espacio ya recorrido, sino el que aún tiene que recorrer, así Jesucristo es el creído , el esperado y el

amado de los hombres nacidos ántes y de los nacidos después que su Sagrada Persona apareciese en la tierra.

¿Qué hombre es este, vuelvo á preguntarte, á quien se conoce, en quien se cree, á quien se espera y se ama ántes de que haya nacido? ¿Sabes tú de algun grande hombre con quien haya sucedido cosa igual?

Hay más todavía. Entre todos los grandes hombres que ha conocido el mundo, hay cierto parecido, cierta semejanza, como si fueran todos de una misma familia. Al verlos pasar unos después de otros, cada cual en su época, se conoce que cada uno tiene necesidad de tomar algo de lo que el otro le deja, se vé que todos se imitan unos á otros, y sobre todo, se halla que los más grandes no han estado exentos de flaquezas, de errores y hasta de crímenes, con los que van á voces diciendo que son hombres. No hay uno de ellos que al saber la vida de sus antecesores no diga para sí: «yo puedo ser tan grande como ese, y más grande todavía.»

Pero Jesucristo no tiene igual entre ninguno de los más grandes hombres que ha conocido el mundo ántes y después de él: ninguno puede comparársele en nada, mientras que él reúne en sí las perfecciones de todos. Ha habido hombres grandes de mucha virtud, de mucha ciencia, de mucho valor. Pero ¿á cual de ellos podrás comparar con Jesucristo? Su virtud es tan sobrehumana,

que ni se envanece con los aplausos ó los triunfos, ni se abate porque le insulten y atormenten, ni tiene para con sus encarnizados enemigos y feroces verdugos, más que palabras de perdon, de amor y de misericordia. Su valor es tan grande como su humildad. El mal que le hacen, no lo siente por sí, sino por el delito que cometen los que le maltratan y por el castigo que les espera. Su ciencia es tan singular, tan nueva su doctrina, tan extraordinario su lenguaje, que nadie ántes de El, ni los hombres más sábios, ni los de mayor talento, habian sospechado siquiera cosa parecida: nadie habia enseñado las grandes verdades y las grandes virtudes que El predica y enseña.

En Jesucristo ninguna perfeccion falta de cuantas pueden tener los hombres, miéntras que tiene en cambio perfecciones tan suyas propias, tan especiales é incommunicables, que los santos más santos no son, comparados con él, sino pálidos reflejos, imperfectísimas copias de su perfeccion infinita.

Y ¡cosa singular! con ser tan grande la perfeccion de Jesucristo, tan grande que sería locura en cualquier hombre el querer igualarla, es tal sin embargo, que léjos de asustar el ánimo con su misma grandeza, nos convida á imitarla. Y esto consiste en que, grande y todo como es, jamás peca por exceso, como suelen pecar las perfecciones de los hombres.

Estudia las virtudes de los mayores santos, y hallarás que en aquellas mismas por donde más se distinguen, cometen cierto exceso que nos acobarda y humilla. Por ejemplo, San Vicente de Paul se distingue por su humildad; pero parece como que hace demasiado poca estimación de sí mismo. La austeridad con que los ermitaños vivían en el desierto, tiene algo que nos espanta. San Francisco de Asís se nos figura que vive con demasiada desnudez y miseria. Tal es el hombre, que hasta en lo más bueno y santo que hay en él, se ve siempre algo de imperfecto, algo que peca, como suele decirse, una vez por carta de ménos, y otra por carta de más.

Pues bien, hijo mío: contempla ahora las perfecciones de Jesucristo: nada hay que falte en ellas, y nada tampoco que sobre. Porque nada en ellas falta, comprendemos que es imposible igualarlas; pero por lo mismo que nada sobra, hay en ellas tanto de suave, de dulce y atractivo, que el ignorante como el sábio, el niño como el viejo, el pobre como el rico, todos pueden aspirar á tener algo de ellas y á imitarlas, y ninguno puede juzgarse absolutamente incapaz de seguir en algun modo el ejemplo de Jesucristo.

¿Qué hombre es este, te preguntaré una y mil veces; qué hombre es este, cuyas palabras y obras, siendo doctrina y modelo de lo más sublime que puede concebir el entendimiento humano, están sin embargo al alcan-

ce de todo el mundo? ¿Quién, sino un Dios, pudiera haber conciliado tan maravillosamente lo que hay de sobrehumano en la perfección infinita con lo que hay de posible en la imperfección humana? ¿Quién, sino un Dios, pudiera ser ese á quien fuera locura querer igualar, y que sin embargo es maestro y modelo de todos? ¿Quién, sino un Dios, pudiera haber puesto así lo más difícil en las manos del hombre, viniéndolo casi á convertir en lo más fácil?

No bien le oyes, ya le entiendes: no bien le entiendes, ya le admiras: le vez, y ya le amas. Conoces que es sublime lo que te enseña, y te parece sin embargo, que siempre lo has sabido. Y esa doctrina que tan fácilmente entiendes, es sin embargo tan nueva para los hombres ántes de que Jesús la enseñara, que al oírla los judíos, no pudieron ménos de exclamar: *Ningun hombre jamás ha hablado como este hombre.*

Esta doctrina, que tan clara te parece y tan clara es, hace ya diez y nueve siglos que viene siendo meditada por todos los sábios, combatida por todos los perversos, aplicada á todas las ciencias, á todas las sociedades, á todas las formas de gobierno, á todos los géneros de pueblos y de hombres; sin que nadie haya podido encontrar en ella ni error ni falta, ni exceso ni delito; ántes bien permaneciendo eterna, como luz del mundo, y de la cual pudo con verdad decirse por el Maestro

Divino: *Pasarán el Cielo y la tierra; PERO NO PASARÁ MI PALABRA.*

Donde esta palabra reina, allí viven el bien y la sabiduría; donde ella penetra, huyen el vicio y la ignorancia: allí donde ella falta, ó de donde se ausenta, se levantan la barbarie, el envilecimiento y la muerte. A esa palabra debe el mundo todo lo bueno que tiene; y de tal manera es ella la única luz del entendimiento humano, que hasta los mismos que la insultan y la niegan, no saben ni tienen más ni menos para insultarla y negarla que lo que ella misma les da y les enseña.

Pues considera ahora, hijo mio, que esta palabra de Jesús, tan sublime y tan sencilla al mismo tiempo, que es leche para los niños y pan para los hombres, luz para el ignorante, asombro para el sábio; que es antorcha para la razon, guía para las acciones, regla para los pueblos; que ha salido de los lábios de un hombre en quien concurren circunstancias tan particulares como Jesucristo; considera ahora, te digo, que esta palabra, que todo lo domina, que no se funda en ninguna otra palabra humana, que ha sido, es y será la admiracion de los siglos, es la misma que incesantemente repite: *Yo soy Dios, Hijo de Dios, Verbo eterno del Padre, el Mesías prometido, el Ungido del Señor, el Salvador de los hombres, la Verdad, la Vida.*

—«Dinos, si eres tú el Cristo que espera-

mos,» —le preguntaban los judíos. «*Os estoy hablando, les responde Jesús, y no quereis creerme, cuando los milagros que obro en nombre de mi Padre, os dicen quien soy. Yo Y MI PADRE SOMOS UN MISMO SER.*» —Al oírle esta respuesta, los judíos quieren apedrearle, y Él entónces les dice: «*¿Por qué quereis apedrear-me?*» —«*Por tu blasfemia, le responden los judíos; porque, no siendo más que un hombre, te haces Dios.*»

A la mujer Samaritana que le habla del Redentor Cristo, como de quien habia de venir para salvar á los hombres y enseñarles toda verdad, le responde Jesús: «*Yo, que es to-y-hablando contigo, soy ESÉ CRISTO.*»

Predicando en otra ocasión á las turbas que se habían reunido para escucharle, les dice: «*En verdad, en verdad os digo, que así como el Padre resucita á los muertos, del mismo modo el Hijo restituye la vida á quien quiere...* A FIN DE QUE TODOS HAGAN AL HIJO HONOR IGUAL AL QUE ES DEBIDO AL PADRE. EL QUE NO HONRA AL HIJO, NO HONRA TAMPOCO AL PADRE.

Otro día, enseñando á un sábio judío que habia ido á consultarle, le dice así: «*NADIE SUBE AL CIELO SINO EL QUE HA BAJADO DEL CIELO, EL HIJO DEL HOMBRE QUE ESTÁ EN EL CIELO... Dios ha amado al mundo en tal manera, que le ha dado á su HIJO ÚNICO, á fin de que cualquiera que cree en él no muera, sino que posea la vida eterna... Dios ha enviado al*

mundo á su Hijo para que el mundo sea salvado por él... El que cree en él, no será condenado; PERO EL QUE NO CREE, YA ESTÁ JUZGADO DE ANTEMANO, PUES QUE NO CREE EN EL HIJO ÚNICO DE DIOS.

Acaba, en otra ocasion, de volver la vista á un ciego de nacimiento, el cual, arrojado de la sinagoga por los judíos porque decía que su bienhechor era, cuando ménos, un Profeta, vuelve á encontrarse con Él, se postra á sus plantas, y Jesús le pregunta entónces: «¿CREES EN EL HIJO DE DIOS?»—«¿Y quién es, Señor, á fin de que yo crea en él?»—Lo ESTÁS VIENDO, le responde Jesús; ES EL MISMO QUE TE ESTÁ HABLANDO.»—«Creo, Señor, creo»—dice entónces aquel hombre, y se postra ánte Jesús, y lo adora como á Dios.

¿No te bastan estos testimonios, hijo mio? Pues oye todavía.—«Abraham vuestro padre dice Jesús á los judíos, *se regocijó al entreverme.*»—«¿Cómo es eso? le replican los judíos ¿aún no tienes cincuenta años, y dices que has visto á Abraham?» Efectivamente Abraham habia vivido dos mil años ántes de Jesucristo, y por lo que los judíos entendian, preguntaban con razon. Pero Jesús les responde: ANTES DE QUE ABRAHAM EXISTIERA, EXISTO YO.»

Llega la hermana de Lázaro á pedirle que resucite á su hermano, y Jesús le dice: «YO SOY LA RESURRECCION Y LA VIDA. *El que cree en Mí, vivirá aun después de muerto: y el que*

vive en Mí y cree en Mí, no tendrá ya muerte eterna. ¿Lo crees tú así?»—«*Sí, Señor, responde la fiel Marta: CREO QUE SOIS EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO, QUE HABEIS VENIDO Á ESTE MUNDO.*»—Pocos instantes después, llegado Jesús adonde estaba el cadáver ya corrompido de Lázaro, añade estas palabras verdaderamente divinas: «*Gracias os doy, Padre mio, que os habeis dignado oirme. No lo digo por mí, pues bien sé que me ois siempre, sino por este pueblo que ahora me escucha, á fin de que crea que sois vos el que me ha enviado.*» Y diciendo entónces en alta voz: «*Lázaro, sal fuera*» se levantó de su sepulcro el muerto, que aún tenia la cara, piés y manos envueltos en el sudario.

El Evangelio entero tendria que copiar, hijo mio, si hubiera de citarte todos los pasajes en que Jesucristo se llama á sí mismo Dios. Pero lee, sobre todo, su discurso sobrehumano la noche de la cena con sus discípulos: Yo soy, les dice en aquella hora memorable, EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA. *Nadie llega hasta el Padre sino por Mí. Si me conocéis á Mí, ya conocéis á mi Padre: EL QUE ME VE, VE Á MI PADRE. Todo lo que me pidiereis en mi nombre, os lo concederé, á fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo. Amadme. Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre lo amará y VENDREMOS Á ÉL Y ESTAREMOS EN ÉL.*»

Clavado ya en la Cruz y próximo á espirar,

vuelve Jesucristo á llamarse Dios y á hablar como tal, cuando oyendo al buen ladrón decirle lleno de fé: «*Señor, acuérdate de mí cuando entres en tu reino*» le responde el Salvador: «*Hoy serás conmigo en el Paraíso.*»

Por última cita, recuerda cuando el apóstol Santo Tomás, resistiéndose á creer que Jesucristo hubiera resucitado, y no acabando de creerlo hasta que le vió y metió los dedos en sus divinas llagas, se postró á sus plantas y le dijo: «*¡Señor mío y Dios mío!*» Jesús entónces, léjos de reprenderle porque le llama Dios, le responde: «*Porque has visto, has creído, Tomás: BIENAVENTURADOS AQUELLOS QUE NO VIERON Y CREYERON.*»

Aquí tienes, hijo mío, vários pasajes del Evangelio en que Jesucristo se llama á sí mismo Dios, y consiente que otros se lo llamen, y exige que como tal le reconozcan, le crean y le adoren.

De que efectivamente Jesucristo dijo y obró estas cosas, no puedes dudar, porque están escritas en el Evangelio, que es la historia de su vida; historia escrita por los mismos que vieron y oyeron lo que en ella se refiere, y que murieron por confesar la verdad de aquello mismo que habian escrito; historia conocida de todas las gentes que vivian en tiempo del Salvador, y no desmentida por nadie ni entónces ni después; historia, en fin, de la cual decia Rousseau, (se pronunciaba *Rusó*) otro francés por el estilo de Voltaire.

re, que bastaba leerla para conocer que era verdad.» Libros como el Evangelio, decia este tal, no los puede inventar nadie; y si alguno hubiera capaz de hacerlo, seria más de admirar por su invencion que la vida misma que aquel libro refiere.»

No pudiendo, pues, ponerse en duda que Jesucristo dijo y obró todo lo que se refiere en el Evangelio; y siendo tan claro, como es, que se llama á sí mismo Dios y que por tal quiere ser tenido, te digo yo ahora: O Jesucristo dice la verdad ó no la dice: si dice la verdad, es Dios verdaderamente, y en este caso quedan explicadas por sí mismas sus palabras y sus milagros y sus triunfos. Si no dice la verdad, es, ó porque se engaña á sí mismo, ó porque quiere engañar á los demás. Si se engaña á sí mismo es (¡blasfemia horrible!) un pobre loco, que ha dado en la manía de creerse Dios: y si quiere engañar á los demás, es un embaucador que se burla de la gente.

Considera tú ahora, no con la fe de cristiano, sino con el sentido comun de hombre racional, si no es tan atroz como nécia la blasfemia de suponer á Jesucristo ó un loco ó un embaucador.

Si era loco, ¿dónde están los hombres cuerdos en el mundo? No está mal loco el que por primera vez enseña la doctrina más sabia y más santa que han oido los hombres; el que se lleva tras de sí con su palabra á mi-

llones de almas que mueren por confesarle y servirle; el que funda una Religion que dura siglos y siglos, triunfando siempre, apesar de estar siempre combatida! ¡Jesucristo un loco! ¿Quién estaria tan verdaderamente loco que se atreviera á decirlo?

Si era un embaucador, haz el favor de decirme, en primer lugar, cómo se componía de manera que, para hacer creer sus mentiras, sanaba á los enfermos con tocarlos, resucitaba á los muertos con su palabra, calmaba los mares y ponía silencio á la tempestad con una señal de su mano. Dime, en segundo lugar, si cabe en lo natural, en lo posible, que un embaucador pueda nunca ser tan acabado modelo de todas las virtudes como lo fue Jesucristo; y si puede ser tal su habilidad y su tino, que nadie, en tanto tiempo como estuvo rodeado de gentes, le descubriera la mentira. Y dime, sobre todo, si puede ningun hombre, por muy bien que sepa y quiera mentir, llevar su mentira hasta el punto de sostenerla, como seria necesario suponer que lo habia hecho Jesucristo, cuando estaba clavado en una cruz y próximo á dar el último suspiro.

Dime, por último, qué interés tendria Jesucristo en querer pasar como Dios, no siéndolo. Porque todo el que miente, por algo miente. ¿Se proponia hacerse rico? Pues entónces ¿cómo desprecia tan grandemente las riquezas; cómo se declara amigo

y padre de los pobres, y cómo se condena *él mismo voluntariamente* á una pobreza tan grande, que no tenia ni aún almohada donde reposar la cabeza?

Ó bien ¿no queria riquezas, sino que solamente pretendia el aplauso y la admiracion de las gentes? Pero entónces ¿cómo era tan humilde que, pudiendo tener por amigos á los sábios que le aplaudian y á los grandes que lo buscaban, se complacía solamente en vivir con los pequeños, y empezó por rodearse de ignorantes pescadores? ¿Cómo un hombre lleno de ambicion y de vanidad, podia enseñar tan constantemente, como Jesucristo lo hacia con su palabra y con su ejemplo, el desprecio de sí mismo? Además ¿dónde has visto tú que un hombre amigo del aplauso empieze, como Jesucristo lo hacia, por reprehender tan duramente los vicios, las costumbres, las ideas más dominantes de los mismos de quienes pretende ser aplaudido? Todo el que quiere ser adulado, tiene que adular; y si en vez de adular ofende, léjos de aplausos, lo que ganará será lo que ganó Jesucristo, ser crucificado.

Podrias, por último, decirme que Jesucristo no queria ni riquezas ni aplausos, sino pura y simplemente reformar el mundo y hacer bien á los hombres; y que se fingió Dios para que le respetáran más, y lograr así mejor sus buenas intenciones.

Pero semejante suposicion seria más absur-

da aún que todas las demás. Porque no cabe en juicio sano suponer que un hombre que se propone destruir los errores y vicios del mundo, sea él mismo tan falso y tan sin conciencia, que empiece su obra por el horrible sacrilegio de fingirse nada ménos que Dios.

Esto por un lado. Pero, por otro ¿no habia de haber conocido Jesucristo que su mentira se habia de descubrir tarde ó temprano, y que entónces era perdido todo el bien que con ella se hubiese propuesto? Porque es claro que nadie podia estímar ni seguir para nada la doctrina de un hombre tan atrevido y falso, que hubiese intentado nada ménos que ser tenido por Dios.

Y además, ¿buen modo tenia Jesucristo de-hacer que se le tuviera por Dios, si efectivamente no lo hubiera sido! Confesar delante de todo el mundo que habia nacido en un establo, y ponerse en trance de padecer todos los tormentos y de sufrir todo género de humillaciones, hasta morir crucificado entre dos facinerosos! ¿Tan escaso conocimiento habia de haber tenido de los hombres, que no conociera ser este el camino ménos á propósito para que creyeran su mentira? Porque era claro que, una vez creído por las gentes que él era Dios, su objeto estaba conseguido; pero, segun el camino que llevaba y los medios que ponía en juego para esto ¿cómo se le podia ocultar que, humanamente hablando, era imposible que le tuvieran

pos Dios los que le veían en tan miserable estado?

Precisamente, la mayor prueba que hay de que Jesucristo es Dios, consiste en haber sido creído y adorado como tal, apesar de todas las contras que, humanamente hablando, había para ello.

Por consiguiente, hijo mio, tenemos que la razón y la historia, cuando no la luz de nuestra santa fe, están diciendo á voces que el fundador de nuestra Religion, Jesucristo, no era solamente un gran sábio, ni un santo, siro el Sábío de los sábíos, el Santo de los santos, la misma Sabiduría, la Santidad misma, es decir, Dios verdadero, Verbo eterno del Padre, Hijo unigénito de Dios, Creador del Cielo y de la tierra.

Sí, sí, hijo mio: su palabra es de un Dios, sus hechos son de un Dios, sus virtudes de un Dios: su obra en el mundo, que es nuestra Religion santa, va diciendo ella sola que nadie, sino un Dios, pudiera haberla fundado. El hombre de cabeza sana y de corazón no dañado, sólo con consultar á su razón, tiene ya bastante para caer postrado ante la imagen del Hijo de Dios vivo que derramó su sangre por nosotros, y adorarle, y decirle, como su discípulo Tomás, cuando hubo tocado sus llagas: «Verdaderamente ¡oh buen Jesús! eres tú MI SEÑOR Y MI DIOS.»

XX.

¿Por qué me ha dicho V. que los protestantes tienen una Religion falsa? ¿Pues no son tan cristianos como los católicos? Yo creo que todos somos casi lo mismo.

R.—Sí, *casi lo mismo*; como la moneda falsa es *casi lo mismo* que la de buena ley: no hay más diferencia sino que la una *pasa* en el mercado, y la otra *no pasa*. Del mismo modo, entre protestantes y católicos, no hay más diferencia sino que unos profesamos la Religion que nos enseñó Jesucristo, y otros profesan la que á ellos les acomoda.

Ante todo debo advertirte que protestantes son todos los que niegan alguno ó algunos de los artículos de fe que reconocemos y confesamos los católicos.—Como estos artículos de nuestra fe son vários, y como de entre todos los llamados en comun *protestantes*, unos niegan unos artículos y otros niegan otros, resulta que hay várias clases ó *sectas* de protestantes, las cuales se distinguen entre sí por el número y calidad de los artículos de fe que cada una de ellas niega.

Llámanse todos en comun *protestantes*, porque todos ellos, aunque diferentes entre sí, convienen en *protestar* contra la fe que unánimemente profesamos los católicos. Todos ellos desprecian la autoridad de la Igle-

sia católica, fundada por Jesucristo para enseñarnos y explicarnos su divina doctrina, y para aplicarnos por medio de los Sacramentos los méritos de nuestro Salvador; y al desechar la autoridad de la Iglesia, no admiten más regla de fe que la Biblia, según cada cual de ellos quiera y sepa entenderla.

Así es que los protestantes no admiten más Sacramento que el Bautismo, y aún este le entienden y administran de mala manera. Todos los demás Sacramentos los desechan; así es que, ni se confiesan, ni comulgan, ni reciben la Extrema-uncion. Como no reconocen el Sacramento del Orden, sus Sacerdotes no tienen ninguna autoridad espiritual, ni les sirven más que para hablarles un ratito los domingos sobre la Biblia. Como el Matrimonio tampoco es Sacramento para ellos, resulta que se casan y se descasan cuando les da la gana.

Para los protestantes, como ántes de ahora te he dicho, la hostia santísima no es más que un pedazo de pan cualquiera; porque ellos no creen que en la sagrada forma esté real y positivamente presente el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

Tampoco veneran á María Santísima ni á los Santos; así es que en sus templós no hay imágenes. Sobre todo, á la Virgen nuestra Señora le tienen una verdadera aversion.

Como para ellos la Iglesia no es la comunión de los fieles, regida por la soberana au-

toridad espiritual del Sumo Pontífice, niegan que este sea Vicario de Jesucristo, y en lugar de obedecerlo y venerarlo como nosotros los católicos, dicen de él mil atrocidades, y le llaman Antecristo, Vicario de Satanás y otros insultos por el estilo.

Esto son los protestantes. Ahora que ya los conoces, dime tú si te parecen lo mismo que los católicos. Donde nosotros decimos *sí*, ellos dicen *no*; y por consiguiente, estoy en el caso de repetirte lo que ya te he dicho: O ellos tienen razón, ó no la tienen; si la tienen ellos, no la tenemos nosotros; y si la tenemos nosotros, es imposible que la tengan ellos.

Y como, en punto á Religion, el tener razón ó no tenerla, vale tanto como el profesar una Religion verdadera ó falsa, resulta que, si su Religion es verdadera, la nuestra es una superstición ridícula; pero si nuestra Religion es la única verdadera, como ya ántes te lo he demostrado, la suya es un error abominable y una burla del nombre de cristianos. Esta es la cuestion.

Para resolverla, importa que, después de saber ya lo que son los protestantes, sepas alguna cosa del cuándo y cómo nacieron.

Diez y seis siglos habia ya que la Iglesia católica estaba en pacífica posesion del derecho que la dió Jesucristo para dirigir y santificar á los fieles cristianos, cuando salió en Alemania un fraile, orgulloso y discolo de suyo, llamado Martin Lutero, el cual, rabioso

de tener que obedecer á sus Prelados, y conociendo que le sería imposible dejar de hacerlo si no se rebelaba contra la suprema autoridad espiritual del Papa, ahorcó los hábitos y renegó de sus creencias, empezando á predicar que la Religion cristiana se habia echado á perder, y que él queria *reformarla*; que el Papa era un nadie, un usurpador de la autoridad suprema de la Iglesia; que los Sacramentos no servian para nada, y que bastaba la fe sin obras para salvarse; que los Clérigos debian ser casados; y por último, y en resumen, que la Religion no habia de ser para los cristianos lo que la Iglesia dijese y mandase, sino lo que á cada cual le pareciese conveniente.

Mientras esto predicaba Lutero, sucedió que el Rey de Inglaterra, Enrique VIII, casado con una hermana de nuestro Rey y Emperador Carlos V, enamoróse perdidamente de una dama de su corte, llamada Ana Bolena; y queriendo casarse con ella, pidió al Papa que anulase su matrimonio con la Reina su mujer. Negóse el Papa, como era natural y justo, á semejante picardía: y no fue menester más para que el Rey de Inglaterra negase la obediencia al Papa, y diese entrada y proteccion en sus Estados á la heregia de Lutero.

Pusiéronse de parte del Rey muchos Obispos y casi todos los grandes señores de su corte, que se repartieron bonitamente entre

ellos los bienes de la Iglesia; y juntáronse con aquellos en este escándalo todos los clérigos, frailes y monjas que, mal avenidos con las virtudes de obediencia y castidad que habian prometido á Jesucristo, quisieron campar por sus respetos y darse á la vida alegre y regala-na. Los muchos fieles que se resistieron á esta abominacion, fueron perseguidos y tratados como traidores.

Lo mismo, y por las mismas causas que habia sucedido en Inglaterra, sucedió en Alemania y algunas otras naciones: de donde vino á resultar que, pocos años después de la predicacion de Lutero, la mitad casi de Europa se habia rebelado contra la divina autoridad de la Iglesia católica, por dar rienda suelta al orgullo, á la avaricia y á la lujuria, que se habian apoderado de los pueblos y de los Reyes.

Negada de este modo la autoridad de la Iglesia, y una vez declarado que cada cual podia entender y practicar la Religion cristiana como mejor le acomodase, resultó, y continúa hoy resultando, que cada protestante ha negado y niega lo que le parece conveniente; porque ellos no tienen más regla de fe que su opinion particular. Así ha sucedido que, negando unos un dogma y otros otro, y fundándose entre ellos una nueva secta, segun cada nuevo dogma que niegan, han venido á parar á punto de que, si se juntaran en un libro todas las verdades de la

Religion, que cada una de las sectas ha negado, se veria que entre todas no han dejado en pié ni uno solo de los artículos de la fe cristiana, empezando por la misma existencia de Dios.

Esto sucede entre los protestantes, mientras los católicos, por la misericordia divina, sujetos á la autoridad salvadora de nuestra Madre la Iglesia, creemos y profesamos unánimemente todos y cada uno de los dogmas y preceptos que dió Jesucristo á los hombres. Por eso nuestra Iglesia es y se llama *católica*, es decir, *universal*; lo cual, no sólo quiere decir que es de todos los tiempos, de todos los lugares y de todos los hombres, sino que une á todos sus fieles con el vínculo comun y universal de una misma fe y de un mismo culto.

Pues bien: ahora que ya conoces quiénes son y de dónde vienen los protestantes, te haré estas sencillas preguntas.—¿Es ó no verdad que el protestantismo pretende fundar una Religion nueva? No puedes decirme que no, pues una Religion se compone de fe y de culto, y los protestantes pretenden enseñar una nueva fe y profesan un nuevo culto.—¿Es ó no indispensable que, ó ellos se equivoquen, ó nos equivoquemos los católicos? ó lo que es igual: ¿es ó no indispensable que, si su Religion es verdadera, la nuestra sea falsa; y que, si la suya es falsa, la nuestra sea verdadera? Tampoco me dirás

que no, pues sabes que ellos dicen y profesan lo contrario que nosotros en unos mismos puntos; y por consiguiente, alguno va errado. Si yo digo que tres y dos son cinco, y tú dices que no son cinco, sino seis, alguno de nosotros se equivoca por fuerza: si son cinco, no son seis; si son seis, no son cinco: no hay remedio.—¿Es ó no indispensable, para que una Religion sea verdadera, el que sea divina, es decir, enseñada por el mismo Dios, ó por alguien de quien no puede dudarse que es enviado suyo? Ya te he demostrado, y ahora te lo recuerdo, que la Religion que no es divina, que no procede de Dios mismo, y que es *mera invencion* de los hombres, no es Religion, y por consiguiente no es verdadera.

Luego, para tener por divina, es decir, por verdadera una nueva Religion, me parece que lo primero que tiene que probar el que la predique, es que es Dios, ó enviado de Dios.

Y ahora te pregunto: los infinitos predicadores de nueva Religion, fundadores de las infinitas sectas protestantes, ¿son dioses ó enviados de Dios? ¿Te atreverás á tener por tales á esos danzantes que se rebelaron contra la Iglesia por orgullo, por avaricia y por lujuria?

El enviado de Dios ha de saber la verdad y ha de tener virtudes. ¿Y dónde está la verdad que enseñan y saben los protestantes? La

verdad no puede ser más que *una*, y ellos enseñan tantas verdades contrarias, cuantas son las sectas innumerables en que se dividen, y que por más señas se hacen pedazos unas á otras. Además de que entre ellos, y aún dentro de una misma secta, cada cual, en punto á Religion, es dueño de tener por verdad lo que le parece, y de tener hoy por verdad lo que ayer le parecía mentira, ó al contrario: es decir, que á cada instante varían: luego no saben la verdad; porque el que sabe la verdad, no puede variar.

Pero, ya que no poseen la verdad estos predicadores de Religion nueva ¿tienen virtudes? Para responder á esta pregunta, necesitaria contarte la vida y milagros de todos ellos. Ya sabes la buena pieza que era el amigo Lutero. ¿Pues si leyeras en los libros, *escritos por ellos mismos*, lo que han sido otros fundadores de sectas, ya verias buenas cosas! Y si hoy mismo te dieras una vuelta por Alemania ó por los Estados-Unidos de América, que es donde el protestantismo está más en boga, tropezarias en varias tabernas con algunos apóstoles y evangelistas, que lo primero que te ocurriria al verlos, seria meterlos en un presidio correccional ó en una jaula de locos.

En resúmen, los enviados de Dios no pueden ser reputados tales por nadie si no tienen y obran algo de divino. Pues bien ¿dónde están sus profecías? ¿dónde están sus mila-

gros? El gran fundador de secta, Calvino, viéndose apurado con esta pregunta que le hacian los católicos, quiso una vez meterse á hacer un milagro, y pagó á un perdido para que se fingiera muerto, á fin de *resucitarlo* él en seguida. Cuando todo estaba ya arreglado para la farsa, llega nuestro apóstol, rodeado de gentes; y empieza á decir al que estaba en tierra: «levántate, levántate:» pero el otro, nada; como si tal cosa, sin levantarse: ¿ni cómo se habia de levantar, si estaba real y verdaderamente muerto: para castigar su mentira y confundir á Calvino, Dios le habia quitado la vida.

El mismo Lutero, que, en su calidad de fundador del Protestantismo, estaba más obligado á mostrarse como enviado de Dios, cada vez que alguien le pedia una prueba de que lo era, salia como un perro rabioso, poniéndolo de *burro, puerco, turco endiablado* y otras lindezas tan caritativas como estas, que le ocurrian á aquel buen siervo de Dios y santo *reformador* de su Iglesia.

Cuenta, hijo, que yo no quiero decirte con esto que los protestantes sean todos gente perdida y mala, no: entre ellos hay hombres buenos y virtuosos, porque al cabo y á pesar de sus errores, siempre su Religion conserva algo de cristiana. Pero, aún así y todo, sus virtudes tienen siempre cierta cosa de frias y de estériles que á la legua van diciendo no estar abonadas por la Caridad.

Y así tiene que suceder: la razón te dice que unos hombres acostumbrados por su misma Religión á no tener más regla de fé ni de conducta que su opinion particular, no pueden estar ligados entre sí con aquellos vínculos de amor que engendra el hecho de pensar todos del mismo modo y de practicar unas mismas obras, como nos sucede á los Católicos.

Tú ves lo que sucede en una familia mal avenida, donde el padre tira por un lado, la madre por otro, y los hijos cada uno por el suyo. En esta familia, ni se quieren unos á otros, ni se ayudan en sus necesidades, como sucede en las familias donde hay union, es decir, donde todos los hijos, sumisos á sus padres y acostumbrados á pensar del mismo modo, viven verdaderamente unidos, no sólo con sus cuerpos sino con sus espíritus.

Pues bien, los católicos somos esta familia bien avenida; que, sumisos todos á nuestra madre la Iglesia, creemos y practicamos de una misma manera lo que ella nos manda creer y practicar; y los protestantes son la otra familia mal avenida, en la cual no hay ni padre ni madre que tenga autoridad para hacerles creer y practicar las mismas cosas, y donde, por consiguiente, cada cual tira por su lado para creer y obrar lo que le parece.

Si quieres saber lo que de esto resulta, no tienes más que ver por tí mismo lo que pasa

en las familias donde hay unos de un partido político y otros de otro, donde unos son, por ejemplo, liberales y otros absolutistas. En la pasada guerra civil ¿cuántos hermanos no hemos visto que unos estaban con las tropas de la Reina Isabel y otros con las de Don Carlos? Pues figúrate, si esto sucede por pensar de distinto modo en una cosa de tan poca importancia como la política ¿qué sucederá cuando la diversidad de opiniones sea sobre materias religiosas?

Respecto á los protestantes, es tan verdad lo que te estoy diciendo, que entre sus mismas sectas sucede que las ménos separadas de la fe de la Iglesia católica son las que cuentan en su seno mayor número de gentes honradas y virtuosas; y que, al contrario, mientras más separadas están de la Iglesia, ménos positivas, ménos eficaces, ménos cristianas son las pocas virtudes que conservan. Así, está sucediendo hoy día que los protestantes de buena fe y de honradas intenciones van poco á poco volviendo á acercarse á la Iglesia, de tal manera que ya nos imitan á los católicos en una porcion de cosas: muchos de ellos creen ya en la misa, y veneran á la Virgen Santísima y á los santos, y han cesado ya en sus sermones de decir las atrocidades y sandeces que tenian de costumbre contra la Religion Católica.

Y no sólo sucede esto, sino que todos los días, en Alemania, en los Estados-Unidos, y

mucho más aún en Inglaterra, estamos viendo que abjuran sus errores y se convierten al Catolicismo millares de protestantes, entre ellos los hombres de más saber y más virtud que hay en sus sectas principales. Esto es tanto más notable, cuanto que hasta ahora no se ha visto nunca que un católico *verdaderamente instruido en su Religion y de fe sincera* se haga protestante.

Y tu puedes estar seguro de que se convertirían muchos más protestantes si no fuera por el pícaro temor de indisponerse con sus correligionarios ó de perder en sus intereses mundanos. La prueba de esto se halla en los muchos protestantes que se convierten *á la hora de la muerte*, sin que *jamás* haya sucedido que en semejante momento se haya hecho protestante ningun católico. Es decir que cuando llega la hora verdaderamente de ajustar cuentas cada cual con su conciencia y de disponerse á parecer ante el tribunal de Dios, el protestante conoce que está fuera de la verdad, miéntras al católico no le ocurre nunca dudar siquiera de la fe que recibió en el Bautismo.

Estas pruebas solas y otras muchas de la misma especie que pudiera presentarte, bastarian á demostrar que solamente los católicos profesamos la verdadera Religion de Jesucristo. Pero aún te haré algunas reflexiones que te convencerán más y más de ello, sin que te dejen lugar ninguno á la duda.

La primera es el hecho constante en la historia de la Iglesia, de haber siempre existido, desde San Pedro acá, una sucesion jamás interrumpida de Pontífices, los cuales han sido reconocidos constantemente como gefes supremos de la Religion católica, y á cuya autoridad, por consiguiente, han estado sujetos todos los demás sacerdotes y fieles de la Iglesia, sin que á ninguno le ocurriera decir lo contrario, hasta que pareció, hace trescientos años, la heregía de Lutero. Es decir, que la Iglesia católica es tan antigua como el Cristianismo, miéntras que el protestantismo es una novedad, como quien dice, de ayer.

Lo propio que pasa con los Pontífices, pasa tambien con los demás Obispos, los cuales, desde los Apóstoles acá, vienen igualmente, por una sucesion no interrumpida, siendo los pastores de la Iglesia, encargados como tales de la direccion espiritual de los fieles, y obediendo todos en comun á la autoridad suprema del Papa, Obispo de Roma. Por esto, nuestra Iglesia católica se llama tambien *apostólica y romana*.

Esta es la organizacion que perpétuamente ha tenido nuestra Iglesia, desde Jesucristo su fundador; y tan cierto es que esta ha sido, que los mismos protestantes no lo niegan. Ellos, lo mismo que todos los demás herejes que ha habido entre los cristianos, todos han reconocido que la verdadera Iglesia católica

se halla donde se hallan los Obispos unidos en una misma fe con el Papa su cabeza y Padre comun de todos los fieles.

Pero si alguno lo dudára, no habria más sino ponerle delante el Evangelio mismo, para que viese cuándo y de qué manera y á quiénes encargó Jesucristo de propagar, enseñar y aplicar los dogmas y Sacramentos de su Iglesia.—RECIBID EL ESPÍRITU-SANTO (dice el hijo de Dios á sus Apóstoles); ASÍ COMO MI PADRE ME HA ENVIADO Á MÍ, OS ENVÍO YO Á VOSOTROS. ID, PUES, Y ENSEÑAD Á TODAS LAS NACIONES: *bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo. Predicad el Evangelio á todas las criaturas.* HÉ AQUÍ QUE YO MISMO ESTOY CON VOSOTROS HASTA EL FIN DEL MUNDO. EL QUE OS OYE, ME OYE; EL QUE OS DESPRECIA, ME DESPRECIA.» (Evangelios de San Mateo y San Marcos.)

Aquí ves, hijo mio, quienes son los verdaderos pastores encargados por Jesucristo de administrar los bienes espirituales de su Iglesia. Estos encargados fueron sus Apóstoles, y los sucesores de ellos.

Pues oye ahora de boca del mismo Jesucristo quién es el verdadero y legítimo Gefe supremo de estos Apóstoles.—«*Tu eres Pedro; Y SOBRE ESTA PIEDRA FUNDARÉ MI IGLESIA, y las potestades del Infierno no prevalecerán contra ella. A TI TE DARÉ LAS LLAVES DEL REINO DE LOS CIELOS; y todo lo que tu desatares sobre la tierra, será desatado en los cielos.*»

Por estas palabras del Salvador, ni la Iglesia entiende ni nadie puede entender otra cosa, sino que San Pedro fué elegido por Jesucristo para ser el Gefe supremo, el fundamento constante, el Doctor infalible y el Pastor universal de toda su Iglesia, es decir, de todos los demás Apóstoles y de todos los fieles.

Resulta, pues; de todo esto:

1.º Que hay un Iglesia cristiana, pues que Jesucristo dice: **MI IGLESIA.**

2.º Que no hay mas que *una sola*, porque Jesucristo no dice: **MIS IGLESIAS** sino **MI IGLESIA.**

3.º Que esta única Iglesia, fundada por Jesucristo, no es ni puede nunca ser otra sino la establecida en cabeza de San Pedro y perpetuada en sus legítimos sucesores y en los de los Apóstoles sujetos á su autoridad. Es decir, que no hay más Iglesia cristiana verdadera que la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, esto es, la congregacion de todos los fieles cristianos que en cualquier parte del mundo profesan una misma fe, participan de los mismos Sacramentos y tributan á Jesús el mismo culto, dirigidos inmediatamente por sus pastores los Obispos y demás Sacerdotes delegados de estos, y sujetos todos en comun á la autoridad suprema espiritual del Papa, sucesor de San Pedro, actual Obispo de Roma, Pontífice y Vicario de Jesucristo en la tierra.

Solamente los que se hallan unidos á esta

Iglesia, profesan la Religión cristiana. Todos los demás, aunque se llaman cristianos, profesan una Religión falsa, porque ni creen ni esperan, ni aman, ni obran lo que Jesucristo quiso que fuera por sus discípulos creído, esperado, amado y practicado.

Por consiguiente, no es verdad que los protestantes sean tan cristianos como nosotros los católicos. Léjos de eso, es indudable que el católico que se hiciera protestante, dejaría de ser cristiano; así como el protestante que verdaderamente quiera ser cristiano, tiene que hacerse católico. Esta es la misma verdad que, hace ya *mil seiscientos años*, enseñaba San Cipriano, Obispo y mártir, cuando decía: **NADIE PUEDE TENER Á DIOS POR PADRE, SI NO QUIERE TENER Á LA IGLESIA POR MADRE.**

La humildad y la caridad son las virtudes propias del cristiano, y justamente esas dos son la que faltan á los protestantes, como poseídos que están del vicio que más las contradice y las imposibilita, esto es, el *orgullo*. El orgullo les hace desoir y despreciar á la Iglesia de Jesucristo: el orgullo les hace no tener más regla de fe que su propia opinión particular.

Acostumbrados así á no obedecer autoridad ninguna en el asunto principal de la vida, que es la Religión, fácilmente niegan toda autoridad y se revelan contra toda especie de Gobierno, aún en los negocios púra-

mente humanos. Por esta causa han sido ellos, desde que aparecieron, los maestros y causantes y ejecutores de las grandes revoluciones y guerras que han ensangrentado á Europa de tres siglos á esta parte.

Del propio modo, acostumbrados á no seguir más que su opinion particular, acaban por no pensar sino en sí mismos y en adorarse á sí propios como á dioses. Esto explica por qué les falta la caridad, es decir, el amor á los hombres en Dios y por Dios. Y como donde este amor falta, ya sabes (Véase la objecion VII.) que no hay verdadera beneficencia, de aquí resulta que el mismo bien que se hace entre los protestantes, es siempre una cosa fria y estéril, que no sirve ni para santificar al que lo hace ni para consolar al que lo recibe.

Por esta causa les ha sido imposible hasta hoy, aunque muchas veces lo han intentado, fundar Hermanas de la Caridad. Por esta causa sus misioneros, léjos de ser, como los misioneros católicos, apóstoles de Jesucristo, y dispuestos á morir por confesar su fe, no son más que comerciantes que van hacer su negocio y á vender Biblias, y que, en cuanto les amaga la menor sombra de riesgo, ó ponen piés en polvorosa, ó consienten en abrazar aquellas supersticiones mismas que están obligados á combatir en los países á donde llevan sus misiones.

Nuestra España, hijo mio, tiene la gloria

de haberse salvado , gracias á Dios, hasta hoy de esta peste de la heregía , y yo espero en la divina misericordia que semejante desgracia no logre nunca juntarse á las muchas con que ya castiga el Cielo las ofensas que ha recibido la Religion en este suelo clásico de catolicismo. No, aquí jamás podrán tener carta de vecindad , ni mucho ménos ser seguidas por españoles, esas sectas , que aunque diferentes entre sí, están todas conformes en negar, en aborrecer y en insultar lo que más aman los católicos de todas partes, y lo que tanto amamos los españoles.

Jamás podremos creer nosotros que Jesucristo tiene su morada en esas salas desnudas sin altares ni imágenes , á que por mal nombre llaman *templo* los protestantes. Jamás podremos nosotros tener por cristianos á los que desprecian y aborrecen á nuestra dulce abogada María Santísima, Madre de Dios; á los que escarnecen y detestan el inefable misterio de amor que nos da en la sagrada Eucarestia el pan celestial de vida y la posesion anticipada de nuestro Dios y Salvador Jesucristo; á los que han convertido el matrimonio cristiano en un concubinato autorizado por la ley; y á los que han hecho del Sacerdocio un oficio como otro cualquiera, despojándolo de toda dignidad, de toda santidad y de todo carácter; á los que han proclamado, en fin, como *derecho del hombre*, una rebeldía que ciega el entendimiento, que

pervierte el corazon, que endurece las entrañas, y que mina los fundamentos mismos de todas las verdades y de todas las virtudes.

Mira, hijo mio. Atiende bien esta regla que voy á darte, y que contiene el sentido de todo cuanto te dejo dicho en esta RESPUESTA: «Caridad y tolerancia con los protestantes, porque son hombres, y los cristianos debemos amor á todos los hombres; pero guerra sin tregua y horror eterno á sus errores abominables y á su mal llamada Religion, porque no es, porque no puede ser nunca la Religion de Jesucristo.

XXI.

Pero, en fin, el Evangelio de los protestantes ¿no es lo mismo que el nuestro?

R.—Te diré: el Evangelio, como todos los demás libros sagrados, es para nosotros los católicos lo que la Iglesia nos dice que es; sus palabras y el sentido que á ellas deba darse son lo que la Iglesia nos dice y lo que la Iglesia nos explica. Por eso, entre nosotros es considerado como falso y despreciable todo libro sagrado, sea de la Biblia, sea del Evangelio, que no está aprobado por la Iglesia; y por eso tambien á nosotros nos está prohibido, como un pecado gravísimo, entender las palabras de los libros sagrados de

un modo distinto ó contrario del que la Iglesia enseña y explica.

Ahora bien, como los protestantes desprecian la autoridad de la Iglesia, y no se creen obligados á tener por verdadero ni bueno más que lo que á cada cual de ellos les parece, sucede que cada secta entre ellos hace lo que le acomoda con los libros sagrados. Cada cual los escribe y los explica como le da la gana: de donde resulta que, generalmente hablando, su Evangelio no dice lo mismo que el nuestro; y que, aún cuando el de algunas sectas tenga las mismas palabras que el nuestro, las entienden allá como se les antoja: de lo cual viene á resultar lo mismo que si las palabras fuesen distintas.

De esta manera, los protestantes no solamente son impíos y sacrílegos al despreciar á la santa Iglesia encargada por Jesucristo de guardar, explicar, predicar, defender y poner por obra sus divinos Mandamientos; sino que tambien son imprudentes y nécios, considerado humanamente el negocio; pues es claro que una reunion de tantos hombres tan sábios como hay en la Iglesia, y cuyo oficio propio es estudiar y aprender para enseñar, explicar y poner por obra la ley de Dios contenida en los libros sagrados, ha de tener necesariamente más prendas de acierto, que no la opinion particular y aislada de ningun hombre, por sabio que sea.

Sucede á los protestantes con el Evangelio

lo propio que sucede á los judíos con el antiguo Testamento; pues así como los judíos se pierden por no reconocer el Evangelio de Jesucristo, por atenerse meramente á su opinion particular en la manera de entender las profecías, y por no confesar que Jesús es el Mesías prometido en ellas; del mismo modo, los protestantes se pierden por no reconocer á la Iglesia de Jesucristo, por atenerse meramente á su opinion particular en el modo de entender el Evangelio, y por no confesar que la Iglesia católica, de cuyas manos han recibido ellos los libros sagrados, es la misma autoridad establecida por el Redentor para guardar, explicar y practicar las enseñanzas del cristianismo.

¿Qué replicarian los protestantes á los judíos, si al preguntarles ¿por qué no creen que Jesucristo es el Mesías prometido? les respondieran: «No lo creemos, porque á nosotros *nos parece* que Jesucristo no es el Mesías; del propio modo que vosotros los protestantes no entendeis el Evangelio como lo entiende la Iglesia, porque *os parece* que no tiene autoridad para explicarlo.» ¿Qué podrian responder los protestantes á este argumento de los judíos? Nada.

Tan cierto es que sin la palabra y la autoridad de la Iglesia, la Biblia y el Evangelio no son más que unos libros como otros cualesquiera, y aún ménos que otros cualesquiera, porque no siempre son fáciles de enten-

der, y sólo la ciencia de la Iglesia, que no es una ciencia humana sino la Sabiduría misma del Espíritu-Santo que perpétuamente la enseña y la sostiene, es capaz de mostrar la vida que se encierra en las palabras del Evangelio, las cuales son letra muerta sin la explicación de la Iglesia. Por eso San Pablo dice hablando de este asunto: «La letra mata; el espíritu de la letra es lo que da vida.» Y esto mismo quería significar San Agustín, cuando decía que él no creería en el Evangelio sino se lo propusiese la autoridad de la Iglesia.» *Evangelio non crederem, nisi me cogeret Ecclesiæ catholicæ auctoritas.*

XXII.

Un hombre de bien no debe cambiar nunca de Religion, sino que cada cual debe vivir y morir en la que ha nacido.

R.—¿Aunque la Religion en que se haya nacido sea falsa, y aunque conozca uno que lo es?—Tú no puedes querer decir semejante desatino.

Lo que querrás decir, es que cuando se ha tenido la dicha de nacer en la Religion verdadera, es decir, en la católica, no solamente no debe un hombre de bien dejarla por otra, sino que comete el mayor crimen si la deja, que es la *apostasía*. Pero, cuando se ha tenido la desgracia de nacer en una Religion

falsa, y hay la dieha de conocerlo, se está obligado á dejarla inmediatamente por la verdadera; y al dejarla, no solamente no se falta á ningun deber, sino que se practica el acto más racional y más meritorio: el más racional, porque todo hombre juicioso y honrado debe dejar el error por la verdad y el mal por el bien; el más meritorio, porque, así como no hay crimen más grande que la *apostasia*, no hay virtud mayor que *convertirse* á Dios para creer en su palabra y cumplir su santa voluntad. Esto es claro como el Sol.

El que, nacido en una Religion falsa, se *convierte* á la verdadera, no solamente obra conforme á razon y como debe un hombre honrado, sino que además ejecuta por lo comun un acto de valor heroico; pues muy raro será el que hallándose en este caso, no tenga que prepararse á sufrir disgustos y pérdidas de importancia. Pero, aunque les amenazasen todos los tormentos del mundo, y aunque debiesen perder hasta la vida por causa de su conversion, no por eso estarian dispensados de abjurar de sus errores en cuanto los conozcan y de abrazar la verdad. Deben acordarse de las divinas palabras del Salvador:

«YO NO HE VENIDO Á TRAER LA PAZ, SINO LA GUERRA. He venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre..... Porque muchas veces los mayores enemigos del hom-

bre son sus parientes. El que ama á su padre y á su madre más que á mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. SEREIS ABORRECIDOS DE TODO EL MUNDO POR MI CAUSA. EL QUE PERSEVERARE HASTA EL FIN, SERÁ SALVO (S. Mat., c. 10.)

Disputaba cierta señora protestante con uno de su secta que se habia *convertido* al Catolicismo, y queriendo echarle en cara su conversion, le dijo esta pulla: «Yo, caballero, quiero vivir y morir en la Religion de mis padres.»—«Pues yo, señora, quiero vivir y morir en la de mis abuelos»—le respondió el caballero con mucho acierto, pues quiso decirla que el protestantismo era una cosa nueva, mientras que el Catolicismo era tan antiguo como el nombre de cristiano.

Lo mismo quiso dar á entender aquel Obispo que, hallándose desterrado en Inglaterra, oyó á un protestante que le decia: «Comprendo la pena que tendrá Vd., si muere en Inglaterra, al pensar que sus huesos quedarán sepultados entre protestantes.»—«No, señor, le respondió el Obispo: no será así, porque encargaré en mi testamento que me hagan una sepultura bien honda.»

Por último, aquí es ocasion de contarte la razon que tuvo para convertirse al Catolicismo el Rey de Francia Enrique IV, que era protestante. Llamó á su corte una Junta de doctores católicos y de ministros protestantes para consultarles. Cada cuales de ellos tenian

el interés que es natural en que el Rey se decidiera á favor de su Religion; y disputaban largamente sin que el ánimo del Monarca se hubiera todavía decidido, hasta que tomando este en fin una resolución, preguntó á los protestantes ¿si podría salvarse haciéndose católico? Respondiéronle que sí, pero que se salvaria más fácilmente si continuaba siendo protestante. Preguntó en seguida á los católicos, y estos le respondieron que, habiendo una vez conocido ya, como conocia, la Iglesia Católica, estaba obligado á entrar en ella; y que de no hacerlo así, y de continuar siendo protestante, se condenaria sin remedio.

El Rey, que era un hombre de buen sentido, pensó entónces: «Los protestantes dicen que puedo salvarme con los católicos: los católicos en cambio dicen que si me quedo con los protestantes me condeno; pues me atengo á lo más seguro, y me voy con los católicos.»—Y así lo hizo: abjuró sus errores, y se convirtió al Catolicismo.

XXIII.

La Iglesia Católica es una antigualla, que ya pasó.

R.—Lo mismo, mismísimo que tú dices ahora, se viene diciendo por todos los impíos y todos los bribones de todos los siglos, desde la fundacion del Cristianismo. Y la Iglesia

entretanto ahí está más firme y más gloriosa cada día, ganando un triunfo nuevo á cada nueva persecucion que levantan contra ella los malvados, y quedando vencedora su verdad eterna de todas las heregías que en el mundo se han inventado para matarla.

Aún no se habia cumplido un siglo desde que el Dios-Hombre fué crucificado, y ya entónces un Próconsul (que es, como si dijéramos, un Gobernador de provincia) escribia al Emperador de Roma Trajano estas palabras: «Por aquí ando á vueltas con los cristianos; y los tengo ya tan escarmentados con mi persecucion, que bien puedo asegurar que dentro de poco no quedará ni rastro de su *secta*, ni volverá á hablarse más en el mundo de ese Dios crucificado, con el que arman tanta bulla.»

Y Trajano murió, y vinieron otros Emperadores y otros Procónsules que perseguian á los cristianos, que los degollaban á millares..... Y el Dios crucificado cada día ganaba nuevos adoradores.

Pasan dos siglos después; y los mismos Emperadores que habian perseguido á los cristianos, reciben el sagrado Bautismo, se postran humildes ante el Calvario, y adornan su corona y sus estandartes con aquella misma Cruz que habia sido tan escarnecida.

Todo parecia juntarse desde entónces para asegurar la paz y completa victoria al Cristianismo, cuando un Emperador cristiano re-

niega de su fe, y empieza á perseguir de nuevo á la Iglesia, más aún con los insultos y las burlas que con los tormentos y los suplicios. Este Emperador fue el llamado *Juliano el Apóstata*, quien en tono de broma decia que *estaba cavando el sepulcro del Galileo*; con lo cual se alababa de su ódio á Jesucristo, y se suponía capaz de acabar con su Religion y con su Iglesia.

Juliano murió: murió el imperio donde él era Emperador: pasaron siglos y siglos, hasta trece que son ya cumplidos desde que murió el Apóstata... Y la Religion del Galileo y su santa Iglesia viven gloriosas y triunfantes.

Levantáronse cada siglo, cada año, cada mes en todos los puntos del universo hereges atrevidos, fundadores de sectas poderosas, que lograron contar en su seno á los reyes y grandes del mundo. Todos han dicho que iban á acabar con la Iglesia... Y la Iglesia está en pié, mientras que ellos y sus nombres y sus sectas y sus poderosos protectores están sepultados en el olvido, sin que ya nadie, sino algun sábio curioso, sepa nada de ellos.

Cegado por el orgullo y alentado por la codicia, levantóse el protestantismo, hace trescientos años, en cabeza de Lutero; y, como todas las heregias, salió tambien prometendolas felices, y asegurando que iba á acabar con la Iglesia. «¡Oh Papa, oh Papa! (decia Lutero) yo soy para tí una peste mientras

vivo; después que yo muera, seré tu cachete.»

Y Lutero murió, y su protestantismo se dividió en innumerables sectas, que se odian y despedazan unas á otras, y todas ellas juntas y al mismo tiempo se van deshaciendo hoy mismo en todas partes como la sal en el agua.... Y el Papa, de quien Lutero pretendia ser cachete, va siendo cada vez más venerado, cada vez más fuerte y poderoso.

Llega, por fin, el siglo pasado, y nace Voltaire, aquel famoso impío á quien ya conoces, y su desprecio y su odio de la Religion fueron tan grandes, que le inspiraron la sacrilega extravagancia de firmar sus cartas con este sobrenombre «*Voltaire; burla-Cristos, ó destripa al infame.*» (Este infame á quien quiere destripar, es el buen Jesús y su santa Iglesia). En una de sus cartas firmadas con esta firma horrible, dice así: «Estoy harto ya de oír que bastaron doce hombres para fundar la Religion católica, y quiero mostrar que con uno solo basta y sobra para acabar con ella.»—«Dentro de veinte años (decia en otra carta) habremos ya dado buena cuenta del Galileo»...

Y el mismo día en que se cumplian cabalmente veinte años de haber escrito esto, moria el tal Voltaire de la manera que te he contado. (Véanse las págs. 84 y 85.)

Muere Voltaire, y sobre su mismo sepulcro comienza á rugir aquella horrorosa re-

volución francesa, de que habrás oído hablar, que inundó la Francia de sangre, que degolló al Rey en un patíbulo, que derribó todos los templos de Jesucristo y despedazó á sus Sacerdotes, y puso sobre sus altares á una ramera para adorarla.

Pero viene Napoleon, y restablece el culto católico, y Jesús vuelve á sus altares y los Sacerdotes á sus templos.

Napoleon mismo, que habia restablecido el culto de Dios verdadero, se empeña después en exigir del Papa cosas que el Papa no podia concederle, y lo saca de Roma, y lo lleva preso á Francia. Pero poco después, el mismo Napoleon dobla la rodilla ánte el Vicario de Jesucristo, y lo restituye á su Silla rodeado de honores y de esplendor... Y Napoleon muere de la manera que te he referido... Y aquella revolucion francesa, vencida por él, pasa como un huracan, dejando sin duda muchas huellas de su gran destruccion, pero no impidiendo que la Iglesia de Jesucristo saliera triunfante de la guerra infernal que contra ella habian movido juntos Voltaire, el protestantismo y la revolucion, es decir, la impiedad, el error y la barbarie.

Por último, tras de algunos pocos años de calma y de reposo, salen en estos tiempos que vamos atravesando, esos famosos regeneradores de la sociedad y del hombre, de quienes ya te he hablado; esos *socialistas*, *comunistas* y demás predicadores de su espe-

cie, que, alentados y auxiliados por el protestantismo espirante y por todas las malas pasiones de las almas más depravadas, vuelven á repetir el sonsonete de que *la Iglesia no es ya de este tiempo, que es una anti-gualla que ya pasó, que la ley del progreso exige ya otra clase de Religion más conforme á la marcha del siglo, etc., etc.*

Y todo esto te lo dicen con palabras de nuevo cuño, y dándose los aires de quien inventa alguna cosa, sin que esos desdichados vean ni quizás siquiera sospechen que sus alharacas, sus blasfemias y sus simplicidades no son ni más ni ménos que una mala repetición de la carta del Procónsul romano, de la apostasía de Juliano, de las heregías de todos los siglos, de las fanfarronadas de Lutero, de las asquerosas brutalidades de Voltaire, de los ahullidos bestiales de la revolución francesa, de todos los errores, en fin, y de todos los vicios que han manchado, manchan y mancharán el corazón de los hombres.

Todos ellos están demasiado ciegos para no ver cómo Dios se ha burlado y se burla de sus necedades, conservando y acrecentando más cada día el lustre y la magnificencia de su Iglesia Santa.

¡Desdichados, desdichados! ¡No recuerdan la promesa del Salvador al Primer Papa y á los primeros Obispos: *Id y enseñad á todas las gentes. Yo estoy con vosotros HASTA EL FIN DE LOS SIGLOS?*... ¡No recuerdan cómo esta

promesa fué confirmada en cabeza del Príncipe de los Apóstoles: *«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PODRÁN PREVALECEER CONTRA ELLA?...»*

¡Desdichados! ¿cómo quieren luchar contra la promesa de Jesucristo? ¿Cómo no les espanta la idea de desmentir al mismo Dios?

Ya que tan privados están de fe, que no se arredran de cometer este sacrilegio ¿cómo no ven que el mundo vive de lo que sabe y de lo que ama, y que en la Iglesia está toda la ciencia, y que su amor es infinito porque es el mismo amor de Dios?

No, la Iglesia no ha pasado, ni pasará hasta que pase el mundo, de quien ella es espíritu y vida. Ella nada puede temer: el mismo Dios que la ha dado victoria contra sus antiguos y poderosos enemigos, se la está dando y se la dará perpétuamente contra sus enemigos de hoy, que saben mucho menos y valen mucho menos que los antiguos.

Morirán, y no quedará memoria de ellos, éstos desdichados que ahora la insultan. Vendrán otros después de ellos, porque la barca de San Pedro ha de estar perpétuamente combatida por las tempestades. Pero Dios la tiene asegurado el puerto celestial de triunfos sin medida, y nada prevalecerá contra ella, ni los enemigos de sus playas, ni el tumulto de las olas, ni los monstruos de los mares.

XXIV.

Pero ¿la Iglesia es hoy lo que el Evangelio puro la manda ser, lo que fueron los primeros cristianos?

R.—No me harías esa pregunta si hubieras ya comprendido, como se debe, que la Iglesia fundada como está por Dios mismo y perpétuamente asistida por el Espíritu-Santo, no puede ménos de ser perpétuamente fiel á todos los preceptos y á toda la doctrina de que la hizo depositaria, maestra y administradora, su fundador Jesucristo.

Pero tú, sin saberlo quizás ni quererlo, te dejas llevar por todo lo que te dicen los enemigos de la Iglesia; y precisamente una de las cosas que más te repiten es: que la Religión cristiana no es ya lo que fue en su principio; que se ha echado á perder en manos de los Curas; que el Cristianismo de hoy no es ya el de los primeros cristianos: y que se ha corrompido la primitiva pureza del Evangelio.

Los que estas cosas dicen, descubren bien los fines que se proponen, cuando añaden: que es menester *reformular* el Cristianismo, y echar á un lado á la Iglesia Católica y á los Curas, como causantes que son de las corrupciones del Evangelio; que lo conveniente es que cada cristiano por sí y ante sí se arre-

gle una Religion allá para su uso particular, y que se basta y se sobra cada cual para saber y cumplir la verdadera doctrina de Jesucristo, sin que nadie se la explique ni le ayude á practicarla.

A poco que repares, hijo, verás que toda esta palabrería no es más ni ménos que una repetición de lo que decia y pretendia Lutero, y de lo que dicen y pretenden todas las sectas protestantes. Los malos católicos que dicen y pretenden esto mismo, son ó unos hombres de poco juicio que se dejan engañar y que ignoran el daño que hacen á su Religion, ó bribones que ven en la Iglesia un obstáculo perpétuo á sus proyectos depravados, y que aparentando querer el Evangelio puro y el Cristianismo primitivo, lo que quieren en realidad es matar hasta el nombre de cristiano, y no dejar con vida ni una palabra del Evangelio.

Pues bien: para responderte con sola una palabra á todo este barullo, te diré: que si tú eres buen católico, puedes estar cierto de que practicas el Evangelio en toda su pureza, y de que crees y esperas y amas y obras lo mismo que los primeros cristianos.

Y la razón de esto es muy clara. El Cristianismo es una ley de Dios, y no puede alterarse ni destruirse como las leyes de los hombres. Puede, sí, parecer distinto, y lo es efectivamente, en algunas de sus prácticas exteriores, que no se realizan hoy de la

misma manera que en tiempo de los primeros cristianos; pero el fondo siempre es el mismo, es decir, siempre es uno mismo el dogma y una misma la doctrina, hoy como el primer día de su existencia, y como ha sido en los diez y nueve siglos que lleva de vida.

La Iglesia ha sido fundada por Dios, y para los hombres. En cuanto es obra divina, salió de manos de su autor con toda la perfección que le es propia; pero en cuanto ha sido fundada para los hombres, es indispensable que no veamos de un golpe toda su perfección, sino que la vayamos descubriendo y se vaya realizando entre nosotros, como todo se realiza entre los hombres, es decir, poco á poco, por grados y sucesivamente.

¿Naciste tú con toda la perfección de hombre que te es propia? No: primero fuiste niño, luego adulto, luego hombre ya hecho y en todo el lleno de tu fuerza y de tu razón. Y, sin embargo, ¿no eres tú hoy *el mismo* que eras cuando niño y cuando adulto?

Pues comparativamente así sucede con la Iglesia. De manos de Dios salió fundada ya con todo cuanto la era necesario para llegar á su perfección; pero, como todas las obras de Dios hechas para el hombre, se va perfeccionando por grados á la vista de los hombres, para quienes ha sido fundada.

Ahora bien: todo lo que se desenvuelve y

se perfecciona por grados, varía en sus formas, y tiene tantos estados diferentes cuantos son los grados por donde pasa para llegar á su perfeccion. Pero esta diferencia de estados no lleva consigo una diferencia de la cosa en sí misma, sino únicamente de las formas con que se desenvuelve y perfecciona.

No es diferente de sí misma la encina que ves en el bosque, de lo que fue cuando era tallo y cuando era arbusto; son, sí, diferentes su tamaño, y la cantidad de sus frutos. No eres tú hoy otro sér distinto del que eras cuando niño y cuando jóven; son, sí, distintas las formas de tu cuerpo y el caudal de tus conocimientos y tus afectos.

Pues del propio modo, la Iglesia Católica no es hoy otra distinta de lo que fue en el Cristianismo primitivo: son, sí, mayores los tesoros de verdad, de poder y de virtud que ha descubierto á los hombres, y son distintas algunas formas exteriores de su organizacion; pero estas en nada alteran ni varían lo que en su fondo fue desde su principio en tiempo de los primeros cristianos.

Esta verdad se comprueba más y más cada dia que va siendo mejor estudiada y más conocida la historia de la Iglesia. Este estudio y este conocimiento, aumentados cada dia con los nuevos descubrimientos que se hacen, han bastado para convertir al Catolicismo á muchos protestantes sábios y hombres de buena fe, que registrando los escritos y mo-

numentos de los tres primeros siglos de la Iglesia, han encontrado pruebas indudables de que los primitivos cristianos tuvieron ya la misma fe y el mismo culto que tenemos hoy los católicos.

Han visto que siempre se ha creído en la Soberanía espiritual del Papa, Obispo de Roma, sucesor de San Pedro, y que se le ha tenido por maestro supremo de la doctrina cristiana, juntamente con los Obispos, sucesores de los Apóstoles.

Han visto que los primeros cristianos celebraban el culto Divino con la misma pompa que nosotros, y, sobre todo, el Santo Sacrificio de la Misa, con todas las ceremonias que hoy se celebra en los altares católicos y cuya mayor parte data del tiempo mismo de los Apóstoles.

Han visto que los primeros cristianos profesaron el culto de la Santísima Virgen, Madre de Dios, y de los Santos, y que veneraron sus imágenes y reliquias, como lo hacemos los católicos; y que recibieron y practicaron los mismos Sacramentos que nosotros, incluso la confesion auricular al Sacerdote, etc., etc.

Y si alguna duda pudiera quedar de todo esto, acaban de descubrirse, hace poco tiempo, en las *Catacumbas de Roma* (principalmente en la llamada de Santa Inés, que data de mediados del siglo segundo de la Iglesia), varias capillas subterráneas, con altares en que estaban guardadas algunas reliquias, con

pinturas é imágenes de la Santísima Virgen, con una silla pontifical, con pilas de agua bendita, y confesonarios, y otras muchas cosas que prueban hasta qué punto, aún en las prácticas más exteriores del culto, obramos los católicos como obraron los cristianos primitivos.

Por aquí puedes comprender la contradicción en que están los protestantes y los malos católicos que segundan sus intenciones, al decir, por un lado, que ellos pretenden restablecer el Cristianismo primitivo, y, por otro, al condenar creencias y prácticas que está probado sernos comunes á los católicos y á los primeros cristianos.

En resúmen, hijo: la Iglesia Católica sabe perpétuamente, porque así se lo prometió Jesucristo, lo que los cristianos debemos creer y lo que debemos obrar: oigamos dóciles la voz de la Iglesia, sigamos sus preceptos y sus consejos, y así tendremos el Evangelio puro, es decir, la fe verdadera y el verdadero culto que tuvieron y profesaron los cristianos primitivos, sumisos en un todo á la voz de la Iglesia.

Los que nos dicen que la Iglesia ha falseado la Religión, los que quieren que tengamos una fe y un culto distintos de los que ella enseña, nada más pretenden sino apartarnos de nuestra madre que nos ama, para entregarnos sin defensa en manos del error y de las más brutales pasiones.

XXV.

Pues señor : yo me formo acá mi Religion, y la practico como me parece. Cada cual tiene su manera de servir á Dios.

R.—¡Ya! Y *tu manera* es no servirle de ninguna. Lo mismo que tú piensan todos estos que salen por ahí predicando la *libertad de conciencia y la libertad de cultos*. Todos ellos entienden por estas *libertades* la de no tener ninguna conciencia y de no profesar culto ninguno.

¿Quién te ha dicho que cada cual es libre de servir á Dios como se le antoje? Esto fuese bueno si Él no hubiera dicho cómo *quiere* ser servido ; pero lo ha dicho, y no se le puede ni se le *debe* servir, ni se le sirve de otra manera que no sea la que Él quiere.

Me dices que este es negocio solamente tuyo; y yo te respondo que la yerras de medio á medio; porque, ántes que tuyo, es negocio de la Iglesia, la cual, ántes que tú nacieras y después que te hayas muerto, es la encargada y mandada de Dios para enseñarnos á todos cómo se le ha de servir. Á ser de otro modo, demás estaba haber dicho, como dijo á sus Apóstoles, primeros Obispos de su Iglesia : **¡ID Y ENSEÑAD Á TODAS LAS GENTES Á OBSERVAR MIS MANDAMIENTOS. *El que os escucha, me escucha ; el que os desprecia, me desprecia:***

pues yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.»

Esto es muy clarito, hijo mio: y no hay remedio; ó negar que ha sido dicho por el mismo Dios, ó confesar que no hay otra manera de servirle sino la que enseñan estos á quienes El ha encargado de enseñarnos.

Si me niegas que esto ha sido dicho por el mismo Dios, declaro que he perdido lastimosamente el tiempo al ponerte tan manifiesta, como lo he hecho en mis RESPUESTAS anteriores, la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente de su Religion. Pero si me lo confiesas, entónces te digo, y concluyo:

Que el que no cree las verdades contenidas en el *Credo* y explicadas en el *Catecismo*; el que no guarda con la mayor fidelidad los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; el que no procura ser casto, dulce, humilde, sumiso, sóbrio, caritativo, en fin, como la Iglesia le manda entender y practicar estas virtudes cristianas; el que, por último, no implora y busca el auxilio divino con la oracion y Sacramentos que le propone la Iglesia; este tal *no sirve á Dios*, sino á su amor propio y á su propio capricho. ¿Dice que tiene Religion? Falso. ¿Dice que es cristiano? Blasfemia.

No hay más que una Religion, ni más que un Cristianismo. O ser cristiano como la Iglesia lo enseña, ó condenarse uno á sí propio ante el tribunal de Dios.

XXVI.

Pero, en fin, la Iglesia se compone de hombres: hombres son los Papas y los Obispos y los Curas: ¿cómo han de ser infalibles? Yo estoy pronto á obedecer á Dios, pero no á hombres que son como yo, ni más ni ménos.

R.—Es como si un soldado dijese: «Mi regimiento se compone de militares como yo: militares son mi General y mi Coronel y mi Capitan, ¿por qué me han de mandar á mí? Yo estoy pronto á obedecer al Rey, de quien todos somos *súbditos*; pero no á militares que son como yo, ni más ni ménos.

Suponte que es sólo un soldado el que esto dice, y el que, obrando en consecuencia, desobedece á sus gefes. ¿Qué resultará? Que lo fusilarán por indisciplinado. Pues suponte que son todos los soldados los que dicen y obran lo mismo. ¿Qué resultará? Que no habrá ejército, y que el mismo Rey, de quien los soldados se declaran súbditos, y al cual dicen que están prontos á obedecer, se quedará sin defensores, y el Reino caerá en poder de sus enemigos.

Pues aplica el ejemplo. Dios nuestro Señor Jesucristo es el Rey de Cielos y tierra, del cual somos súbditos todos los fieles, soldados que peleamos, miéntras vivimos, contra el error y el mal. Para que sepamos y obremos

perpétuamente lo que conviene á fin de que no nos venzan estos enemigos, nos ha dado nuestro Rey Jesus un General y Coroneles y Capitanes que nos enseñen y defiendan, es decir, nos ha dado á su Vicario y Gefe de su Iglesia, á sus Obispos y demás Sacerdotes.

¿Qué resultará si es un solo cristiano el que, negándoles fe y obediencia, por considerarlos hombres como él, ni más ni ménos, los desprecia y los desoye? Que perderá la vida eterna. Pues suponte que no es un solo cristiano el rebelde, sino todos los cristianos. ¿Qué sucederia? Que no habria Cristiandad, y que el mismo Dios, al cual dicen que están prontos á obedecer, se quedaria sin adoradores, y el mundo entero de los cristianos caeria en poder del error y de los vicios, que son sus perpétuos enemigos.

¿Ves ahora claro, con este ejemplo, la atrocidad que me has dicho? ¿Conoces ahora que tu objecion es insensata?

Ya se ve que la Iglesia se compone de *hombres*, y de hombres tan flacos y miserables como tú y como yo, tan expuestos á equivocarse y á pecar. Pero estos hombres son los encargados por Jesucristo de enseñarnos á tí y á mí su doctrina, de administrarnos sus Sacramentos, de dirigir su Iglesia y de salvar nuestras almas. Y justamente este encargo es el que les hace diferenciarse de nosotros, y el que los hace nuestros maestros y gefes naturales en todo aquello que dice re-

lacion con el encargo que tienen respecto á nosotros.

Pero, así como el poder y el mando que el General, el Coronel y el Capitan tienen sobre los soldados, no les proviene del solo hecho de ser militares, sino de la autoridad que en ellos delega el Rey que les da aquellos grados; del mismo modo, la autoridad *infalible* y santa que sobre los fieles tienen los Sacerdotes, no les proviene de ser hombres, pues en cuanto hombres, no son más ni menos que otro cualquiera, sino de la divina autoridad, del sagrado carácter que en ellos delegó Jesucristo en cabeza de los Apóstoles y de sus sucesores los demás Obispos; autoridad y carácter que reciben con el Sacramento del Orden, instituido para eso por el mismo Jesucristo.

De manera que todos los Sacerdotes juntos y cada uno de por sí, incluso el Sumo Pontífice, pueden engañarse y se engañan muchas veces, como hombres que son, ni más ni menos que nosotros, en todo aquello que *no tiene que ver nada* con el especial encargo que Jesucristo les dió respecto á nosotros. Pero ni pueden engañarse ni se engañan nunca cuando, en virtud de su carácter sacerdotal, y *con las reglas y condiciones prescriptas por la Iglesia*, nos proponen lo que es propio de su especial encargo, como es la declaracion de artículos de fe, la regla de las costumbres, la disciplina general de la

Iglesia, la liturgia, la canonización de Santos, etc., etc.

En todo cuanto se refiere á estos puntos, Jesucristo les dió plena autoridad, y les prometió que les asistiría perpétuamente con su divino espíritu, cuantas veces, después de haberle invocado, hablaren en su nombre.

Por esta razón, los *Mandamientos de la Iglesia* nos obligan á los fieles lo propio que los mismos *Mandamientos de Dios*, pues entre unos y otros no hay más diferencia sino que estos nos fueron dados directamente por el mismo Dios en el Sinaí, y aquellos nos son dados por la Iglesia, á quien Dios autorizó para dárnoslos, prometiéndola al mismo tiempo que estaría con ella hasta la consumación de los siglos. Hé aquí por qué, cuando obedecemos á la Iglesia, obedecemos á Dios del propio modo que, cuando el soldado obedece á sus gefes, obedece al Rey que se los ha dado para que le manden, le enseñen y le defiendan.

Por consiguiente, hijo, tú ves que el que obedece á la Iglesia, no obedece á los hombres, aunque la Iglesia se componga de hombres, sino á Dios.

¿Sabes quiénes son los que verdaderamente no obedecen ni quieren que se obedezca más que á los hombres? Pues son los que locamente pretenden destruir la Iglesia de Jesucristo. Esos son los que quieren envilecernos y tiranizarnos, al pretender que desoiga-

mos y despreciamos á los que Dios encargó de enseñarnos para nuestro bien, y que sigamos á los que no desean sino hacernos rebeldes á la voz de Dios para entregarnos sin defensa en manos de los hombres.

¿Quieres una prueba de esta verdad? Pues oye, hijo mio, oye esto que te digo con toda la veracidad de un hombre honrado. El hombre que se rebela contra la Iglesia, cae al instante en poder de sus pasiones, que lo envilecen y lo matan. El pueblo que se rebela contra la Iglesia, y niega la infalibilidad del Sacerdocio cristiano, sale de las manos de Dios para caer irremisiblemente en las de tiranos que lo envilecen y lo destruyen, que lo degradan y lo oprimen, que le roban y lo matan.

De lo primero puedes hacer la experiencia por tí mismo todos los dias. De lo segundo te responde toda la historia del mundo desde la creación acá, y te seguirá respondiendo toda la historia venidera.

XXVII.

¿Con que es decir, que fuera de la Iglesia nadie puede salvarse? ¿Pues qué es entonces del gran número de vivientes que no son católicos?

R.—Entiendo, hijo, entiendo tu dificultad, y te alabo si ha nacido en tí de un impulso de caridad, que te haga desear la salvacion

de todos los hombres. Pero este impulso de caridad es cabalmente lo que forma la vida y el espíritu de la Iglesia: con que figúrate, aún antes de que yo responda á tu pregunta, si su inmensa caridad no enseñará y practicará, en el particular de que se trata, lo más conforme á la Justicia y á la Misericordia de Dios.

Cuando la Iglesia dice: «fuera de mí, no hay salvacion»—tú entiendes que lo que quiere decir, es:—«el que, *por cualquier causa y de cualquier manera que sea*, no es católico, está condenado.»

Pero el sentido comun te debia ya desde luego hacer sospechar siquiera que la Iglesia ni dice ni puede querer decir semejante desatino. Lo que la Iglesia quiere decir y dice, cuando enseña que «fuera de ella no hay salvacion,» es que, siendo ella sola, como lo es, la única maestra y dispensadora de la única Religion Divina, en ella sola se hallan los tesoros de verdad y de virtud necesarias para salvar á los hombres.

Lo que de aquí se deduce no es ni puede ser que todo el que esté fuera de la Iglesia, *por cualquier causa que sea*, se condena; sino que todo el que la conozca, está obligado, si quiere salvarse, á entrar en ella; y que todo el que, después de haberla conocido, la rechace y desprecie, se condena necesariamente.

Ahora bien: como la Iglesia puede no ser

conocida de cualquier hombre, ó porque nunca haya oído hablar de ella, ó porque no haya oído lo bastante para penetrarse bien de la verdad y la virtud que ella sola posee para salvar las almas, claro está que con el que se halle en este caso no habla la regla de la Iglesia; pues nadie está obligado por ninguna ley divina ni humana á hacer una cosa que no conoce ni puede de manera ninguna conocer.

Aquí tienes porqué, según la racional y caritativa doctrina, comunmente enseñada por los doctores y admitida por la Iglesia, un protestante ó cismático que de *buena fé* profesan su error, y que, por una causa involuntaria, *no han podido verdaderamente* conocer y abrazar la fé católica, son considerados como si formáran parte de los fieles, aunque en realidad no la formen; y respecto de ellos, se enseña que, si han vivido rectamente, según lo que de buena fé creían ser la verdadera ley de Dios, tendrán parte en el Reino de los Cielos.

Muchos protestantes hay, y aún entre ellos algunos ministros de su culto, que, gracias á Dios, profesan de buena fé sus errores. El Ilustrísimo Señor Cheverus, Obispo de Boston, convirtió á dos muy sábios y muy piadosos, que declararon no haber tenido duda ninguna acerca de la verdad de su Religión hasta que oyeron á aquel buen Prelado.

De todos modos, hijo, lo más prudente y más

cristiano que hay que hacer en estas materias, es no meternos á cavilar el cómo juzgará Dios á los protestantes y á los incrédulos. Bástenos saber que Dios, en cuanto es soberanamente Bueno, quiere que todos los hombres se salven y que, en cuanto es infinitamente Justo, no puede ménos de dar á cada cual lo que merezca. Con esto, y con servirle nosotros lo mejor que podamos, no tenemos necesidad de más.

Seguramente nos habríamos ahorrado todo lo que te llevo dicho en esta RESPUESTA, si tú no hubieras dado oídos á otra palabrota que anda también muy en boga por el mundo, juntamente con la de *libertad de conciencia* y demás de su especie que ántes de ahora te he mencionado. Esta otra palabrota es la *tolerancia*.

La idea que con esta palabra se expresa, buena y santa es; porque nada más bueno y santo, sobre todo para un cristiano, que *tolerar*, es decir, mirar con caridad los errores y compadecer los extravíos de los hombres. Pero no es esto lo que predicán y pretenden los nuevos apóstoles de *tolerancia*, sino que exigen como una obligación el que se consientan ó se aprueben todos los errores y todos los vicios, y niegan que la Religión y el Gobierno tengan derecho á detestarlos y condenarlos.

Estos tales son los que acusan á la Iglesia Católica de *intolerante*, confundiendo, por

ignorancia ó por malicia, dos cosas que no pueden confundirse, á saber, *la intolerancia respecto á las doctrinas con la intolerancia respecto á las personas.*

La Iglesia es *intolerante con las doctrinas*, y en esto no hace más que lo que debe, y aún lo que hace cualquier hombre de razon en los negocios comunes de la vida. Todo el mundo es intolerante con los errores que sabe que lo son, y esto es lo que hace la Iglesia, ni más ni ménos. La Iglesia sabe que lo que ella enseña en materia de Religion es la verdad, y que no hay otra verdad sino la que ella enseña, como que Dios mismo es el Maestro que se la ha enseñado á ella. ¿Cómo ha de tolerar, por consiguiente, que nadie la contradiga y la desmienta?

¿Qué quieren los que acusan á la Iglesia de *intolerante*? ¿que, renunciando al encargo que tienen de enseñar y de salvar al mundo, oiga en silencio los errores más monstruosos contra la Religion, y que no solamente los oiga en silencio, sino que tambien los proteja declarando que pueden ser tanta verdad como lo que ella enseña? Cuando la Iglesia enseña, por ejemplo, que el Soberano espiritual de los fieles cristianos es el Sumo Pontífice, como sucesor que es de toda la autoridad de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles ¿pretenderán los que la acusan de *intolerante*, que miéntras esto enseña por un lado, confiese, por otro, que puede ser Soberano

espiritual cualquier lego motilon en lugar del Papa?

No: la Iglesia no puede ser *tolerante* con el error, por la misma razon que tú en tu casa no puedes ser tolerante con el que venga á decir á tu hija que no tiene obligacion de obedecerte, ó á tu mujer que no tiene obligacion de criar á tus hijos. La Iglesia está en posesion de la verdad; su doctrina sola es la verdadera, y no puede, por tanto, tolerar ninguna otra doctrina contraria á la suya.

Pero si la Iglesia es *intolerante con las doctrinas* es en cambio *caritativa con las personas*. Obrando en esta parte como el Dios mismo á quien representa; *detesta y condena* el error y el pecado; pero *compadece y ama* al que yerra y al que peca. Miéntas, por una parte, nos enseña que ella sola posee la verdad, y nos asegura que sólo en ella podemos salvarnos y que fuera de ella nos perdemos, tambien, por otra parte, nos enseña que todos los hombres somos hermanos, y que debemos, por tanto, amarnos todos recíprocamente como hijos de un mismo padre. Por eso nos manda condenar el error, pero amar al que yerra.

¿Qué hay en esto de cruel, de duro, de bárbaro, como suponen los enemigos de la Iglesia cuando la acusan de *intolerante*? Jamás la Iglesia ha dicho lo que uno de los más famosos entre ellos, Rousseau, de quien ya

te he hablado. Este tal ha sido uno de los grandes predicadores de *tolerancia*, y sin embargo, no se ha estremecido de enseñar esta máxima horrible: «El Soberano (dice) puede arrojar del Estado al que *no cree* en la Religion del país donde manda....» «Si algun ciudadano, después de haber reconocido públicamente esta Religion, *se portase como si no la creyera*, debe ser castigado con *pena de la vida*.»

¿Qué te parece de la *tolerancia* de este dichoso *tolerante*? Preciso es confesar que la Iglesia sabe algo más, y obra bastante mejor en punto á tolerancia, que los que la acusan de intolerante.

XXVIII.

Pero ¿y la Inquisicion?

R.—Ya yo esperaba que tú salieras por este registro. Pero ten un poco de cachaza, hijo; que en esto, como ~~en~~ todo, quiero responderte la verdad.

De la Inquisicion habrás oído contar y habrás leído horrores: que fué un Tribunal injusto, sangriento, tenebroso, donde no se distinguía al inocente del culpable, donde no habia medio de defenderse, y de donde jamás se salía sin llevar, cuando ménos, los huesos rotos ó el pellejo tostado. No faltará quien te diga que ha sido un Tribunal inven-

tado por los Curas para entretener sus ratos de ocio en quemar vivos á sus semejantes.

Y no faltará quien esto diga, porque la clase de gentes que por lo general mueven este asunto, no acostumbran á pararse en barras cuando se trata de suscitar el ódio ó el desprecio contra la Iglesia de Jesucristo. Todos ellos saben poner en práctica á las mil maravillas aquella máxima célebre del famoso Voltaire: «Calumniad y calumniad sin tregua: que de la calumnia siempre queda algo.» Fieles á esta regla, se han compuesto para escribir la historia de modo que en su mano todos los hechos se desfiguran y falsean. Unas veces callando la verdad, otras veces mintiendo con un descaro inaudito, tienen muy buen cuidado, cuando quieren poner en mal lugar una cosa, de no decir lo que la explica ó la disculpa, y de exagerar todo lo que la puede presentar como odiosa.

Esto han hecho al hablar de la Inquisicion: no han contado sino los abusos cometidos en nombre de este Tribunal, y han callado las razones justísimas que le dieron origen, y los fines convenientísimos para que fue establecido.

El Santo Oficio de la Inquisicion fue fundado por Santo Domingo de Guzmán en una época de fanatismo religioso y de costumbres bárbaras, cuando el nombre de *hereje* ó *judáizante* era el dictado más odioso que se podía dar á una persona por cualquier ene-

migo mal intencionado que quisiera vengarse de ella; cuando las excomuniones de la Iglesia bastaban para apartar del excomulgado á sus vasallos, á sus amigos, á sus criados y áun á sus parientes más cercanos; cuando muchos de los infelices realmente excomulgados por hereges, ó solamente sospechosos de heregía, eran destrozados por el pueblo en medio de las calles, ó arrojados á las llamas, sin proceso ni juicio ninguno, despojados de sus bienes, y denigradas sus familias con nota de infamia perpétua.

Figúrate que en nuestro tiempo se cometiesen estos excesos populares, y que no pudiendo ser contenidos por ningún Gobierno ni autoridad ninguna, viniese un hombre sabio, piadoso, desinteresado, ageno de toda pasión y respetado por todo el mundo, que se ofreciese á conocer nuestras causas, á absolver á los inocentes, á reducir al arrepentimiento á los culpados, y á suavizar las penas durísimas que las leyes determinaran contra ellos; figúrate que, para conservar estos bienes y evitar que se repitiesen aquellos excesos, se organizase un Tribunal compuesto de jueces instruidos y sin interés ninguno en faltar á la justicia ¿no aclamaríamos á este Tribunal como un salvador de nuestras vidas y haciendas, y no tendríamos al hombre que lo hubiese imaginado y organizado, por un bienhechor insigne de la patria y un sábio reformador de las costumbres?

Pues esto cavalmente fue Santo Domingo de Guzmán, y esto fue en sus principios el Tribunal de la Inquisicion. Los que, por ignorancia ó malicia, dejan de referir este su origen verdadero, ocultan por las mismas causas, que la Inquisicion ha salvado la vida del alma y la del cuerpo á infinitas personas, y que ha sido por mucho tiempo, y desde luego lo era en el tiempo que se estableció, el Tribunal más *piadoso*, más humano y más justo que se ha conocido.

Háblase mucho de las *ruedas*, las *cuerdas*, los *hierros encendidos* y demás tormentos que se usaban en aquel Tribunal para obligar á los reos á declarar; y se calla maliciosamente que esta bárbara costumbre no fue inventada por la Inquisicion, sino que ella al establecerse se la encontró ya usada por todos los Tribunales de toda especie que entónces habia. La verdad es que la Inquisicion fué precisamente el primer Tribunal que empezó á suavizar en la práctica y á poner en desuso aquel bárbaro modo de enjuiciar á los reos.

Esta es la verdad pura en cuanto al origen de la Inquisicion y en cuanto á su primera época. Después, sucedió que los Príncipes de varias naciones, alterando las leyes primitivas de aquel Tribunal y haciéndolo instrumento de sus miras políticas, metieron dentro de él, por decirlo así, las pasiones del mundo, y lo pusieron al servicio de intereses que no siempre eran los de la Religión,

con lo cual se desnaturalizó grandemente y cometió abusos. Pero ¿qué hombre prudente y de buena fe hará un cargo á la Religion por los abusos y crímenes que se cometan en su santo nombre?

Los que, confundiendo, por ignorancia ó malicia, estas cosas, pretenden que se achaquen á la Religion horrores y excesos que ella es la primera en condenar, son los mismos que callan ó disculpan hábilmente los grandes crímenes cometidos por los enemigos de la Iglesia.

Ellos no dirán que en las guerras suscitadas y mantenidas por los hereges en Inglaterra, Alemania y Francia, desde el siglo XV acá, se ha derramado más sangre en algunas batallas solamente, que toda la derramada por la Inquisicion en todo el tiempo que ha durado.

Ellos no dirán que los mismos hereges, tan dispuestos siempre á culpar á la Iglesia de crímenes que no son suyos sino de los que han abusado de su nombre, han sido más injustos, más sangrientos y bárbaros con los pobres católicos, que cuanto exageradamente se refiere de la Inquisicion.

Ellos no dirán que hoy dia mismo el fanatismo de los hereges en Alemania, en los Estados-Unidos, en Holanda y áun en Inglaterra, está cometiendo con los católicos iniquidades y atrocidades que espantan y avergüenzan á la humanidad.

Ellos no dirán que en algunas naciones, y principalmente en nuestra España, á la Inquisicion se ha debido el conservar el preciosísimo bien de la *unidad religiosa*, que nos ha evitado las guerras largas, sangrientas y desastrosas que han afligido, que afligen hoy mismo y que amenazan afligir á algunos países donde existe la libertad de cultos.

Ellos no dirán, por último, las muchas ocasiones en que la Inquisicion, no solamente ha refrenado, corregido ó castigado á los hereges, corruptores de la moral y perturbadores de la paz pública, sino que tambien ha descubierto y castigado las patrañas y sacrilegios de los falsos devotos y perversos hipócritas que con capa de Religion estaban cometiendo maldades.

Quede, pues, sentado, hijo mio, que la Inquisicion ha cometido sin duda abusos, que la Iglesia ni puede aprobar ni *ha aprobado*, porque la política ha querido convertirla en instrumento suyo. Pero quede igualmente sentado que, atendida la época y los fines con que se estableció aquel Tribunal, fue una institución altamente piadosa y convenientísima; y que, si la justicia manda no callar ni disimular los abusos que se hayan cometido en su nombre, manda tambien no ocultar los bienes que ha hecho al mundo.

Y, sobre todo, hijo mio: te haré esta sencilla reflexion: El que la Inquisicion haya si-

do todo lo que se quiera, ¿nos impide á nosotros el vivir como cristiano? ¿Será cosa de que, por vivir cristianamente, debamos temer que nos obliguen á llevar á la hoguera á nuestros semejantes?

Dejemos á los que hayan cometido excesos ó crímenes, que Dios los juzgue, sin renunciar por eso á estudiar en las historias lo que haya de verdad en cuanto de ellos se diga. Pero que aquellos excesos á crímenes, si los ha habido, no nos sirvan de pretexto ó de excusa para dejar de cumplir nuestras obligaciones de cristianos.

XXIX.

¿Qué es el infierno? ¿Dónde está? ¿Ha venido alguna vez de allá quien nos lo cuente?

R.—No: y si tú entras en él, tampoco volverás para contarlo. Pero precisamente, porque nadie vuelve, es cuando ménos una tontería el no hacer lo posible para libertarse de caer en él.

Tú me podrás decir á esto, que no crees que haya tal infierno; pero yo te respondo por de pronto, que eso que tú te atreves á negar así tan resueltamente, ha sido objeto de grande duda para los impíos más famosos. Ahí tienes á Rousseau, que á la pregunta de si hay infierno, nada tuvo que contestar más que un *¿qué se yo?* Y si este no te contenta,

te volveré á citar á Voltaire, quien respondiendo á un amigo suyo que se figuraba haber descubierto la prueba de que no habia infierno, le decia: «¡Dichoso V.! Yo por mi parte no he podido llegar á tanto.»

De modo que los más desalmados entre los incrédulos tienen, cuando ménos, al hablar de este asunto un *quizás*, un *¿qué se yo?*, sin que jamás se atrevan á decir un *no* redondo y seguro. ¿Serás tú más atrevido que ellos?

Por si tal disparate te ocurriera cometer, empezaré diciéndote, que ese infierno, del que tú dudas ó que niegas, ha sido revelado á los cristianos por el mismo Dios.

Quince veces nada ménos habla nuestro Señor Jesucristo del infierno en su Evangelio.

Lee sino, el capítulo IX del de San Marcos, y allí verás dicho por el mismo Jesús, que vale más perderlo todo y sufrir en este mundo todas las penas que «ir al infierno, al fuego que jamás se apaga, donde no tiene fin el remordimiento; donde todo el que entre, será *salado* por el fuego» es decir, donde será penetrado, devorado y conservado, todo á un tiempo mismo, por el fuego, á la manera que la sal, penetrando las carnes, las conserva sin que se destruyan.

Repasa luégo el capítulo XXV de San Mateo, donde dice el propio Jesús: «Apartaos de mí, *malditos*: id al *fuego eterno*, que fue preparado para el demonio y sus ángeles..... Y

todos irán al *suplicio eterno*, y los justos á la *vida eterna*. »

Por último, en el capítulo XV de San Juan, dice: «Si alguno no viviere unido á mí, será arrojado al *fuego* y *ardará*, etc. etc.»

Como ves por estas citas, no puede ser más terminante la palabra de Jesucristo, es decir, de Dios mismo. Con que tenemos que aquel buen Jesús, tan dulce y misericordioso, que todo se lo perdona á los pecadores arrepentidos; que recibe en su seno con tanto amor á la culpable Magdalena, á la mujer adúltera, al publicano Zaqueo y al ladrón crucificado á su lado; ese mismo buen Jesús, tan misericordioso y dulce, te dice que hay un *infierno* y un *fuego eterno*; y, para que no te quede duda alguna, te lo repite *quince veces*.

Esto supuesto, ya no puedes negarme ni poner en duda la existencia del infierno, sin que me niegues ó dudes de que Jesucristo es Dios, ó de que su Evangelio dice lo que dice. Pero si te ocurriese la insensata blasfemia de dudar ó negar cualquiera de estas cosas, todavía contra tu impiedad y tu falta de fe, hablaría á tu razón la voz de todo el género humano.

Porque has de saber que, desde que el mundo es mundo, no hay Religión ninguna de ningún tiempo y de ningún lugar que no haya creído en el infierno. Desde luego, lo creyeron y enseñaron los judíos, como primitivos depositarios que fueron de la reve-

lacion divina. Lo han creído todos los filósofos, poetas y naciones de la antigua gentilidad. Lo creen hoy todos los paganos, los moros, los salvajes más incultos. En todas las tierras habitadas que se han descubierto y se van descubriendo, se ha visto que la existencia de un infierno sin fin ha sido punto de fe de las religiones más bárbaras y groseras.

¿Qué más? los protestantes mismos, que apenas han dejado en pié un solo artículo de la fe católica, no se han atrevido á negar el infierno.

¿Ni quién puede tampoco negarlo, por poco sentido comun que tenga? ¡Pues qué! ¿no es infinita la justicia de Dios? ¿no es infinita su misericordia? En cuanto es infinitamente Misericordioso y Bueno ¿no nos ha dado Dios todos los medios de conocer su voluntad y de cumplirla; y no está igualmente propicio á perdonarnos si nos arrepentimos de haberle ofendido?

Claro es que sí: pero, por lo mismo que es claro ¿no se deduce de aquí necesariamente que, siendo Dios infinitamente Justo, no puede ménos de castigar con una pena infinitamente grande al que se empeña en desoirle y ofenderle sin tener jamás un remordimiento ni un pesar de haberle ofendido?

¿Qué idea tienen de la justicia los que niegan el infierno? ¿Quieren que Dios tenga reservado el mismo lugar al ladrón y al santo, al opresor y al oprimido? ¿Quiéren que Dios

haga lo que no consentirían hacer á un magistrado cualquiera? ¿Qué dirían de un juez que, llamado á sentenciar entre un pupilo huérfano y el tutor que le hubiera usurpado sus bienes, declarára absuelto al tutor y dejára al pobre pupilo morir de miseria?

Pues esto quieren que haga Dios los que niegan el infierno: quieren que el bribon que ha pasado su vida á costa de los sudores y lágrimas del pobre y del desvalido, tenga luego en la otra vida el mismo lugar de gloria y bienaventuranza que el mismo desvalido y pobre á quien haya oprimido y vejado.

Mira, hijo: la ofensa que se hace á Dios, es infinita, porque lo es la magestad del Dios á quien se ofende; y si bien la infinita misericordia del Señor puede perdonar y perdona al arrepentido, su infinita justicia no puede dejar de castigar con una pena infinita, es decir, eterna, al que lo ofende sin jamás arrepentirse.

¿Cómo se puede poner esto en duda? Y si esto no te bastara, examina los frutos que produce la creencia en el infierno, y piensa los que produciría la falta de esta creencia. ¿Cuánto y cuánto crimen no deja de cometerse por temor á las eternas penas de la otra vida? ¿Cuánta y cuánta buena accion no ha inspirado el justísimo y saludable deseo de evitarlas? Y ¿cuánto y cuánto desenfreno no sería el del mundo, si llegara

á faltar el santo temor que nos infunde la creencia en estas penas?

¿Quiéres creer en el infierno? Pues pórtate de manera que no tengas porque temerlo, y verás entónces como no niegas ni dudas su existencia. Los pícaros lo niegan, porque lo temen: quisieran que no lo hubiese, y esta es la mejor prueba de que lo hay.

Por consiguiente, hijo mio, no pongas tú en duda una verdad que tan cerca te toca, que es creida y confesada por todo el género humano, que es conforme á todas las ideas de razon y de justicia, y sobre todo, que ha sido enseñada por aquel buen Jesús que dice de sí mismo: «Yo soy LA VERDAD: el Cielo y la tierra pasarán; pero no pasará mi palabra.»

XXX.

Pero Dios es demasiado bueno para que vaya á condenarme.

R.—Ya se ve que sí. Y por eso, no es Dios el que te condena, *sino tú mismo.*

Tú eres el que pecas, no Dios el que péca por tí. Tú eres el que cierras los ojos, los oídos y el entendimiento para no ver ni oír ni entender las reglas que la bondad de Dios te ha dado para que evites tu condenacion.

Tú eres el que usas como te acomoda de ese *libre albedrío* que Dios te ha dado para

que obres segun tu voluntad. Dios te ha dicho, por ejemplo : «Te prohibo matar á tu prójimo: si lo hicieres, te condenarás: ahora haz lo que quieras.» Si después de oído y sabido esto, matas, no digas que Dios es el que te condena; quién se condena eres tú, que, usando de tu libre albedrío, has matado á tu próximo.

¿Qué querías? ¿que Dios no te hubiese dado el *libre albedrío*? Entónces no serías hombre, es decir, no serías un sér racional, capaz de conocer y de querer lo bueno ó lo malo, capaz de merecer premio por el bien y castigo por el mal que obres. Sin libre albedrío serías como una bestia, que obra como obra y vive como vive, porque no puede obrar ni vivir de otro modo. Pero tú eres libre, tan libre, que Dios es el primero á respetar tu libertad.

¿Ó querías que Dios, después de haberte hecho libre, te *forzara* á obrar de este ó del otro modo? Entónces, hijo, destruiria Dios la misma libertad que te ha dado; y en ese caso, en lugar de ser un Señor soberanamente Sábio y soberanamente Justo, que te ha dado lo que te hace ser hombre, y que ha puesto en tu mano todos los medios de que puedas conocer y ejecutar su voluntad soberana, vendria Dios á ser un tirano caprichoso é ignorante, que no sabe lo que te da, y que después de habértelo dado, te lo quita.

Luego tu *libre albedrío* es un bien, un de-

recho, una propiedad que debes á la Sabiduría infinita y á la infinita Justicia de Dios : es como un arma que Dios te ha dado para que te defiendas de todos tus enemigos, es decir, para que huyas de todos los vicios, de todos los pecados. Si en lugar de emplear esta arma contra tus enemigos, la vuelves contra ti propio ¿tendrá Dios la culpa de que te mates con ella? No : la culpa será tuya toda.

Dos caminos tienes abiertos delante de tí para que tu libre albedrío escoja el que quiera. El uno, que es el del vicio, suele ser, sobre todo en el principio, más agradable á la vista; el otro, que es el de la virtud, suele ser un poco más escabroso. Pero el primero conduce á un abismo, y el segundo á una eterna bienaventuranza.

En el viaje de vida, la fe y la razon son los guías que van mostrando á tu libre albedrío cada uno de aquellos caminos. Si tu libre albedrío toma el de la perdicion, si se empeña en no oír á la Religion que te ama, y á la razon que te grita, tuya es la culpa, repito, tú eres el que se condena á sí mismo, no Dios quien te condena.

XXXI.

Haga yo lo que quiera, no ha de ser de mi salvacion más que lo que Dios tenga previsto de toda eternidad. Con que.....

R.—Con que me echaré á dormir, dejaré rodar la bola, ó soltaré la rienda á todas mis inclinaciones más perversas. ¿No es esto? ¡Buen discurso; por vida mia, hijo!

¿Quiéres saber lo disparatado que vas al hablar así? Pues figúrate que tu mujer te dice una mañana: «Mira, hombre: Dios tiene previsto de toda eternidad si tú has de comer hoy ó no. Hágase en casa lo que se quiera, no hemos de poder evitar que suceda lo que Dios tiene previsto. Con que, demás está que vayamos al mercado á comprar comestibles y que yo encienda lumbre y eche el puchero. Por consiguiente, me voy á pasear, y ahí te quedas. Hasta la vista.»

¿Qué responderías á tu mujer? Ó creerías que se había vuelto loca, ó que queria burlarse de tí; y en todo caso, le dirías poco más ó menos: «Oye tú, mujercita: y el que Dios con su infinita Sabiduría tenga previsto si yo he de comer hoy ó no ¿es una razon para que no preparemos la comida, y para que tú te vayas á picos pardos?»

Pues esto mismo te respondo yo á tí. El que Dios en su infinita Sabiduría tenga previsto

si tú has de salvarte ó condenarte ¿puede servirte de fundamento ó de disculpa para que te olvides de todos tus deberes, y te des á vivir sin ley y sin Dios? Respóndame por tí tu propia conciencia.

Ello sí, es verdad, y yo te lo confieso, que hay un gran misterio en este asunto; misterio que no descubriremos con entera claridad, sino en el día de la gloria, cuando participando del reino de los Cielos, hayamos merecido ver la verdad en Dios mismo sin los velos que nos la ocultan miéntras vivimos en la tierra.

Pero, con todo, sucede en este misterio lo propio que en todos los demás que nuestra Religion nos propone: y es que, si por un lado tienen de oscuros para nosotros el que no podemos ver *cómo* son ni *cómo* suceden, tienen, por otro lado, de claros el que podemos ver en ellos todo lo que necesitamos para no dudar de su verdad y de su justicia y de su conveniencia.

En el caso presente, es para nosotros un misterio, cómo la infinita Sabiduría y la perfecta Justicia y la infinita Bondad de Dios pueden consentir que los hombres usemos mal de nuestro libre albedrío, y que de sus resultas nos condenemos. Pero sabemos lo bastante acerca de nosotros mismos y acerca de Dios para poder asegurar que en estas cosas no hay la contradicción aparente que se nos muestra.

En primer lugar, sabemos que somos li-

bres; y de tal modo lo sabemos, que no es posible hacérselo dudar. Yo sé, al escribirte lo que tú estás ahora leyendo, que soy dueño de poner una palabra en lugar de otra, que puedo seguir escribiendo, ó dejarlo y marcharme de paseo, si así me acomoda. Tú sabes, por tu parte, que eres dueño de leer ó de cerrar el libro, de cantar ó de estarte callado, de sentarte ó de levantarte etc., etc. Luego tú y yo somos libres.

Sabemos, en segundo lugar, que esta libertad nuestra, ó sea lo que se llama nuestro *libre albedrío*, es tan propia, tan natural á nosotros, que es lo que nos hace ser hombres, como el calor y la luz son lo que al Sol le hace ser Sol.

Sabemos también que Dios, en cuanto es infinitamente Sábio, no ha podido dejar de saber eternamente si nosotros habíamos de usar bien ó mal de nuestro libre albedrío. Pero también sabemos que, en cuanto es infinitamente Bueno, nos dá todo lo que necesitamos para conocer y entender lo que es bueno y lo que es malo, así como su infinita Misericordia nos dá el auxilio de su Gracia para suplir todo lo que falta á nuestra voluntad imperfecta, y ayudarnos de este modo á ganar la gloria con el cumplimiento de la Divina Voluntad.

Sabemos igualmente que, en cuanto Dios es tan soberanamente Justo como Misericordioso, no puede pedirnos cuenta de haber

obrado un mal de que realmente no hubiéramos sido responsables, y, por tanto, que cuando nos castiga, lo hace con razón.

Sabemos, por consiguiente y en resumen de todo lo dicho.—1.º Que los hombres somos libres, y que no podemos dejar de serlo sin dejar de ser hombres.—2.º Que Dios es Justo, y que no puede dejar de serlo sin dejar de ser Dios.

Si el hombre no puede dejar de ser libre sin dejar de ser hombre, libres somos, y cuenta debemos á Dios de la libertad que nos ha dado. Si Dios no puede dejar de ser justo sin dejar de ser Dios, estamos ciertos de que no nos pedirá cuenta sino de lo que deba pedírnosla; y por consiguiente, que en nada se opone á la justicia de Dios el que su infinita Sabiduría haya *previsto* de toda eternidad ni nosotros hemos de salvarnos ó condenarnos.

Con esto basta y sobra para que no nos metamos en más averiguaciones.

Sí, Dios mio: yo sé que Tú sabes de toda eternidad el uso que he de hacer yo de mi libre albedrío, porque sé que para Ti nada hay oculto en lo pasado, ni en lo presente ni en lo porvenir, pues para Ti siempre es todo presente, para Ti no hay *antes* ni *después*, sino un eterno *ahora*. Pero sé también que yo soy libre: mi conciencia me dice á gritos que yo y yo solo soy dueño de mis acciones, que puedo salvarme si quiero, y condenarme

si así me acomoda. Sé también ¡oh Dios mío! que sin tu ayuda usaria mal de mi libertad, y por eso tu Misericordia viene con el socorro de tu gracia en auxilio de mi flaqueza. Sé que eres Bueno, y que quieres que yo me salve, y que me has dado todo lo que necesito para conseguirlo. Sé, en fin, que eres Justo, y que cuando me salves, será porque yo lo he merecido, y que cuando me condene, será por culpa mia.

Esto que dice la fe, es lo propio que dice la razon. Y aquí tienes, hijo mío, cómo el misterio que parecia y es tan profundísimamente oscuro, tiene para nosotros toda la claridad que necesitamos para nuestra salvacion.

XXXII.

La Religion nos prohíbe ciertas comidas en determinados dias. ¿A qué viene esto? ¿Por qué me condeno yo si como carne en Viernes? ¿Qué más tiene la carne el dia de abstinencia que el que no lo es?

R.—¿Qué más tiene? Tiene el que el dia de abstinencia se te prohíbe comerla: tiene que te condenas si la comes, no por el solo hecho de comerla, que en sí es un hecho indiferente, sino porque comiéndola, *desobedeces* á la Iglesia de Dios, que te *manda* abstenerte de ella.

Lo que condena, no es la carne que se co-

me, sino el desprecio que al comerla se hace de la ley de Dios, la rebeldía contra el mandato de nuestros pastores legítimos, á quienes dijo Dios: «Id, yo os envío: el que os escucha, me escucha, el que os desprecia, me desprecia.»—No se trata aquí de dias, ni de carnes, ni esta es cuestion del estómago, sino del corazon que se niega á cumplir un precepto obligatorio y fácil.

Nuestros primeros padres en el Paraíso no se perdieron, y con ellos el género humano, por el solo hecho de comer la fruta del árbol prohibido, sino porque al comerla, *desobedecieron* el único precepto que les habia impuesto Dios. Ni en la Magestad de Dios cabia, ni cabe tampoco en humano entendimiento, que el género humano entero se condenara porque nuestros primeros padres quisieran refrescarse la boca: pero es digno de Dios y conforme á la razon, que se condenara por la *rebeldía contra* la divina voluntad: y por esta *rebeldía* se condenó.

Sin duda, tú te figuras que el precepto de la abstinencia es, por lo ménos, un capricho de los Curas ó una cosa inútil, cuando no sea perjudicial: y cegado con estas preocupaciones de pagano ó de hereje, no has sospechado siquiera que, aparte de las razones puramente de Religion que la Iglesia ha tenido para imponer este precepto, hay otras de importancia que, no por ser de orden inferior, debieran echarse en olvido.

Y, para decirte alguna desde luego ; no te ocurre pensar cuán útil debe ser para la salud del cuerpo el abstenerse en determinadas épocas de comer alimentos muy gruesos y nutritivos? Todos los médicos del mundo aconsejan la frugalidad como el mejor medio de gozar salud, y recomiendan abstenerse en ciertas épocas del año de alimentos fuertes.

Elevando ahora un poco el ánimo ; no te ha ocurrido que una de las intenciones de la Iglesia al mandarte que en determinados días cercenes un poco tu alimento, sea el que, ahorrando algo de tus gastos diarios, puedas hacer mayores limosnas?

Y, sobre todo, ; no es conveniente, no es justo tener alguna práctica, ejercer algún acto que diga á los demás, y nos recuerde á nosotros mismos, que somos cristianos? Pues la abstinencia es una de esas prácticas, que, por la circunstancia de ejercerse en Viernes, nos recuerda la Pasion y muerte de nuestro Salvador, y que por ser semanal y pública, da testimonio á todo el mundo de que somos cristianos.

¿No te parece todo esto racional, hijo mio? Pues todavía te lo parecerá más si consideras la grande caridad con que la Iglesia está pronta siempre á dispensarnos del precepto de la abstinencia, y sin otra obligacion que la de consultarlo con nuestros confesores, en cuanto lo exigen nuestra salud ó nuestras ocupaciones ó cualquier otra causa legítima. Como

que la Iglesia lo que quiere es nuestro bien, y está pronta á evitarnos todo cuanto nos puede dañar.

Mira, hijo: si quieres mostrarte, no sólo cristiano, sino hombre prudente y amigo de vivir como Dios manda, procura cumplir lo mejor que puedas el precepto de la abstinencia, y riete de los tontos que al burlarse de él, prueban que no han visto lo que tiene de santo, en primer lugar, y, en segundo, lo que tiene de útil, de inofensivo y fácil.

XXXIII.

1.^a Si tan útil y buena y santa es esa abstinencia, ¿porqué la Iglesia me dispensa de ella pagándole unos cuantos reales que (dicho sea entre nosotros) sabe Dios en lo que se emplean?

2.^a ¿No es este uno de los muchos abusos de la Iglesia, que por cierto corre parejas con el tráfico que se hace de Indulgencias plenarias y parciales, y otros por el estilo?

3.^a Con razon se dice que á Roma se va por todo, y que quien lleva allá dinero, todo lo consigue.

4.^a Y lo propio sucede por acá, pues cada parroquia es una socaliña perpétua: nacer y enterrarse, y todo lo que hay en medio, cuesta un ojo de la cara.

R.—Á todas estas objeciones voy yo á con-

testarte al momento en sola una pregunta.

Y desde luego, te diré que es menester estar muy cegado por las preocupaciones que te han metido en esa cabeza los protestantes y los impíos, para acusar, como lo haces, á la Iglesia de aquello mismo en que te da una muestra de su inmensa caridad.

Cuando la Iglesia nos dispensa de cumplir algun precepto suyo, no lo hace como una autoridad caprichosa y tiránica, ni mucho ménos se propone dejarnos libres y horros de nuestras obligaciones de cristianos, sino que obra con nosotros como una madre amorosa y prudente, que, ya por satisfacer alguna imperiosa necesidad, ya por otorgar alguna gracia á nuestra flaca naturaleza, nos perdona algo que la debemos, y del tesoro de los méritos de Jesucristo, que ella posee y administra, nos aplica aquella parte que baste para satisfacer nuestra deuda.

Como justo reconocimiento de la autoridad con que nos perdona, y en cierto modo como equivalencia del deber cuyo cumplimiento nos dispensa, suele la Iglesia exigirnos ciertas y determinadas obras, como limosnas, oraciones ó cualesquiera otros actos de piedad.

Pues bien: esto es lo que nos exige la Iglesia cuando, al dispensarnos de la abstinencia, nos pide esos cuantos reales que tú dices. Al concedernos la Bula, no se propone la Iglesia vendernos sus favores como se vende una carga de peras, pues es imposible

poner precio á lo que no lo tiene. Propónese únicamente conmutar la abstinencia aquella de que nos dispensa, en la limosna que le damos para nuestra santificacion.

Y es preciso que entiendas bien de una vez esto de la Bula, sobre la cual tantos disparates se oyen y tanta ignorancia hay, aún entre gente que la echa de sabihonda y cristiana. La Iglesia, autorizada legítimamente por su Autor Divino, puede imponer, y efectivamente impone, ciertas obras de aspereza y mortificacion corporal, como medicina del alma de sus hijos y preservativo de recaídas en el pecado, que es la enfermedad de que quisiera siempre verlos libres, y dice así: «Todo católico, esto es, todo hijo mio, en llegando al uso de la razon, se abstendrá en tales y tales dias ó tiempos, de tal género de alimentos, y adoptará otros para el ejercicio de penitencia. Con esto pretendo dar gloria á Dios, y que se la den mis hijos; pero como yo soy la única llamada á discernir el medio más apropósito para glorificarle, y juzgo que contribuyendo una parte de ellos, v. g. los españoles, con una pequeña limosna á una obra grande, glorificarán más á Dios, yo los dispenso de aquella maceracion y aspereza de la carne si dan esa limosna, y no los dispenso si no la dan.»

Aquí ves, hijo mio, cómo la Iglesia no te manda que tomes la Bula, sino que, en uso legítimo de sus facultades superiores y divi-

nas, te pone en la disyuntiva, ó de acomodarte á la ley universal que comprende al católico alemán, al francés, al inglés, al italiano, etc., etc. y abstenerte de carnes en días fijos; ó, si quieres comerlas, contribuir á la gloria de Dios, fin único de la Iglesia, alargando tu óbolo ó tu limosna para los fines consabidos...

De modo que esos reales que damos al tomar la Bula de la Santa Cruzada, por ejemplo, no son el *precio* de un derecho que *compremos* para comer carne, sino una *limosna* que damos *en reconocimiento* de la autoridad con que la Iglesia nos dispensa el privilegio contenido en la Bula, y una *obra piadosa* con la cual *conmutamos* la que dejamos de hacer al usar de este privilegio.

Porque, si, no lo dudas, este género de limosnas que en estas ocasiones y con estos motivos damos á la Iglesia, se hallan destinadas á objetos piadosos, como redencion de cautivos, conservacion del culto en los Santos Lugares, socorros á indigentes, fundacion ó mantenimiento de casas de Caridad y otros semejantes, que en la mente de la Iglesia equivalen juntos á la gloria que resultaba á Dios de la grande empresa de las Cruzadas, síntesis de nuestras mejores glorias, y de las que se originó la Bula.

Ahí tienes en lo que se emplean, es decir, en lo que la Iglesia quiere que se empleen esos reales que tú le das de limosna. Ahora,

si me dices que alguna vez puede suceder, ó haber sucedido, que las personas encargadas de recoger y distribuir estas limosnas, han sido infieles á su cargo, nada tengo que responderte sino que este será un pecado cometido por hombres, y del cual darán cuenta á Dios en su día; pero no que sea un abuso consentido ni, mucho ménos, mandado por la Iglesia.

Y con esto vengo á responder á tu segunda objecion, en que me hablas de los *muchos abusos de la Iglesia*.

La Iglesia *no comete* abusos, ni muchos ni pocos; pues siendo, como es, santa é infalible, es, por su naturaleza divina, impecable. Lo cual no quiere decir que *en la Iglesia* no se hayan cometido alguna vez abusos. Pero estos jamás han sido tolerados en silencio por ella; ántes bien, perpétuamente los ha condenado donde quiera que los ha visto, y ha tratado de reprimirlos, y los ha reprimido, y los ha castigado.

Las Indulgencias plenarias y parciales te escandalizan, segun veo; pero doy en sospechar, que esto consiste en que tú no sabes lo que son las Indulgencias.

Tú te figuras, sin duda, que cuando el Papa ó un Obispo concede una Indulgencia á los fieles, se propone que estos se echen á dormir en la seguridad de que, sin más trabajos ni fatigas, ni más Confesion ni más Comunión, quedan ya horros y libres de las penas del In-

fierno y del Purgatorio. Si así es como entiendes las Indulgencias, mal negocio haces, porque de nada te aprovecharán.

Las Indulgencias no tienen por objeto perdonarnos las culpas que hayamos cometido, pues esto solamente es propio del Sacramento de la Penitencia; sino remitirnos, condonarnos la pena temporal con que debemos satisfacer á la justicia Divina, aún después de remitida la culpa y la pena eternas, que se nos perdonan en el Tribunal de la Penitencia.

Al conceder una Indulgencia, la Iglesia no se propone decir, ni dice: «Oye tú, pecador: sabrás como hoy día de la fecha se me ha antojado quitarte de encima tantos ó cuantos días que debias estar penando en el Purgatorio por tus culpas: toma allá esa Indulgencia, guárdatela en el bolsillo, y con eso tienes ya bastante.»

No, la Iglesia no quiere decir, ni dice semejante ridiculez y blasfemia, sino que dice: «Oye, pecador; yo, que soy tu Madre tierna y misericordiosa; yo, que, como esposa de Jesucristo, tengo y guardo, y dispenso y administro el tesoro de los merecimientos de su preciosa sangre, te llamo hoy á penitencia; y fiada en la promesa del Salvador, te digo que si, después de lavada tu culpa en el Tribunal de la Penitencia, y bien arrepentido, ejecutas tales ó cuales obras de piedad que te prescribo y encomiendo, te será remitida tal

8

ó cual parte de las penas temporales que debes satisfacer, en expiación de tus culpas, á la justicia Divina. En esta Indulgencia que hoy te otorgo, quiero conmutarte, con las buenas obras de caridad ó penitencia que te mando hacer, la pena que tendrías que pagar en el Purgatorio. Espero que la Misericordia Divina, atendidas tus buenas disposiciones, confirmará en el Cielo la gracia que yo la Iglesia te otorgo hoy en la tierra, aplicándote los méritos de Jesucristo.»

«Esto mismo se entiende de las Indulgencias que se conceden en calidad de sufragios por las almas del Purgatorio, y que suelen contenerse en las llamadas *Bulas de difuntos*, en los *altares privilegiados* llamados *de alma*, ó en cualquiera otra forma canónica. Con estas Indulgencias no pretende la Iglesia que se saquen almas del Purgatorio contra viento y marea, como suele decirse; sino únicamente aplicar tales ó cuales actos de piedad que ejecuten los fieles vivos, en el alivio de las almas del Purgatorio á quienes se dediquen sus sufragios. Dios puede aceptar ó no, segun quiera, el sufragio de los fieles; y la Iglesia no pretende forzar la soberana voluntad de Dios en este punto, sino únicamente dar á los fieles un medio eficaz para que, ofreciendo á la Justicia Divina los méritos de N. Señor Jesucristo, inclinen la Misericordia de Dios á aliviar aquel alma por quien usamos del sufragio de la Indulgencia.

¿Qué hay en todo esto que no sea tan racional como bello, y tan justo como caritativo? ¿De qué manera cabe en todo esto hacer ese *tráfico de Indulgencias*, que tú señalas entre los supuestos abusos de la Iglesia?

Ya se ve: tú te has figurado que las gracias espirituales son cuestion de comercio entre la Iglesia y los fieles: te empeñas en considerar como un cambio de servicios mútuos lo que no es sino una sujecion de hijos á su madre, de súbditos á su Soberano, de criaturas á su Dios; y de este modo, todo lo trabucas y lo enlodas.

Por eso, y porque eres eco desdichado de las blasfemas insulsezes que has oído á tanto necio y á tanto pícaro, te parece razonable decir que *á Roma se vá por todo*, y que en llevando allá dinero, todo se consigue.

Como esto fuera verdad, no habria estado y estaria Roma tan hostigada y perseguida por tanto enemigo como tiene. Precisamente lo que á los pícaros no les gusta de Roma, es que á ella *no se va por todo*, y que no hay tesoros en el mundo capaces de hacerla consentir en lo que no es justo y santo.

Si los fieles que piden gracias á Roma; es decir, á la Santa Sede, al Soberano de la Iglesia, al Vicario de Jesucristo en la tierra, le dan algun dinero, no es esto á fe la paga de una cosa vendible, sino una señal de gratitud y reconocimiento.

Por otra parte, los donativos de los fieles

son el único presupuesto con que Roma cuenta para sufragar los dispendios que le ocasiona ser la capital del Orbe católico, donde se sustentan y resuelven todos los negocios graves de la Iglesia.

Aun así y todo, la verdad es que las cosas que cuestan verdaderamente dinero en Roma, cuestan muchísimo menos, sin comparacion, de lo que cuesta el pleito más insignificante que hay que seguir en un tribunal civil, ó el negocio menos gravoso que hay que despachar en cualquiera de las Oficinas del Estado.

En cuanto á la *socaliña* de las Parroquias, que tanto te enciende la sangre, permíteme que yo sienta arder la mia sólo al oírte.

¿Cómo es eso? ¿Se despoja á la Iglesia de sus bienes, se la priva de aquello mismo que solemnemente se la ha ofrecido dar de lo que es suyo, y en seguida se la insulta diciendo que sus Ministros son *careros*, y que llevan un sentido por ejercer sus funciones?

¡Pobres Sacerdotes! ¡Míralos qué medrados están con todos esos dinerales que dices tú nos llevan por bautizarnos, casarnos y enterrarnos! ¡Quiera Dios que tengan lo preciso para no caer muertos de hambre en las gradas mismas del altar donde piden al Cielo por sus calumniadores y enemigos!

Antes de ahora te lo he dicho: el Sacerdote es hombre como los demás, que necesita comer y vestirse y dormir. Para todo esto es

menester dinero. Si no se lo damos los que nos aprovechamos de su ministerio para la salvacion de nuestras almas, ¿de dónde les ha de venir?

Ellos no pueden ocuparse en ganar dinero con ninguna de las industrias humanas: ellos *sirven al altar*, y *del altar han de vivir*, como dice el Apóstol.

Acúsalos cuando veas que se regalan con tus libéralidades, y que medran y engordan, como les sucede por cierto á los ministros anglicanos, y de otras sectas protestantes, que tienen rentas escandalosas, y que llevan dinero, y mucho dinero, hasta *por auxiliar á los moribundos*.

Pero si ves cómo viven los Sacerdotes católicos; si eres testigo de las privaciones y miserias que pasan, soportándolas con resignacion heroica; si todo esto ves y sabes, y si tienes sangre en las venas, y alma de hombre siquiera, cuando no corazon de cristiano, deja de insultar su desgracia con tus inoportunas quejas de su avaricia, que son un cruel sarcasmo y una ironía sangrienta.

No te diré yo que una dotacion fija, decorosa y bien satisfecha, que conciliase al Clero el prestigio que se le debe, y alejase la odiosidad de los tan cacareados *derechos de estola*, no fuera acaso preferible á estos, en sentir de personas sensatas, cuya opinion no seré yo quien la deseche. Pero mientras aquella dotacion no aparece, y un portero de una

Oficina esté mejor retribuido que un Párroco, te suplico por Dios, hijo mio, que calles, y no echés tú tambien tu astilla en el fuego anticlerical é inhumano que desgraciadamente va cundiendo por horas.

XXXIV.

Dios no necesita de mis oraciones, pues demasiado sabe lo que me hace falta sin que yo se lo pida.

R.—Verdad es que lo sabe: y por eso no se le pide para ponerlo en su noticia, sino para demostrarle que le reconocemos como el principio de donde todo bien nos llega, y para probarle que realmente ponemos á sus plantas con humildad todo nuestro entendimiento y todo nuestro corazon.

¿Negarias á Dios lo que concedes de buena gana á cualquiera persona de respeto para tí? Aunque ella no necesite para nada de tus obsequios, tú sin embargo juzgas con razon muy justo el pedirle aún aquello mismo que sabes que te ha de dar, y el darle gracias después que lo has recibido, y el saludarle cortesmente donde te lo encuentras, y felicitarle en sus dias, etc., etc.

¿Y habrás de negarle tus obsequios á Dios, de quien todo lo has recibido, que piensa en tí perpétuamente con amor de padre, que perpétuamente te colma de beneficios, y te

llama á todas horas á buscarle y á conversar con Él ?

Y luego ; si fuera la oracion algun trabajo penoso, ó desagradable, ó indigno ! Pero ¿dónde hay obligacion más fácil de cumplir , más satisfactoria para nuestro espíritu y corazón, más propia y digna de nuestro sér ? ¡ Cómo ! Tenemos á honra el conversar con los grandes y poderosos de la tierra ; complácenos el confiar á nuestros padres los secretos de nuestras almas y el comunicar con nuestros amigos nuestros pensamientos y afectos ; y no habíamos de tener á grande honra el conversar con Dios Omnipotente , nuestro Padre celestial , nuestro amigo invariable y eterno ?

La oracion es la que nos alienta si desmayamos , la que nos consuela en nuestras aflicciones , la que nos alivia el peso del remordimiento cuando hemos pecado , la que apaga nuestras más ardientes pasiones , la que colma verdaderamente nuestras más grandes alegrías.

Sí , Dios mio , Dios de mi alma . ¡ Con qué placer tan grande te llamo y te adoro ! ¡ Cómo te doy gracias por este privilegio de mi sér de hombre , que nadie puede quitarme ; y qué bien estoy conociendo la felicidad que me causa el cumplir esta obligacion que tu infinita Bondad me impone !

Lo que siento dentro de mí , esta paz interior que voy ganando , esta altura á que se va elevando mi espíritu , me explican , ¡ oh mi

Dios ! porqué me has dicho : « *Orad, orad á todas horas y no os canseis nunca !* » ; Qué bien estoy conociendo que este es como el espíritu de toda la vida cristiana !

Sí, sí, Dios mio ! Te invocaré perpétuamente con los labios y con el corazón, á todas horas del día, en todos los momentos de mi existencia, al dormirme y al despertar, en el trabajo y en el descanso, en el peligro y la tentación, en el dolor y en el goce, en la inocencia para que me la guardes, y en la culpa para que me la perdones !

Sólo con volverme á Tí, soy ya mejor que era, y conozco que valgo más que valia.

¡ Hombre desdichado, que no has orado nunca ! Inténtalo una vez siquiera : inténtalo, sobre todo, cuando tu corazón esté angustiado. ¡ Haz la prueba, y vuelve luego á decirme si te ha parecido inútil la oración !

XXXV.

Ah ! Yo he pedido mucho á Dios, y ha sido en vano. He perdido mi tiempo.

R.— ¡ Hombre de poca fé ! ; Perdió su tiempo Santa Mónica, la madre de San Agustín, cuando durante *diez y seis años* pidió á Dios la conversión de su hijo, que era enemigo del nombre cristiano ? ; Perdió su tiempo San Francisco de Sales cuando durante *veinte y dos años* pidió á Dios la mansedumbre ?

¡Perdió su tiempo nuestra católica España, cuando *durante siete siglos* de combate y de guerra pidió á Dios que la libertase del yugo mahometano?

Por ventura, ¿el Padre celestial á quien pedimos no es el que ha dicho: «*Buscad*, y *encontrareis*? ¿Cuándo ha faltado Dios á su promesa? Y si El ha prometido que nos oirá ¿quién se levantará con derecho para reconvenirle de tardanza en escucharnos? ¿Quién será tan ciego y tan impío que, dándose por desairado de su Dios, se atreva á insultarle, diciéndole: «*basta*, no quiero pedirte más, padre sin entrañas, tirano sin misericordia?»

Acuérdate, hijo mio, de aquella pobre Cananea del Evangelio, que *tres veces* pidió á Jesús le sanase á su hija atormentada, y hasta *tres veces* después de haberlo pedido, no la vió volver á la salud. ¡Y ese á quien se lo pedía, era Jesús, el Dios de la Misericordia!

Pide, y pide siempre, hijo mio. El momento en que te cansaras es quizás el que Dios habia señalado para venir en tu ayuda.

XXXVI.

Pero ¿qué le he hecho yo á Dios para que me mande tantos trabajos?

R.—¡Hombre de poca fe! vuelvo á decirte. ¡Pobre hijo mio, que, ciego como estás, no ves un rastro siquiera de los ocultos desig-

nios de Dios!—¿Qué has hecho, le preguntas, para que te mande tantos trabajos?

No te acuso de esta impiedad, porque la pena te tiene sin conocimiento. Pero vuelve en tí, vuelve en tí, hijo mio, y piensa lo que *casi siempre* pudiera responderte Dios, si te presentara delante el cúmulo espantoso de las ofensas que le has hecho, y en seguida te manifestase, de modo que lo vieras, el castigo que merecian tus culpas en el Infierno.

Esto podria Dios hacerlo casi siempre, porque *casi siempre* nuestros trabajos, por grandes que sean, son muy inferiores á los castigos que merecemos.

Pero, aún suponiendo que tu vida haya sido punto ménos que santa, podia *siempre* Dios responderte mostrándote las faltas que de seguro habrás cometido, como hombre que eres débil y miserable, y pudiera decirte: «Esas faltas que has cometido, no te quitan la gloria; pero necesitas satisfacerme por ellas. Esta satisfaccion me la has de dar, ó padeciendo trabajos en este mundo, ó sufriendo el fuego del Purgatorio en el otro. Escoge.»

Pero supongamos todavía que ni aún estas leves faltas has cometido, sino que has vivido como un santo. Todavía en este caso pudiera Dios decirte: «Santo soy yo, pues soy la Santidad misma, y por tí sufrí pasion dolorosa y afrentosa muerte. La gloria que tengo prometida á los que, siguiendo mi ejemplo, llevan sus tribulaciones con paciencia, es tanto

mayor cuanto más grande ha sido la tribulación sufrida. Yo pruebo más al que más amo; porque quiero en mi reino dar más al que más me haya dado en la tierra. Sufre tú con paciencia la prueba que te mando porque te amo mucho y mayor será tu gloria.»

Esto te diría Dios, y esto te ha dicho en su Evangelio. Oye sus palabras: *«En verdad os digo, vosotros llorareis y sufrireis, mientras el mundo estará alegre; pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. La mujer que está de parto, sufre y se queja cuando llega su hora; pero luego se regocija al ver que ha dado á luz á un hombre. Así vosotros estais ahora atribulados; pero pronto volveré, y vuestro corazon se alegrará, y nadie ya podrá quitarnos vuestro gozo.»*

¿Has entendido, hijo mio? ¿Comprendes ahora, ya seas justo, ya pecador, comprendes el misterio de los dolores? ¿Comprendes que el padecer y sufrir es el mayor bien que Dios manda á sus escogidos, la prenda más segura y preciosa de su amor?

Ese bien, esa prenda, fue lo mejor que en sus tesoros de misericordia halló Dios para dar á Jesucristo su Hijo Único, y á María Santísima, su esposa, su madre, su criatura predilecta, y á sus santos, y á sus mártires y á todos sus amigos.

Sufre con Jesucristo, y con Él serás glorificado. La cruz del Salvador es la escala de la gloria.

XXXVII.

El invocar á la Virgen ¿no es una superstición? Y además ¿cómo ha de poder oírnos cuando la rezamos?

R.—¿Cómo puedes tú oírme á mí?—Vaya una pregunta, me dirás: lo oigo á Vd. con mis oídos.

—Sí, ya lo sé. Pero no es lo que pregunto, sino ¿cómo sucede el que puedas tu oírme con tus oídos? ¿Cómo sucede que el pensamiento que yo tengo ahora te lo traslado á ti sin más que mover mis labios y agitar un poco el aire con unos cuantos sonidos que precisamente van á dar en tu *tímpano*, que es un huesecito colocado dentro de tu oreja y cubierto con una pielecita en la que rebotan como en un tambor? ¿Cómo sucede que con esta operación tan sencilla me entiendes tú lo que yo te quiero decir? ¿Á qué no lo sabes? Y eso que es cosa que estás viendo y haciendo todos los días.

Pues hijo, cuando puedas tú explicarme este misterio, te explicaré yo cómo puede suceder el que la Santísima Virgen y los Santos puedan oírme y responderme. El que ellos estén en el Cielo y tú á dos pasos de mí, no hace nada al caso. Tan misterioso, tan incomprendible es lo uno como lo otro, sin más diferencia que lo uno lo estás viendo todos

los dias, y á fuerza de verlo no te admira ya ni te sorprende.

El mismo Dios que te hace á tí entenderme, de un modo tan incomprensible, lo que te digo, es el que hace que me oiga á mí la Santísima Virgen cuando yo la invoco.

¿De qué manera hace Dios este milagro? No lo sé, ni me importa. Bástame saber que Él, no sólo consiente, sino tambien quiere y agradece que le pidamos el remedio de nuestras necesidades por la intercesion de Aquella que es bendita entre todas las mujeres, superior á todas las criaturas y la más amada del Hacedor Supremo, la obra más maravillosa de sus manos, la esposa y madre de Dios y madre de los hombres y abogada del mundo, Reina de la tierra y del Cielo.

Bástame saber que ella es en las moradas celestiales la poderosa intercesora á quien nada niega su divino Hijo Jesús, y la que, supliendo con su mediacion la pequeñez de nuestros méritos, puede y desea abrirnos las puertas de la gloria.

Bástame saber que nada hay tan dulce, tan tierno y consolador como amar á la Virgen Santísima, confiarle nuestras penas y ofrecerle nuestro corazon.

Bástame sentir en mí mismo que, mientras más la amo y la venero, me reconozco más casto, más puro, más humilde, más pacífico y más contento en mi interior.

Amar y servir á esta criatura privilegiada

no es más ni menos que imitar, en cuanto nos es posible, á su Santísimo Hijo Jesús, nuestro Salvador y Maestro, que fue el primero en amarla, en servirla, en honrarla y obedecerla como á su Madre que era purísima y santa.

Ah dulcísima Madre de Dios y madre mía! Gran verdad debe ser que el amarte y venerarte es la prenda y el tesoro mayor del perfecto cristiano, cuando no hay heregía que no haya empezado por apartarse de tí! ¡Gran verdad es que no se puede dejar de amar á la Madre sin dejar de amar al Hijo! ¡Gran verdad es que nadie se ha apartado jamás de tí para hacerse mejor ni más santo!

De todos los errores que ciegan á los protestantes, ninguno más digno de compasion profundísima que este de no conocer y no amar á la madre de los cristianos, de rechazar con desprecio ó con odio á Aquella que Jesucristo escogió y amó y unió inseparablemente al misterio de su Encarnacion y de su nacimiento, de su vida y de su muerte, de su resurreccion y de su gloria.

¡Cómo no se extremecen estos desgraciados al tender la vista por todos los siglos del Cristianismo y no encontrar uno solo que no los condene, pues donde quiera que ha sonado el nombre de Jesucristo, allí ha sido realizada aquella gran profecía de su Santísima Madre cuando arrebatada en éxtasis delante de su prima Santa Isabel, exclamó llena

de amor y de fe : «*Todas las generaciones me llamarán bienaventurada!*»

No, en ningún lugar, en ningún tiempo de la vida del Salvador se encuentra á ese Cristo solitario imaginado por los protestantes, sino tal y como lo anunciaron las antiguas profecías, tal y como lo vemos en el Evangelio, hijo de la Virgen, formado de sus entrañas purísimas, arrullado en sus brazos maternales, sumiso, amoroso y obediente para con ella, espirando luégo á vista de ella, y, por último, reposando en su seno doloroso ántes de pasar desde la Cruz al Sepulcro...

Desgraciados! repito. Temen ofender á Jesucristo si veneran á María. Pero ¿dónde han aprendido que un hijo se ofenda de que se honre á su madre? Por ventura ¿no es la madre María honrada por justo obsequio al hijo Jesús? El amar y venerar á la Madre ¿no viene, en resúmen, á ser una manera de adorar al Hijo?

Concedámosles que haya algunos abusos, algunas imprudencias, hijas de la ignorancia y no de otra cosa, en el culto que algunas gentes sencillas tributan á la Virgen. Pero ¿de qué no se abusa en este mundo? Y además ¿no está ahí la Iglesia para reprobar y prohibir lo que en este punto no deba ser tolerado ó permitido?

¡Ah! no es ciertamente el exceso de veneración, sinó más bien la falta, lo que hay que temer en el homenaje de amor y de honra

que debemos á la Madre de Jesucristo.

¡España, patria mia! Si algo me consuela y me alienta en medio de estos grandes infortunios que hoy te oprimen ó te amenazan, es la esperanza en la proteccion de esa Patrona santísima, á quien con tanto afecto, con tan singular ternura hemos amado siempre y amamos los españoles.

XXXVIII.

¿Por qué no hay ya milagros como ántes?

R.—¿Estás bien seguro de que no los hay? Porque un milagro, por más que sea un *hecho extraordinario* obrado por Dios fuera de las leyes comunes de la naturaleza, siempre es un *hecho sensible*, es decir, una cosa que sucede y que conocemos por medio de nuestros sentidos, lo mismo que cualquier otro hecho comun y ordinario.

Pues bueno. ¿Estás tú, á un mismo tiempo y á todas horas, en todos los lugares de la tierra? Ó bien ¿te llegan tan exactas noticias de todo lo que á todas horas sucede en todas partes, que puedes con seguridad decir?: «No se ha verificado ningun milagro.»—No, ciertamente. Luego, cuando dices que ya no hay milagros, dices lo que no sabes, y lo que no te consta de ninguna manera.

Pero es el caso, que esto que á tí no te

consta de ninguna manera, les consta á muchas personas particulares que han presenciado milagros; y le consta, sobre todo, á la Iglesia, que en estos mismos últimos años ha *canonizado* á algunos Santos.

Y como la Iglesia no canoniza á ningun Santo sin que se pruebe que por su intercesion se han realizado *cinco milagros cuando ménos*, claro está que cuando la Iglesia canoniza á algun Santo, declara que *ha habido milagros*.

Y ¿qué declara la Iglesia al declarar esto? Declara que, examinado todo por ella con la mayor escrupulosidad que puede poner un Tribunal sábio, desinteresado y prudente en averiguar la verdad de un hecho, encuentra que, *por la intercesion de fulano de tal, en tal lugar y tal dia y á tal hora, delante de tales y tales testigos, ocurrió tal suceso*, que evidentemente está fuera de las leyes comunes y ordinarias de la naturaleza, por ejemplo: que un muerto fue resucitado, que se convirtió en pan una piedra, etc., etc.

Ahora bien: ó la Iglesia, al declarar esto, dice la verdad, ó no la dice; si la dice, milagros hay; si no la dice, será ó porque se engaña ella, ó porque quiere engañar á los demás.

¿Quiere engañar á los demás? Y ¿con qué interes, para qué fin, con qué medios probables de hacer que se crea su mentira? El sentido comun responde á estas preguntas que la

Iglesia, cuando declara un milagro, no quiere engañar.

¿Pero se engaña ella? A esto, por toda contestacion, te referiré un caso público y tan sabido, que regularmente ya lo habrás oído tú contar.

Y fue que, en tiempo del Papa Benedicto XIV, llegó á Roma un protestante de los más rabiosos contra la Iglesia católica; y hablando cierto dia con un Cardenal acerca del negocio este de milagros, se burlaba grandemente de la simplicidad con que, segun él decia, obraba la Iglesia cuando declaraba que real y positivamente habian sucedido.

Encargado poco tiempo después el Cardenal de examinar los documentos relativos á la beatificacion de un siervo de Dios, se los entregó al protestante, diciéndole que los examinara él en su casa despacio y con toda la minuciosidad que quisiese.

Volvió, en efecto, nuestro protestante, al cabo de algunos dias, con sus documentos ya examinados con toda la escrupulosidad é intereses que puedes figurarte; y preguntado entónces por el Cardenal «¿qué le habia parecido de aquellos papeles?,» le respondió:

—Verdaderamente, señor Cardenal, le confieso á V. con toda lealtad, que si todos los milagros que la Iglesia declara, están tan probados como los que constan en esos documentos, digo que ni se engaña ni quiere engañar á los demás.

—Pues amigo, le replicó el Cardenal sonriéndose: por acá en Roma no somos tan contentadizos; porque nos ha parecido que en esos documentos no hay bastante prueba, y hemos negado la beatificación.

—¡Es posible! Pues yo no he encontrado absolutamente modo de dudar.

—Ahí verá V., si cuando la Iglesia declara un milagro, lo hila delgado!

El protestante, que era hombre de talento y de buena fe, dió en pensar en el asunto, y al poco tiempo era ya católico.

No digas, por consiguiente, *que no hay ya milagros*, pues es cosa, por un lado, que tú no puedes asegurar; mientras que, por otro, te dice que *los hay* una autoridad tan prudente, tan sabia y tan santa como la Iglesia.

Lo que podrias decirme con verdad, es que ya no hay *tantos* milagros como al principio del Cristianismo.

Y así debe ser, por tres razones:

1.^a Porque ya está cumplido el fin que Dios se proponia con aquellos milagros; es decir, la conversion del mundo y el triunfo de la Religion cristiana.

2.^a Porque ya es en sí un milagro perpétuo, que prueba la verdad de todos los anteriores, el solo hecho de que fuera recibida en un principio y de que viva hoy triunfante y gloriosa una doctrina enseñada por un Jesús pobre y crucificado, tan contraria á las ideas y pasiones del mundo, y propagada y

defendida, en su principio y en el día de hoy, por su Iglesia tan pacífica y humilde como perseguida y contrariada.

El mayor de los milagros seria que hubiese podido triunfar sin milagros una Religion con estas condiciones.

3.^a Porque nosotros tenemos ya á la vista una prueba tan grande de la divinidad de nuestra Religion, como los milagros mismos lo fueron para los primeros cristianos; y es el modo con que vemos haberse cumplido é irse cumpliendo en el mundo las profecías del Evangelio.

Los cristianos de hoy hemos visto y vemos cómo fue destruida Jerusalem y disperso el pueblo judío, y cómo este pueblo disperso, que debia ya haber desaparecido hace largo tiempo de la tierra, se conserva y vive separado de todos los demás. Vemos tambien cómo se conserva la autoridad del Pontífice y de los demás Apóstoles, y cómo se mantiene la Cátedra de San Pedro, y la obediencia con que á ella está sumiso todo el pueblo cristiano.

Todas estas cosas, y otras varias que vemos, fueron profetizadas por Jesucristo; y basta que nosotros las veamos cumplirse tan cabalmente como se van cumpliendo, para que no necesitemos mayor prueba de la divinidad de nuestra fe; prueba tanto más convincente, cuanto mayor tiempo vaya pasando, y cuanto mayores sean los obstáculos que al completo

y perfecto triunfo del Cristianismo opongan las pasiones y los errores del mundo.

Pero los primitivos cristianos no podían haber visto el cumplimiento de estas profecías; y por consiguiente, para creer en ellas, necesitaban ver milagros; como si Dios les dijera con ellos: «Figuraos, si quien puede obrar estos prodigios que os presento, se engañará ni os engañará á vosotros cuando os hace estas profecías.»

Esto es enteramente claro, hijo mio: sin los milagros, los primeros cristianos no habrían creído, porque no habían visto cumplirse las profecías: nosotros, que vemos cumplirse las profecías, no necesitamos ver milagros para creer.

Ahí tienes porqué hay *menos* milagros hoy día. El fin de los milagros es hacer creer; hoy tenemos, para hacernos creer, las profecías cumplidas. ¿Qué mayor milagro que el milagro perpétuo de su perpétuo cumplimiento?

XXXIX.

¿Por qué la Iglesia habla latin, que es una lengua tan poco conocida?

R.—Porque á los dogmas invariables que la Iglesia enseña, conviene una lengua que, por ser ya *muerta*, es decir, que no habla ya ninguna nación, es también invariable como el dogma expresado con ella.

Esta lengua , que es invariable, por lo mismo que no es ya propia de nacion ninguna, es la lengua de todas, y por consiguiente , la lengua universal que conviene á una Religion universal ó *católica*.

Los enemigos de la Iglesia saben bien esto, cuando la hacen tan graves cargos porque habla latin; ellos, que quisieran desfigurar para destruirlos todos los dogmas católicos, conocen bien hasta qué punto se opone á sus proyectos el uso de una lengua que ni puede desfigurarse por lo mismo que no es ya *viva*, ni puede tampoco destruirse, porque es y ha sido y será la lengua de los sábios.

¿Quieres convencerte de lo que importa hablar una lengua que no pueda ya variar? Pues no tienes más que observar por tí mismo lo que sucede con las lenguas de uso comun, empezando por la castellana. El vocablo que hoy significa una cosa, mañana, por el uso distinto que se le dá, significa otra diferente, y quizás contraria.

Tú ves, por consiguiente, cuán fácil seria que la palabra más sagrada del lenguaje religioso llegara, por el mal uso que la ignorancia, la malicia ó la casualidad hiciesen de ella, á tener una significacion ridícula ó indecente.

Por último, no puede ser cargo contra la Iglesia el hablar latin, tanto porque hay muchas personas que saben esta lengua, como porque para los que la ignoran se halla tra-

dueido todo lo que un cristiano debe decir y conocer: y además, porque la predicacion se hace siempre en la lengua comun de cada país.

XL.

Los Curas están siempre pidiendo dinero.

R.—Ya! Como que con dinero hay que socorrer á los pobres y á los necesitados, los cuales á quien acuden siempre en primer lugar, es á los Curas. Como que con dinero hay que comprar velas y hostias, y edificar templos y hacer casullas, y sostener, en fin, el culto divino.

Arrégrame tú las cosas de manera que todo lo que tienen que gastar los Curas en cumplir sus obligaciones se lo den de valde, y verás entónces cómo no piden dinero. Pero mientras ellos tengan que comprar, como todo el mundo, lo que necesiten para sostener con la debida decencia el culto de que son ministros; ó mientras se les quite, para no volvérselo de modo ninguno, lo que deben á la generosa piedad de los fieles ¿qué han de hacer más que pedir?

¿Quieres que no pidan? Pues anticipáte á darles tú lo que necesiten. Hazlo, y nada perderás en ello, pues obligacion tienes de hacerlo si eres buen cristiano. No temas que esto te arruine, pues nadie se arruina por

hacer limosnas. Si tienes mucho, dá mucho; si poco, poco; pero este poco dalo de buena gana y sin murmurar; que no se lo dás á ningún perdulario.

El Sacerdote es el hombre de la fe y de la caridad. Si nosotros tuviéramos más caridad y más fe de la que tenemos, ya comprenderíamos porqué siempre nos está pidiendo.

¡Es muy singular la gracia en que, sobre todo en estos tiempos, han dado los enemigos de la Iglesia! Á propósito de que Jesucristo recomendó á sus discípulos la pobreza, haciendo de ella una de las primeras virtudes, quisieran aquellos tales que los Curas viviesen del viento como los camaleones, y que no tuvieran ni aún zapatos que ponerse.

Los Curas, hijo mio, son hombres como nosotros, que viven en sociedad, y que necesitan comer y vestirse como todo viviente. Su necesidad es tanto mayor cuanto que su ministerio ni les dá tiempo ni les permite ocuparse en otra cosa más que en cumplir su sagrado encargo de salvar nuestras almas. Ellos no pueden ni deben consagrarse á los oficios que producen dinero. Con que, sino se lo damos nosotros, se morirán de hambre.

«El que sirva al altar, del altar ha de comer» —dice San Pablo. Arréglate como quieras, no puede ser de otro modo. Por consiguiente, ó adelántate tú á darles lo que necesitan para vivir y para sostener el culto, ó no cometas la cruel iniquidad de hacerles un

cargo porque te pidan que les des lo que buenamente puedas darles.

XLI.

La Confesion es cosa inventada allá por los Curas.

R.—Es decir, que Dios nuestro Señor Jesucristo no ha mandado que nos confesemos, sino que los Curas, por el gusto de saber nuestros secretos, han hecho creer que Dios lo mandó. ¿No es eso lo que quieres dar á entender?

¡Pobre hijo mio! Cuánta preocupacion y cuántas falsedades te han metido en la cabeza los interesados en perderte! ¡Qué bien saben ellos que la Confesion es el primero de los actos cristianos, y el remedio más eficaz de nuestras flaquezas, y el preservativo mejor de nuestros vicios! Por eso no quieren que te confieses; por eso te dicen que la Confesion es una patraña inventada por los Curas, y no determinada por Dios mismo.

Pero ven conmigo, hijo mio, y abre el Evangelio: en él verás cómo Jesucristo *prometió* primero, y *cumplió* después la promesa hecha á sus Apóstoles, de darles poder para perdonar en su nombre los pecados.

Lee la *promesa* en el Evangelio de S. Mateo, cap. 18: *«Todo lo que atáreis en la tierra, será atado en el Cielo; Y TODO LO QUE DE-*

ATÁREIS EN LA TIERRA, SERÁ DESATADO EN EL CIELO.»

Para que entiendas ahora lo que esta promesa significa, y veas cómo la *cumplió* Jesucristo, lee el Evangelio de San Juan, cap. 20. —Acaba de resucitar el Salvador: los Apóstoles, por temor á los judíos que habian crucificado á Jesús, están encerrados en el Cenáculo, haciendo oracion. De repente, y sin que las puertas se hubieran abierto, ven al Señor aparecer en medio de ellos y decirles: «La paz sea con vosotros: soy yo: no temais.» — Los Apóstoles, que creian á su Maestro muerto y sepultado, se aterroran creyendo ver una aparicion, hasta que tocando el cuerpo mismo y las llagas de sus piés, manos y costado, se convencen de que aquel es realmente Jesús resucitado, y se echan á sus plantas y le adoran.

Jesús entónces difunde su aliento divino sobre las frentes de sus discípulos, y les dice: «*Recibid el Espíritu Santo. Como mi Padre me ha enviado á mí, así os envío yo á vosotros.* LOS PECADOS SERÁN PERDONADOS Á AQUELLOS Á QUIENES VOSOTROS LOS PERDONEIS, Y SERÁN RETENIDOS Á AQUELLOS Á QUIENES LOS RETUVIERÉIS.

¿Lo quieres más claro, hijo mio? ¿Cabe duda en el sentido de estas divinas palabras? «Todo el poder (dice con ellas Jesucristo), que Dios mi Padre, igual á mí, me ha dado al enviarme para ser Salvador del mundo, yo,

eterno y Todopoderoso como mi Padre, os lo doy á vosotros al enviaros para que seais como yo salvadores de los hombres: en vosotros deposito los tesoros de salvacion que yo dejo fundados para el mundo con los méritos de mi Pasion y muerte. Yo desde mi Cielo perdonaré al que perdoneis vosotros en la tierra y retendré los pecados que retengais vosotros; pues, aunque no sois sino hombres como los demás, quedais sin embargo, por el Espíritu Santo que de mí habeis recibido, como jueces competentes de las conciencias de los hombres, y con autoridad bastante para perdonar ó retener sus pecados.»

¿Resulta ó no claro, de estas palabras de Jesucristo, que los Apóstoles y sus sucesores en el Episcopado y Sacerdocio tienen autoridad para perdonar ó retener los pecados? ¿Resulta ó no claro, que esta autoridad se la dió Jesucristo de una manera clara é indudable?

Sí, por cierto. Pero por lo mismo, te pregunto yo ahora: ¿Cómo han de poder los Sacerdotes perdonar ó retener los pecados si no los conocen? Y ¿cómo han de conocerlos si nosotros no se lo decimos?

El que quiere una cosa, quiere tambien necesariamente los medios de que suceda. Jesucristo quiere que sus ministros perdonen ó retengan los pecados de los fieles; luego quiere que conozcan estos pecados; luego quiere que nos confesemos.

Así lo dicta el sentido comun, y así lo ha entendido y lo ha practicado perpétuamente la Iglesia. Tan verdad es esto, que nadie hay que señale un siglo, un tiempo en que los fieles cristianos no se hayan confesado; mientras que sabemos positivamente que se han confesado en todos tiempos.

La historia nos ha conservado el nombre del confesor del grande Emperador Carlo-Magno, que vivia en el siglo IX. El autor de la vida de San Ambrosio, Obispo de Milan, y que vivia en el mismo tiempo que este santo, es decir, en el siglo IV, refiere « que el Santo Obispo lloraba de tal modo por los *pecados que le confesaban*, que los pecadores mismos no podian ménos de llorar con él. »

Por la misma época, el gran San Agustin, disputando con los herejes de África, que pretendian, como los protestantes de hoy, no confesarse más que á Dios sólamente, les dice: « Pues qué! ¿será en valde que Jesucristo haya entregado á la Iglesia las llaves del Cielo, al decir á sus Apóstoles que todo lo que ellos desatáran sobre la tierra, sería desatado en el Cielo? ¿Os atreveis á contradecir el Evangelio, y á creeros autorizados para cosa que él os niega? »

Del propio modo, tenemos los escritos de los Santos Padres, correspondientes á los siglos II y III, dõnde várias veces se habla, en pasajes muy claros, de la obligacion de confesarse á los Sacerdotes, y de la necesidad de

hacerlo para obtener el perdón de los pecados.

Tenemos también que en las más antiguas catacumbas de Roma, como ya te he dicho antes (pág. 186), pertenecientes á los primitivos tiempos del Cristianismo, se han encontrado entre otras cosas varios confesonarios, que prueban que ya entonces se confesaban los fieles.

Por último, ahí está el libro mismo de los *Hechos de los Apóstoles*, en el cual se dice de los paganos de Efeso recién convertidos al Cristianismo, que, dóciles á la voz de San Pablo, *acudian en masa á DECLARAR Y CONFESAR SUS ACCIONES. Confitentes et annuntiantes actus suos.* (Actos de los Apóstoles, cap. 19; v. 18 y 19.) Es decir, que acudian á confesar sus culpas, pues nadie dice que se confiesen los actos buenos, sino los malos, ó sean los pecados.

Tenemos, por consiguiente, que la Confesion ha sido instituida por Jesucristo, y que así lo han entendido y lo han practicado todos los siglos cristianos; sin que ningún hombre juicioso y de buena fé pueda dudarlo.

Luego no es la Confesion una cosa inventada allá por los Curus, sino mandada por el mismo Dios: luego hay que confesarse para obedecer á Dios: luego no es verdadero cristiano el que no cree y practica el precepto de la Confesion.

XLII.

¿Para qué sirve la Confesion?

R.—Para algo servirá, cuando está mandada por Dios mismo; pues Dios no manda nada sin razon muy bastante ni sin causa muy justa.

Por de pronto, te diré que tú no eres juez en la materia, si no tienes costumbre de confesarte. *Ve á hacerlo, y entónces verás de lo que sirve.*

Y mientras lo haces ó no, pregúntale de lo que sirve á ese jovencito que, lleno de vicios, habia arruinado su caudal y su salud: pregúntale, porque de algun tiempo acá está más tranquilo, goza mejor salud y va reponiendo su caudal; pregúntale cómo se realiza en él este milagro. ¿Qué le pasa? Nada más sino que ántes no se confesaba, y ya se confiesa.

Pregúntale á aquel artesano, que era un borrachin, holgazan y quimerista, qué le ha pasado, que de repente se ha convertido en un padre de familias trabajador, honrado y pacífico, modelo en todo de sus camaradas. ¡Poca cosa! Salió una mañana á la Iglesia: estuvo una horita de conversacion con el Cura de su parroquia en el Confesonario..... Su mujer y sus hijos dicen, llenos de alegría, que desde aquella mañana *está desconocido.*

A esa otra pobre mujer, cargada de familia, maltratada por el bribonzuelo de su marido, y que, desesperada la infeliz, ha estado mil veces para echarse al Canal, pregúntale, porqué un dia ofreció á Dios con humildad sus trabajos y aflicciones, y desde entónces sufre como una santa sus miserias y las palizas de su marido y las molestias de sus hijos; sin que nadie ya la oiga una queja, y viendo todo el mundo la risa siempre en sus lábios. ¿Qué ha sucedido en aquella casa, que de repente el marido empieza á respetar á su mujer y á tener mejor conducta? Nada; que el marido, admirando primero á su mujer, y queriendo después imitarla, se ha confesado como ella, y á consecuencia sucede la friolera de haberse evitado un suicidio, de haberse reconciliado un matrimonio, y de haber entrado la paz y la abundancia y la virtud en una familia donde ántes vivian la miseria, y el vicio y la guerra.

A aquel otro vecino tuyo, que siempre se estaba quejando, y con razon, de que en su casa se gastaba más de lo regular, pregúntale, si sabe porqué de poco tiempo acá se da mejor trato con ménos dinero, y de donde le ha venido cierta onza de oro que un dia le llevó el Cura de su parroquia, diciéndole que era una restitution de dinero que le habian robado. Tu vecino no lo sabe: quien lo sabe es el raterillo de un su criado, que habia hecho pacotilla á fuerza de sisarle, y que entrando

un dia á cuentas con su conciencia, fué á confesarse. ¿Qué se ha conseguido con esta confesion? Nada; un ladron ménos, un grillete ménos en el presidio, ó quizás un banquillo ménos en el garrote.

Algo parecido á esto debió haber visto Rousseau, cuando á pesar de su ódio al Catolicismo, no ha podido ménos de decir: «*¡Cuántas restituciones y desagrazios no consigue la Confesion entre los catolicos!*».—Lo mismo le debió parecer á cierto ministro protestante, gran mofador de la Confesion y Comunión de los católicos, el dia que un Sacerdote fue á entregarle una cantidad no floja de dinero que le habian robado. El buen ministro se enterneció hasta el punto de que muchas veces desde entónces ha dicho: «*Preciso es convenir en que la Confesion es cosa buena.*»

Respóndante de esta verdad los pobres de tal pueblo, que llenos de gratitud llaman su Providencia al ricacho aquel convecino suyo, que ántes no se acordaba de ellos para nada, que toda su renta se la gastaba en su propio regalo, y que de algun tiempo á esta parte se ha convertido en padre de todos los desdichados, y en remedio de todos los menesterosos del pueblo. ¿Qué ha pasado en el alma de aquel rico, ántes tan sin entrañas, y hoy tan bueno y caritativo? Pregúntaselo al Cura de su pueblo, que le echó un dia en cara su crueldad, que le hizo llorar, y lo llevó á los piés de su confesonario.

¿Que para qué sirve la Confesion? Para salvarnos de un vicio que empieza á poseernos; para librarnos del remordimiento que nos está quitando el sueño y la paz y la alegría; para acostumbraenos á esta difícilísima tarea de estudiarnos y conocernos á nosotros mismos, haciéndonos examinar nuestra conciencia.

Pregúntale de qué le sirve la Confesion á ese pobre moribundo, que veia llegar lleno de terrores su última hora, y que ya la aguarda con confianza y hasta con alegría.—«¿qué poder es este de la Confesion de los católicos?» preguntaba el médico protestante M. Tissot, al ver cómo una señora católica, á quien él asistia sin esperanza de salvarla, empezó á mejorar desde el punto que fue administrada, hasta sanar enteramente.

No ménos notables son las palabras de otro médico tambien protestante, Mr. Badel, que enseñado por sus experiencias propias, dice sin reparo que «la Confesion es útil, no sólo á los particulares, sino á la sociedad toda entera, y que es cosa que merece fijar la consideracion de todo el que se interese en el bien de la humanidad.»

¡ Ah, hijo mio! ¡ Ojalá que volviendo nuestra España á practicar la Religion de nuestros padres con la fe y el celo que en otros tiempos lo hizo, se restableciese en todas las familias la saludable costumbre de confesar siquiera una vez al año para cumplir el precep-

to de la Iglesia ! ¡ Ojalá que acudiéramos con más frecuencia y más generalmente á este Sacramento de misericordia y de redencion !

¡ Cuán otro seria el estado de nuestras costumbres ! ¡ Cuánto ganaria la paz de nuestros pueblos ! ¡ Cuán pronto se acabarían estos rencores y luchas políticas que nos envilecen y arruinan ! ¡ Cuánto y cuánto ganariamos hasta en esos mismos bienes materiales que son hoy dia tan codiciados y buscados.

XLIII.

Yo no he robado , no he matado , no he hecho mal á nadie : con que ¿ para qué y de qué he de confesarme ?

R.— ¡ Y es eso lo que sacas en limpio del exámen de tu conciencia ? Se me figura , hijo , que te has mirado á tí mismo con demasiado buenos ojos ; y no te incomodes si te digo que no te has visto bien por dentro.

¿ Con que , por no haber robado ni matado ni perjudicado á nadie en sus intereses , se te figura que nada tienes de que acusarte ? Entremos un rato á cuentas tú y yo , pues seria curioso que viera yo más claro en tus acciones que tú mismo.

No me negarás que pecado es faltar gravemente á las obligaciones que tenemos para con Dios , para con nuestros prójimos y para

con nosotros mismos. ¿Has cumplido fielmente todas estas obligaciones?

Veamos por de pronto las primeras. ¿Te has acordado perpétuamente de reconocer á Dios como tu Creador y maestro, tu padre y tu último fin? ¿Le tributas diariamente el homenaje de adoracion que se le debe? ¿Le das gracias por los beneficios que de su mano has recibido? ¿Le pides perdon de las faltas que cometes contra sus divinos Mandamientos? Porque mucho me engaño si en este particular no vives como si tal Dios hubiera para tí; mil veces más culpable en este olvido que los pobres salvajes idólatras, pues estos al ménos adoran á sus falsos dioses, miéntras que tú, que conoces al Dios verdadero, no te acuerdas para nada de su nombre.

Pues veamos ahora cómo cumples tus obligaciones para con los demás. Creo desde luego que no has robado ni matado á nadie: pero ¿á cómo estamos de caridad con tus hermanos, de tolerancia para suplir sus flaquezas y defectos, de generosidad para perdonar sus injurias, de misericordia con los pobres, de respeto á la estimacion de los demás? ¿No has formado nunca un juicio temerario? ¿No se te ha escapado una sola palabra que manche el honor de alguien, ó que haga poner en duda su hombría de bien? ¿Has sido siempre buen padre, buen hijo, buen esposo, buen ciudadano, buen amo, buen servidor, bueno y leal amigo? ¿En los

tratos y ocupaciones de tu vida, te has portado con propósito firme de no perjudicar los intereses de nadie, de no ganar más que lo justo?

Paréceme, hijo, que si registras bien tu conciencia, y si consideras lo larga que es esta lista de nuestros deberes para con los demás, no te faltará materia para una larga confesión. Pero, y los deberes para contigo mismo; cómo los cumples? ¿Qué cuenta llevas de ese alma que Dios te ha dado? ¿Qué motivos te guían cuando haces algún bien? ¿Lo haces por cumplir con lo que debes á ti mismo y por servir á Dios, ó más bien por algún interés mezquino, porque te alaben, porque te consideren las gentes? ¿Ó te parece que cuando haces una limosna por vanidad no pecas? ¿Tú no sabes que Dios pide cuenta de las intenciones?

Esto en cuanto á tu alma. Pero por lo tocante á tu cuerpo; ¿á cuántos estamos de templanza y de sobriedad? ¿No has cometido nunca ni el más leve exceso de comida ni de bebida? ¿Has cuidado de tu salud como Dios te manda cuidar?

Y en punto á *castidad*; ¿cómo andamos? ¿Ah! si tu hijo hiciera ó dijera delante de tí lo que en este particular haces y piensas tú sin reparo delante de Dios, es seguro que lo echarías á palos de tu casa; y si viniese cualquiera á decir á tu mujer ó á tu hija cosas que tú dices sin aprension ninguna á las hijas

y á las mujeres de otros, estoy cierto de que no se las oirías con mucha calma. Y ¿cómo puede parecerte á ti inocente lo que tienes por culpable en otros?

Seria no acabar nunca el seguir en este exámen de tu conciencia; pues la mina es muy honda, y á poquito que cavaras, ya verías si tenías que confesar.

Vamos, hijo: ¡valor, y un poco de buena fe! Examina tu conciencia con toda la escrupulosidad que debe un hombre honrado: llégate á un buen Sacerdote, pues no dejarás de conocer alguno, el cual te recibirá con los brazos abiertos y deseando descargar el peso de tu alma en nombre del Dios misericordioso. Anímate, y ve de buena voluntad. Quizás al pronto se te haga un poco cuesta arriba; pero muy luégo verás cómo te alegras de haberlo hecho.

—¡Es que hace ya tanto tiempo que no me confieso! me dirás.

—Razon más, te respondo yo, para que te apresures.

—Pero ¡si es tanto y tan grave lo que tengo que decir!

—Mejor que mejor. Pescada grande vale más. Mientras más grande pecador seas, como vayas bien arrepentido, mejor día darás á tu confesor.

—Es que no podré acordarme de todo.

—No importa nada eso. Dí lo que buenamente recuerdes, y arrepíentete con toda tu

alma de lo que recuerdes y de lo que no. Dios no tanto te pide memoria como buena voluntad, y sobre todo, sincero pesar de haberle ofendido. Esto es lo principal.

Con que anda, hijo mio, pronto, pronto á confesarte. Créeme: tú agradecerás mi consejo, después que lo hayas hecho. Ya verás qué paz tan grande entra en tu corazón desde que descargues tu conciencia.

XLIV.

Y luego, eso de confesarse es muy fastidioso.

R.—Ni yo tampoco te digo que sea ninguna corrida de toros. Pero no siempre lo que es bueno y útil, es divertido. ¿Te divierte tomar quina cuando tienes calentura? No; pero la tomas para ponerte bueno. ¿Te divierte estar trabajando todo el día de Dios para ganar un pedazo de pan, ó para hacer algun ahorrito por si hace falta el día de mañana? Tampoco; y sin embargo, cuando llega la hora, arrimas el hombro, y sudas la gota tan gorda.

Pues, hijo, eso sucede con la Confesion. Efectivamente, no es una cosa divertida; pero es un remedio *necesario*, y hay que tomarlo: es medicina para curar tu alma enferma, es tarea para ganar el Cielo, es tesoro de perdón para que la muerte no te coja desprevenido.

¡ Que es fastidioso el confesarse ! ¡ Cómo se conoce que vives en un tiempo en que no se habla más que de gozar, y en que pocos piensan en cumplir sus obligaciones ! Ten valor, hijo mio : pórtate como un hombre que eres, y por compasion de tí mismo, piensa un poco más en el Dios justiciero.

XLV.

Eso de ir á confesar, era bueno cuando yo iba á la escuela; pero ahora ya...

R.—Pero ahora ya, que lo necesitas mil veces más que entónces, no quieres hacerlo! Ahora ya, que estás metido en medio del mundo, que te amenazan más peligros, que tienes pasiones más dominantes, quieres renunciar á tu mejor defensa!.. ¡ Válgame Dios, hijo! ¡Cómo nos ciegan nuestras preocupaciones y nuestros vicios!

Cuando ibas á la escuela, y ahora, y siempre, tienes una ley de Dios que te manda obedecer á su Iglesia, la cual te impone obligación de confesar lo ménos una vez al año. Ahora y siempre, eres hombre miserable y expuesto á pecar. Ahora y siempre, puedes morir cuando ménos te figures: y ahora y siempre, la confesion de tus culpas es el único pasaporte para la gloria.

Cuanto más entramos en años, tanto más fieros y repetidos son los combates que tene-

mos que sostener con nuestros enemigos. ¿Hemos de dejar las armas cuando más falta nos hacen?

XLVI.

Devotos conozco yo, que se confiesan muy á menudo, y á fe que no tienen nada de santos.

R.—Eso puede consistir, ó en que no se confiesan como es debido, ó en que tienen una **picara condicion**, pues que, ni aun confesándose, logran mejorarla.

Pero ¿no puede ser tambien que tú te equivoques, y que los juzgues mal? Por lo mismo que tú no tienes costumbre de confesarte, ¿no puede suceder que te haga injusto, sin saberlo tú mismo, el deseo de hallar en falta á los que la tienen?

No te diré yo que baste el confesarse para hacerse santo. El mejor de los cristianos no deja de ser hombre, débil y veleidoso, y lleno de deseos y de pasiones, y rodeado de peligros, como todos los demás hijos de Adam. Lo que te digo y te aseguro, cuando ménos, es, que, en igualdad de circunstancias, el hombre que se confiesa como debe, es ménos malo que el que no se confiesa. Y ahora te añado, que sólo el que se confiesa, adopta el medio conveniente para llegar á ser todo lo perfecto que cabe en la natural imperfeccion humana.

No hay ningún malo que, empezando á confesarse como es debido, no principie desde luego por ser ménos malo, no logre en seguida ser bueno, y no acabe por ser buenísimo.

Como tú verdaderamente quieras convencerte de esto, no tienes más que hacer la experiencia por tí mismo. Observa con cuidado, y verás que la mayor parte de los que tanto hablan contra las *maulas de los devotos*, valen, en todo y por todo, diez veces ménos que ellos. Es muy fácil ver la paja en el ojo ajeno, y no ver la viga en el propio.

La Religion hace mejores á los que la practican. Los defectos que, aun practicándola, tiene un cristiano, serían mucho mayores si no la practicara; y tendria, sobre todo, el mayor y más grave de los defectos, que es el que tú estás cometiendo ahora; es decir, el de no adorar ni obedecer á Dios como es debido, y el de murmurar maliciosa ó ligeramente contra los que procuran servirle lo mejor que aciertan.

XLVII.

¿Cómo ha de estar realmente presente en la Eucaristía el Cuerpo de Jesucristo? Imposible.

R.—*¿Lo está? luego es posible que lo esté.*— Esto es cuanto tengo que responderte, y bas-

ta y sobra.—*Lo está: luego debemos creerlo*, aunque no comprendamos el cómo puede ser. Digo que *lo está*; ó, para que entiendas bien cómo la Iglesia propone este misterio, digo que el pedazito de pan sin levadura y el poco de vino que se consumen en la celebracion de la Misa, y que ántes de la consagracion no son más ni ménos que el pan y el vino que ven nuestros ojos, se convierten, por las palabras de la consagracion, en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, el cual se digna realmente descender á las manos del Sacerdote que celebra, y está realmente, aunque nosotros no lo veamos, en el pan y en el vino que vemos.

¿Cómo sucede esto? ¿Cómo, en una cosa tan pequeña y reducida como la hostia y el cáliz, ha de estar el cuerpo mismo de Jesucristo? ¿Y cómo este incomprensible milagro ha de verificarse diariamente en todas y cada una de las hostias que se consagran en los millares de Misas que á un mismo tiempo se celebran en toda la Cristiandad?

Lo ignoro, hijo mio: ni sé cómo esto sucede, ni mi entendimiento puede comprenderlo. Pero sé á no dudar que así es y así sucede, *lo sé á no dudar*, porque así me lo ha enseñado el mismo Dios nuestro Señor Jesucristo, que ni puede engañarse ni engañarnos.

Dos veces, en su Evangelio, habla nuestro Señor de la Eucaristía: la primera vez

para prometerla (un año, poco más ó ménos, ántes de su Pasion); la segunda vez (la víspera de su Pasion) ya para instituir la, y cumplir así su promesa.

La primera vez, cuando la promete, se halla en el capítulo VI de San Juan.—Oye cómo habla entónces Jesús: «*En verdad os digo que el que cree en mí, tiene la vida eterna.*» Observa, hijo mio, cómo Jesús empieza exigiendo que se crea en su palabra, es decir, que se tenga por cierto, aunque no se entienda, el incomprensible misterio que va á anunciar. Y sigue:

«*Yo soy el pan de vida. Yo soy el pan que bajó del Cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo le he de dar, ES MI CARNE PARA LA VIDA DEL MUNDO.*»— Observa tambien, que Jesús no dice aquí, que *da el pan de vida*, sino promete que lo *dará*. Por consiguiente, se engañan los Protestantes cuando dicen, que Jesús emplea aquí un lenguaje figurado, y que este *pan de vida*, de que habla, es su doctrina. No, no es su doctrina, porque esta la está dando en el hecho mismo de hablar; y Jesús habla aquí, no de una cosa que *esté dando* en aquel momento, sino que *promete dar* más adelante.

La prueba de que los judíos le entendieron como yo te lo explico, y como la Iglesia lo enseña, y no como lo pretenden los Protestantes, es que se preguntan á sí mismos: «¿Có-

mo nos ha de dar á comer su propia carne? ¿Cómo ha de ser, esto? Y se resistían á creerlo. Jesús penetra sus pensamientos, y para no dejarles duda de lo que verdaderamente quiere decirles, les añade estas clarísimas palabras:

«EN VERDAD, EN VERDAD OS DECLARO, que si NO COMEIS LA CARNE del Hijo del Hombre y NO BEBEIS SU SANGRE, no tendreis la vida en vosotros. El que COME MI CARNE y BEBE MI SANGRE, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré el último día. MI CARNE ES VERDADERAMENTE UNA COMIDA, Y MI SANGRE ES VERDADERAMENTE UNA BEBIDA. El que COME MI CARNE y BEBE MI SANGRE, permanece en mí, y yo en él. El que comiere de este pan, vivirá eternamente.»

¿Puede ser esto más claro? Digan los Protestantes y los incrédulos lo que quieran, ¿se puede dudar de la palabra de Jesucristo, que nos afirma estar su cuerpo y su sangre en la Eucaristía?

Pero esto no es todavía más que la promesa.—Oye ahora cómo Jesucristo cumple esta promesa, al instituir la Eucaristía, cuando la noche de la Cena, víspera de su Pasión, toma en sus divinas y venerables manos el pan, lo parte y lo da á sus Apóstoles, diciéndoles: «Tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO.»

¿Lo quieres más claro, hijo? Esto, es decir, lo que veis ahora en mis manos y os doy yo, es ¿qué es? MI CUERPO.

En seguida, el Señor da á sus Apóstoles,

es decir, á los primeros Sacerdotes cristianos, el mandato y la potestad de hacer lo mismo que Jesús acababa de hacer en aquel acto, y les añade estas palabras: «*Cuantas veces hiciereis vosotros esto, lo hareis en memoria mia,*»—es decir, como yo mismo lo acabo de hacer.

Y ahora te pregunto yo: ¿Jesucristo, no es el mismo Dios? ¿No ha dicho en su Evangelio las palabras que te dejo citadas? ¿Pueden entenderse estas palabras de otro modo que las explica la Iglesia, sin faltar á todas las reglas del sentido comun y de la buena fe? Y, si nada de esto puede ponerse en duda ¿dudarás, por más que no lo entiendas ni sepas *cómo* puede suceder, de que realmente *está* en la Eucaristía el cuerpo de Jesucristo?

Ni ¿con qué derecho podrias tú dudar de un dogma que han creído y practicado todos los siglos cristianos, á contar desde los mismos Apóstoles, y que ha sido enseñado, defendido y adorado por los más sábios y santos doctores de la Iglesia?

Pero hay más. ¿Con qué razon puedes dudar de que Dios obre milagrosa y sobrenaturalmente con su poder infinito una cosa que estás viendo obrarse todos los dias por la naturaleza, de la cual es autor y conservador ese Dios Omnipotente? Dime tú, hombre de poca fe: ¿por qué te parece *imposible* que la hostia y el caliz se conviertan en cuerpo y sangre de Jesucristo, y no te ocurre dudar de

que el pan y la carne y el vino que entran diariamente en tu estómago, se convierten, como es verdad, por medio de la digestion, en carne y huesos y sangre de tu cuerpo?

¿Te parece mayor un milagro que el otro?
¿Te parece ménos incomprensible ese misterio, que continuamente se obra en tí de un modo *natural*, que el misterio realizado *sobrenaturalmente* en los altares del Dios vivo?

¡Misterio inmenso de amor, que pone perpétuamente en medio mismo de sus hijos al Padre de la vida, al Rey de las almas, al Gefe de la Iglesia, á Jesucristo, en fin, Salvador de los hombres, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, Dios y Hombre á un tiempo mismo, vínculo eterno que nos liga con su Padre y nuestro Padre celestial, á quien Él adora perfectamente, supliendo así la imperfeccion de nuestras adoraciones, y pidiéndole misericordia para los continuos pecados del mundo!

¡Misterio inefable! Si mi entendimiento se rebelara á creerte, todavía mi corazon se humillaria para amarte!

Creemos, hijo mio, amemos y adoremos este misterio santo.

XLVIII.

Ninguna falta me hace ir á Misa. Para hablar con Dios me basta mi casa.

R.—No se trata de saber lo que á tí te bas-

te, hijo, sino lo que te hayan mandado Dios y su Iglesia. Y Dios te ha mandado, desde el principio del mundo, que en memoria de su creacion y de la eternidad, descanses el séptimo día y te entregues todo entero, es decir, con tu alma y tu cuerpo, á pensar más que los otros días en tu Dios, en su creacion y en la eterna paz de su gloria, de la cual es imagen y recuerdo el santo reposo del Domingo, que quiere decir *día del Señor*.

Y la Iglesia, que es, como ya sabes, la intérprete y depositaria de la autoridad divina, te dice que el modo de celebrar dignamente el *día del Señor*, es irte á su templo, y asistir con devocion al Santo Sacrificio de la Misa. Y como á la Iglesia no se la puede desobedecer sin injuriar al mismo Dios á quien ella representa, resulta que si la desobedeces en este precepto, pecas mortalmente y te condenas. ¿Estamos?

Ahora que ya te he dicho lo que mandan Dios y su Iglesia, y que, por consiguiente, te he dado la principal razon que hay para que obedezcas, te diré algunas otras que, si tienes juicio, han de hacerte fuerza.

En primer lugar, tú te llamas cristiano, no sólo porque *particularmente* profesas la fé de Jesucristo, que recibiste en el Bautismo, sino porque eres miembro de la *familia cristiana*, es decir, de la Iglesia, y como tal, tienes obligacion de hacer lo mismo que hagan tus hermanos. ¿Qué dirías á tu hijo si, llamado

á la mesa donde comes con toda tu familia, te respondiera que él no tenia necesidad ninguna de acudir al comedor, porque para comer estaba bien en su cuarto?

Lo que tú responderias á tu hijo, te respondo yo á tí. «Bribonzuelo, le dirias, ¿cómo es eso de no querer venir á comer con tu madre y tus hermanos? ¿te dá vergüenza de ser hijo nuestro? ¿pues qué más honra para ti, que el que, viéndote á nuestra mesa, conozcan que eres de nuestra familia? ¿Qué amor has de tener á los tuyos, ni cómo ellos han de amarte á tí, si así los desprecias y abandonas?»

Pues bien, esto mismo te digo yo á tí, mal cristiano, que tienes á ménos juntarte con los tuyos y asistir á su mesa. Si así dejas á tus hermanos en Cristo ¿cómo has de amarlos? Y ¿qué ejemplo les das con tu desprecio?

Renuncia, pues, á ese orgullo insensato, y vete á asistir con devocion humilde á la Misa, verdadero centro de la Religion cristiana, repetition fiel en los altares del Santo Sacrificio del Calvario, consagracion perpétua del cuerpo y la sangre de Jesucristo, conjunto hermoso y dulcísimo de todas las oraciones de la Iglesia.

Allí van tus Sacerdotes y los fieles tus hermanos á pedir á la víctima santa de aquel Sacrificio sin sangre, que se digne proteger y extender y exaltar su sagrada Iglesia; que dé paz y salud y prosperidad á tus Príncipes y á

tu Nacion; que tenga misericordia de tus culpas; y que, por la intercesion de su dulcísima Madre y de sus Santos, te dé la gracia en la vida y la gloria después de la muerte.

¡Y serias hombre tan sin entrañas, que te negaras á tomar parte en este tierno espectáculo, donde están maravillosamente juntos todos los misterios de tu fe con todas las esperanzas de tu Religion? ¡Ah! no, hijo mio.

XLIX.

No tengo tiempo para eso.

R.—¿Tienes tiempo para comer?—Toma! si señor!—¿Y para qué comes?—Buena pregunta! Para vivir, para alimentar mi cuerpo.—¿Y qué vale más, tu cuerpo ó tu alma?—Mi alma: claro está.—Pues, bueno: haz por tu alma siquiera lo que haces por tu cuerpo.

Tu cuerpo vive de lo que come: tu alma vive de la verdad que conoce, y del bien que ama. Si dejan de entrar en tu alma la verdad y el bien, morirá como puede morir el alma, es decir, perderás la vida eterna; del propio modo que si dejara de entrar alimento en tu cuerpo cesarias de existir.

Tú no quieres morirte, y por eso alimentas tu cuerpo, y por eso á toda costa tienes buen cuidado de tomarte algun ratito para comer. Sé, por Dios, tan cuidadoso de tu alma como lo eres de tu cuerpo, y tómate á toda cos-

ta algunos momentos para alimentarla , si no quieres que muera.

Tómate todo el tiempo que necesites para cumplir las muchas obligaciones que tienes para con tu Dios , y tómallo , cueste lo que cueste , aunque debieras sacrificar y perder todos los bienes de este mundo. Se trata de tu alma , de la parte más noble que Dios te ha dado , de lo que te hace ser hombre , y te distingue de las bestias.

El cuidado por tu alma es cosa que nadie en este mundo puede impedirte , ni tu amo , ni tu superior , ni tu padre mismo , *nadie*, *nadie*. Si tu amo ó tu superior se empeñaran en quitarte tiempo para comer ¿qué les dirías? «Quédense Vds. con Dios , que yo me voy á otro lado , donde no quieran matarme de hambre : lo primero es vivir.»

Pues eso deberias responder al que quisiera quitarte tiempo para cumplir tus deberes religiosos : «Quédense Vds. con Dios , que yo me voy adonde nadie me impida mirar por mi alma : mi salvacion es lo primero.»

¿Me dices que tu oficio ó tu estado no te dejan tiempo para atender á este asunto principal? Miralo bien ántes de asegurármelo ; porque si me lo aseguras , yo te diré : «Deja al instante , y sin consideracion á nada de este mundo , ese estado ó ese oficio , y toma otro.»—Que pierdes tu conveniencia , que arruinas tu caudal : no importa nada : tu vida pasa como un soplo , mientras que la eterni-

dad no tiene fin. ¿De qué te servirán todas las conveniencias y caudales del mundo, si tu alma se condena?

Pero, hablemos francamente. ¿Es verdad que tu estado ó tu oficio te impiden vivir como cristiano? Porque yo he oído decir siempre que *obligacion no quita devocion*; y por más que tú me digas, yo no acabaré de creer que te falte un ratito de vagar para pensar en la salvacion de tu alma.

Lo que desde ahora te aseguro, es que nadie ni nada te impide encomendarte á Dios al levantarte y al acostarte: ni sé porqué no has de poder ofrecerle tu corazon y pedirle su auxilio soberano hasta en medio mismo de tus ocupaciones. Por muy grande y continuo que sea tu trabajo, alguna vez has de descansar para tomar aliento. Pues bueno, encomiéndate entónces á tu Dios: llámale desde el fondo de tu alma.

Todo esto te lo digo, en el supuesto de que seas efectivamente hombre muy ocupado y de muchas obligaciones. Porque todavía puede suceder, que si echáramos cuenta del tiempo que malgastas en recreos y distracciones, habia de resultar muy sobrado para que pudieras hacer obras de cristiano y ganarle la salvacion.

Dígame lo que quieras, yo no puedo creer que te falte media hora para irte á oír tu Misa el dia de precepto; ni tampoco es posible que una noche siquiera en cada mes, sino pue-

des de día, te vayas; después de salir de tu trabajo, á hacer una confesion de tus pecados, (que será más corta cuanto sea más frecuente) y á pedir á tu confesor consejos y ánimo para vivir mejor cada dia. En esto, como en todo, hace más el que quiere que el que puede.

Acaso suceda que tú no puedas todo lo que quieres. Pero á esto te digo: lo que quieras, quíerelo muy de corazon; que aunque no puedas hacerlo, Dios Misericordioso y Justo te agradecerá tu buena voluntad, y te lo pagará como si lo hicieras. Pero mira no te engañes, y achaques á falta de tiempo lo que no es sino falta de voluntad.

L.

Ni tampoco puedo: es cosa muy difícil.

R.—Bastante ménos difícil de lo que á tí te parece, y quizás de lo mismo que tú crees; pues me voy sospechando, al ver los reparos que me pones, que lo que te falta, es voluntad y no otra cosa. Dime que no has tenido nunca, ó que has perdido yo la costumbre de vivir cristianamente, y no me digas que te es difícil hacerlo.

Si se tratara de escribir libros sobre materias profundísimas de ciencia, ó de asaltar fortalezas defendidas con cañones, me haria fuerza tu dificultad. Pero, nada de eso, hijo mio: se trata de una Religion fundada en

primer lugar para los humildes de espíritu y los mansos de corazón.

El secreto para ser buen cristiano no es saber mucho, sino el amar mucho y tener mucha confianza en Dios y en la intercesión de su Santísima Madre. El que mucho ama, no tiene ni *vanidad* ni *pereza*, que son las dos verdaderas, las dos grandes dificultades para vivir cristianamente.

Yo no te negaré, ni te lo he negado nunca, que el verdadero cristiano tiene que estar muy sobre sí para no dejarse sorprender ni dominar por los vicios y pasiones que continuamente nos asaltan. Pero también te he asegurado, y te lo repito ahora, que todo el que *quiere* vencer, vence.

¿Y quién es el que verdaderamente quiere vencer? El que busca y emplea las armas que la Religión le ha dado, es decir, el que usa de los medios que Jesucristo nos ha enseñado para que obtengamos el auxilio de su gracia. Estos medios ya los conoces tú, y á fe que, cuando eras buen cristiano, demasiado bien te servían. Hoy no te sirven, porque no los usas. Estos medios son: La oración, la santificación de las fiestas: el estudio y la meditación sobre la doctrina cristiana: el huir las ocasiones peligrosas, las malas compañías y las malas lecturas: y por último, el confesarse á menudo y comulgar.

Sin que emplees estos medios, todo te será difícil; pero empleálos, y verás como todo

te se vuelve facilísimo y agradable. Te hablo por experiencia. He conocido á muchas personas que estaban muy viciadas, muy perdidas, y que sin más que emplear aquellos medios, se han hecho modelo de cristianos.

Me acuerdo ahora de un antiguo militar, que desde su niñez tenia el pícaro vicio de estar siempre jurando y maldiciendo. Reprendido cierta vez por una persona caritativa, propúsose nuestro veterano quitarse aquella perversa costumbre; y con tan buen ánimo lo emprendió, que al cabo de *quince dias* lo habia ya logrado. Cada vez que se le escapaba, ó que oia á sus camaradas una blasfemia, decia compungido en su interior: «Perdon, Dios mio! bendito sea tu nombre!»

Con este sencillo medio, logró dejar de ofender á Dios; y eso que, según él decia, tan dominado estaba por el vicio, que no podia descuidarse ni un instante, y que hubo dias en que tuvo que reprimirse más de cincuenta veces.

Otra persona he conocido yo, que era muy honrada y de muy buenos sentimientos, pero que poco á poco se fue aficionando al vino más de lo regular, hasta llegar á ser un borrachon de primera. En una de las buenas que tomaba, dió una paliza á su mujer, que por poco la mata. Cuando volvió en sí, y vió lo que habia hecho, le entró una pena y un remordimiento tan grande, que hizo voto de no volver en su vida á beber una gota.

Pero lo más singular no es esto, sino que tuvo el valor de hacer que todos los días le pusieran á su lado en la mesa una botella de vino con su vaso correspondiente. Veinte y un años estuvo de este modo, y ni un solo día faltó á su promesa de no volver á tocar el vino con sus lábios.

Yo le ví atacado de la enfermedad que se lo llevó al sepulcro, y me acuerdo que el peor rato que en ella pasó, fue un día que el médico le mandó tomar unos buches de vino blanco. Cada vez que tomaba un buche, se ponía de mil colores, y no cesaba de decir: «¡Válgame Dios!»

—«¡Tanto ódio ha tomado usted al vino?» le preguntó el médico, que sabia la historia que te he contado.

—«¡Ódio! le contestó el enfermo: no señor; me gusta hoy más que el día que lo dejé, hace ya más de veinte años; pero mi palabra es palabra, y esa pobrecilla (decía, señalando á su mujer) sabe por qué hago lo que hago.»

¿Qué te parece, hijo? ¿No te admira el valor y la constancia de este hombre? ¿Y sabes cuál es el secreto de su victoria? Muy sencillo: el secreto consiste en que *era buen cristiano.*

LI.

No quiero que nadie se burle de mi, ni singularizarme, sino hacer lo que los demás.

R.—Perdona si te digo que eso es discurrir como las cabras. De estos animales, sabido es que por donde salta la una salta la otra: si la primera se echa por un derrumbadero, allá vá detrás la segunda, y luégo la tercera, y después todas. Cada una de ellas *hace lo mismo que las demás*.

¿Es así como debe obrar un hombre, hijo? ¿Quieres no valer más que una cabra, y echarte de cabeza en el Infierno, nada más que porque otros se echan?

El refran dice: «*adonde quiera que fueres, haz lo que vieres*» y yo te digo: «*adonde quiera que fueres, haz lo que debes*».—Que hay muchos que te siguen en obrar lo bueno: mejor para tí. Que hay pocos, que no hay ninguno más que tú: paciencia, y tener el valor de ser único y solo.

Mira, hijo: aunque en el mundo hay más gente buena de la que quisieran los pícaros, verdad es al cabo que los malos son más que los buenos. Por consiguiente, el que quiera ser bueno, ó lo que es igual, cristiano, tiene que resignarse á ser de los ménos. Es uno de tantos sacrificios como tenemos que hacer para salvarnos.

Ya Jesucristo te lo enseña así bien claramente: « *Entrad*, (dice en su Evangelio de San Mateo, cap. VII) *por la puerta angosta; porque la puerta que conduce á la muerte es ancha, y el camino espacioso; y muchos son los que van por él. ¡Cuán estrecho es el camino que lleva á la vida, y cuán pocos son los que le siguen!* »

Y luego, en otros capítulos del mismo Evangelio añade: « *No temais á los que matan el cuerpo y luego no pueden hacer nada más. Yo os diré á quién debéis temer: temed al que puede matar el cuerpo y el alma en el Infierno. En verdad os digo, que á ese solo debéis temer.* » — « *Si alguno se avergonzare de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de él delante de mi Padre, y delante del universo en el juicio final. EL QUE PERSEVERARE HASTA EL FIN, ESE SOLO SERÁ SALVO.* »

El que perseverare hasta el fin. ¿Entiendes, hijo? Es decir, el que me obedezca y me ame á pesar de todos los peligros, de todas las amenazas, de todos los malos ejemplos; ese solo será salvo.

¿Qué tal? Se puede decir más claro de lo que Jesús te lo dice, que para no condenarse en el otro mundo, es necesario singularizarse un poco en este; y que el singularizarse para un asunto de tanta importancia, lejos de causarnos temor ó vergüenza, debe ser nuestra mayor gloria de cristianos?

Que habrá algunos que se burlen de tí.—

Que los haya. ¿A ti qué te importa? ¿Te has de morir por eso? Ten lástima de ellos, hijo mio; porque son unos pobres locos, que se burlan de un cuerdo.

Figúrate que dieran en burlarse de ti porque comes, ó porque andas con los piés: ¿habrías por eso de matarte de hambre, ó te pondrías á andar de cabeza? No. ¿Y porqué? Porque tú estás seguro de que obras en razon comiendo, y andando con tus piés, y que quererte obligar á hacer lo contrario, es una barbaridad estúpida.

Pues, hijo, más estúpida es todavía la de quererte hacer vivir como un perro, sin Religion ninguna: por lo cual serias un insensato si te dejaras llevar de las burletas de cuatro necios, y si perdieras tu alma por darles gusto. La desaprobacion de estos tales no deshonra; lo que deshonra son sus alabanzas. ¿Murmuran de tí? ¿Se mofan de tu piedad? Pues date la enhorabuena, porque es señal de que no eres como ellos.

Pero no hay que exagerar las cosas. En este punto, te sucederá muchas veces hallarte menos solo de lo que tú creas. Hay muchos malos, y esto ya te lo he confesado yo; pero hay tambien muchos buenos, que salen en nuestra ayuda cuando menos lo esperamos. De mí te sé decir, que donde veo un hombre de buena crianza y de costumbres decentes, allí creo siempre ver un cristiano; y la mayor parte de las veces no me he equivocado.

Sucedió, há pocos años, en un Colegio militar, que uno de los alumnos se encontró en el suelo un rosario. Creyendo que se le habría perdido á alguno de sus compañeros, y proponiéndose reirse á costa de él, colgó el rosario en un árbol del jardin del Colegio, y dijo: «¿Quién es el santurron que ha perdido ese chisme?»—En esto, salió otro de los alumnos, y dijo: «Es mio: ese rosario es un recuerdo de mi buena madre; y yo, que soy cristiano (añadió con tono muy resuelto) le rezo todos los dias.»—«Muy bien dicho, y muy bien hecho,» dijo entónces una voz que salió del corro. Volviéronse los alumnos, y vieron que era la del General Director del Colegio, el cual dando un abrazo al jóven del rosario, le dijo: «¡Bravo! eso es lo que se llama portarse como hombre de corazon. Siga usted en esos buenos sentimientos, y nada perderá.» Desde aquel dia, los colegiales miraron á su compañero con respeto, y trataron de imitarle, tanto más cuanto que era uno de los jóvenes más aventajados que habia en el Colegio.

Sucedió, en otra ocasion, que un viajero recién llegado á la posada en un dia de los de abstinencia, sentóse á la mesa redonda con los demás huéspedes, y pidió que le sirvieran comida de viernes. Empezaron los presentes con risitas burlonas y cuchicheos, hasta que uno de los que más la daban de chistoso, dijo al recién venido con aire zumbon:—

«¡Hola! parece que Vd. come de viernes, caballero.»—«¡Hola! y Vd. parece que come de carne, señor mio.»—«Sí, señor; de carne como.»—«Pues tanto peor para Vd., pues que no cree que un hombre de honor debe preferir la salvacion de su alma al gusto de comerse una chuleta.»

Con tan oportuna salida, pusiéronse todos de parte del recién venido, riéronse del impertinente que habia querido sonrojarle, y lo que es más, uno de ellos saltó y dijo: «También yo soy cristiano, y no quiero ser ménos que el señor: tiene razon en lo que hace. Mu-chacho, (dijo al criado de la posada) tráeme comida de viernes.»

Con que, ya ves, hijó mio, que rara vez el que quiere vivir y obrar como cristiano, está solo en medio de las bufonías de los necios. Estos no parece que son tantos, sino porque la gente buena y de razon mete ménos ruido: y ya sabes el refran: «más bulla hace uno que habla, que ciento que callan.»

Sé tú amable y cortés con todo el mundo: riete con los demás de todo lo que de reir sea, con tal que no haya ofensa de Dios; y verás como no se meten en si tú cumples ó no tus deberes de cristiano. Si á pesar de todo, alguno se obstinara en burlarse de tí, respóndele con prudencia, y procura mostrarle su error. Si no se corrigiere, déjalo con su desgracia. Para todos llegará la hora del gran juicio; y, como suele decirse, *al freir será el reir.*

LII.

¿Quiere Vd. hacerme un santurron fanático?

R.—No; pero quiero hacerte cristiano, que no es lo mismo. *La santurronería y el fanatismo no son la Religion, sino el abuso de la Religion.*

Quiero que seas religioso *devoto*, no supersticioso y *mogigato*. Dios exige y acepta lo primero; pero prohíbe y condena lo segundo: quiere que le amemos de corazón, y que cumplamos sus mandamientos, no que nos entreguemos á prácticas supersticiosas y ridículas, que hacen dejar lo principal por lo accesorio, y confundir el gran fin que la Religion se propone, con algunos de los medios que nos han sido dados para conseguirlo.

No es la velita rizada ó la lámpara de aceite que ofreces en al altar de la Virgen lo que la Virgen te agradece, sino el amor con que la ofreces y la intencion con que lo haces.

Pero tambien te digo, que estos abusos de la Religion no son ni tan numerosos ni tan perversos como se dice. Por lo general, no son más que efectos de celo mal entendido de gentes sencillas é ignorantes, que ningun mal hacen á nadie con sus inocentes manías.

No te digo yo que son laudables, ni pretendo que las imites. Pero te aseguro con mi

experiencia, que ; ridículas y todo como son, valen mucho más y son harto ménos perjudiciales á la Religion y á la Sociedad, que la mayor parte de los que tanto gritan contra ellas.

Valiera más que estos críticos zumbones pensaran un poco en sí mismos, y, ya que tanto charlan contra los abusos de la Religion, trataran de corregir los que ellos cometen contra todas las cosas más santas. Porque, si malo es que haya santurrones mogigatos y fanáticos supersticiosos, mil veces peor es que haya libérrimos desvergonzados, incrédulos blasfemos y herejes escandalosos. Cuando estos tales dan en su manía favorita de echar sapos y culebras contra los otros, me recuerdan á cierto presidiario que estaba condenado por *asesino*, y se puso furioso porque le habian dado á un *ladron* por compañero de cadena.

Compadezcamos, pues, y procuremos ilustrar á esas pobres gentes que practican su Religion de mala manera, y seamos nosotros buenos cristianos, amando á Dios de veras, cumpliendo todos sus mandamientos, llenando todos nuestros deberes, y oyendo dócilmente los consejos de nuestros pastores, ministros de Jesucristo.

LIII.

La vida cristiana no es para mí. ¡Privarse de todo! ¡Tener miedo á todo! Quite Vd. allá.

R.—¿Y de dónde has sacado eso de que el ser cristiano te obligue á privarte de todo y á tener miedo á todo? ¿Quién te ha enseñado semejante paparrucha? Verdad es que la ley del Evangelio es un yugo; pero (como dice el mismo que nos lo ha impuesto, nuestro Señor Jesucristo) *«es un yugo dulce y una carga ligera.»*

Cualquiera pensaría, al oírte, que no se puede ser cristiano sin llevar siempre una cara de agonizante, y sin estar á todas horas receloso hasta de su sombra. Nada de eso, hijo.

El verdadero cristiano debe sin duda estar continuamente alerta contra sus propias pasiones y los peligros del mundo; y tampoco te negaré que la costumbre de pensar en la humana miseria y en las grandes cosas de que nos habla la Religión, le hagan naturalmente grave y reservado.

Pero de aquí á ser un cazurro impertinente y un ave triste, hay mucha diferencia. Todo lo contrario: el verdadero cristiano, por lo mismo que tiene la conciencia tranquila y confiada en la Misericordia de Dios, suele lle-

var en su semblante una apacible dulzura, y derramar en derredor de sí un cierto perfume de inocencia y de alegría, que todo lo purifica y lo embellece.

Este bien, este privilegio de la vida cristiana, claro es que, como todo lo que vale mucho, no se logra de valde. Sin duda, hay que luchar contra las malas inclinaciones, hay que hacer algunos sacrificios. Pero ¿qué estado me señalarás en que no sea menester hacer lo mismo? Para aprender tú el oficio que tienes, para ganarte tu vida ¿no necesitas tomarte trabajos y pasar privaciones á veces muy grandes?

Hasta para *divertirse* hay muchas veces que pasar por el mismo punto. Y el negocio más importante de tu vida, como es tu salvacion, ¿quieres que nada te cueste?

¡Ya se vé! Las gentes del mundo, que ven á los cristianos abstenerse de ciertos placeres, hacer penitencias, dar limosnas y obrar muchas otras cosas que nada tienen de divertidas, se figuran que estos llevan una vida de perros, y que son personas con quienes no puede tratarse.

Pero acércate á ellos, hijo mio, ó lo que es mejor, *haz tú la prueba* en tí mismo; y ya verás cómo con la vida cristiana se hace dulce hasta lo que más amargo parece; á la manera que las abejas convierten en miel el amarguísimo jugo del tomillo y la retama.

Cosas son estas que yo nunca podré expli-

carte bien, y que tú no entenderás, como no las experimentes. Pero, si quieres formarte una idea de ellas, acuérdate de tu niñez, acuérdate de la alegría y la paz que tenías entónces, cuando aún no habias ofendido á tu buen Dios, cuando eras puro, casto, obediente, en una palabra, cristiano.

Pues bien, hijo mio: el Dios de tu niñez es hoy el mismo que era entónces; digo mal, hoy te ama más porque eres desgraciado y quiere salvarte. Siempre es aquel buen Jesús que dice: *Jamás desecharé al que viniere á buscarme*. Búscalo, hijo mio: que el premio de buscarle es nada ménos que la gloria eterna.

LIV.

No soy yo digno de llegarme á recibir los Sacramentos. Ni se debe abusar de las cosas santas.

R.—No; pero se debe usar. Porque, excepto el gran crimen de insultarle, la mayor ofensa que puede hacerse á Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar, es abandonarle y olvidarse de él.

Dos clases de personas deben llegarse á recibir los Sacramentos: los buenos, que quieren ser mejores; y los malos, que quieren ser buenos. Para los buenos, los Sacramentos son fuego que purifica el oro; para

los malos, son medicina que cura al enfermo. Para todos son remedio, y todos deben tomarlo; no porque sean *dignos*, pues nadie hay digno de Dios, sino para ser cada día *ménos indignos*; no porque sean fuertes, sino para ser cada día *ménos flacos*.

Corre, hijo mio: Jesucristo te llama, y sin Él no puedes salvarte. Vé á buscarle en la Confesion, donde purificarás tu corazon, que es templo suyo, y en la Sagrada Comunión, por la cual se digna el mismo Dios en persona albergarse en ese templo ya purificado.

Corre, y nada temas. Dios premiará tu *buenavoluntad*, y tú mismo conocerás cuánto más vales después de haberle recibido.

LV.

Yo he sido un pecador muy grande, y no es ya posible que Dios me perdone.

R.—¡Pobre hijo mio! ¡Qué mal conoces el corazon misericordioso de Jesús!

¡Tan ignorante estás de tu Religion, que no conoces alguno de los muchos *grandes santos* que habian sido ántes *grandes pecadores*? Quiero contarte no más que la historia de uno. Oye:

Sentado estaba el buen Jesús á la mesa de Simon el Fariseo, que le habia convidado á comer, cuando entra en la sala una mujer que se postra á los piés del Salvador, y los

inunda con el llanto que vierte en silencio, y los cubre de besos abrasados.

Todo el mundo la conoce, porque es Magdalena, la mujer perdida y escandalosa, de quien huyen las gentes honradas como de un apestado. El Fariseo, que se indigna de que esta infeliz se atreva á lo que entonces hace, dice para sí: «Si este hombre fuese, como él dice, Hijo de Dios, sabría qué especie de mujer es esa.»—Jesús conoce lo que el Fariseo piensa, y le dice: «Simon, tengo una cosa que decirte.»—«Hablad, Maestro.»—«Tenia un hombre dos deudores (prosiguió Jesús): el uno le debía quinientas monedas de oro, el otro cincuenta de cobre. Á los dos les perdonó sus deudas. ¿Cuál de ellos piensas tú que debe estarle más agradecido?»—«Aquel, sin duda (responde Simon), á quien perdonó mayor cantidad.»—«Tienes razon, dijo Jesucristo;» y señalando entonces á la Magdalena, añadió: «¿Ves á esta mujer? Cuando entré en tu casa, no me diste el beso de paz; y esta, desde que ha entrado, no cesa de besarme los piés. No me has dado agua para lavarme, y ella riega mis piés con sus lágrimas, y los enjuga con sus cabellos... En verdad te digo que muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho.»—Dicho esto, el Salvador, sin cuidarse para nada de lo que pensase y gruñese el Fariseo, dijo á la Magdalena: «Mujer, véte en paz, y no vuelvas á pecar.»

¿Has oído, hijo mío? Mucho perdona el dulce Jesús á esta gran pecadora, *porque ha amado mucho*. Ama tú mucho, y todo te será perdonado. Sea tu amor, si es posible, sea tu arrepentimiento tan grande como han sido tus ofensas, ¿qué digo? muestra una señal siquiera de pesar sincero; y Dios, que te espera con ansia, te recibirá con misericordia. Recuérdale lo mucho que padeció por salvarte; recuérdale su establo de Belén, su pobreza, sus humillaciones, los tormentos de su Pasión, su agonía y su muerte en

Aquel divino madero,
Iris de paz, que se puso
Entre las iras del Cielo
Y los delitos del mundo;

recuérdale á su Santísima Madre, que él mismo te dió precisamente para que fuese tu abogada y medianera, tu refugio y tu esperanza.

Y luego, con el corazón contrito, ve á buscar al ministro del perdón, al juez de misericordia, á tu confesor: pídele perdón y consuelo y socorro; que no te los negará, pues para eso lo tiene Dios puesto, para dárselos á todos y siempre. Verás entonces cómo entre tus lágrimas de arrepentimiento oyes aquella gran palabra de vida eterna que, de *Magdalena la pecadora*, pudo hacer á la admirable penitente *Santa María Magdalena*: «Tus pe-

cados te son perdonados: levántate, y no vuelvas á pecar.»

LVI.

Hay que dar á la mocedad lo que es suyo.

R.—Segun lo que entendamos por este *suyo*.

Bien sé yo que la juventud tiene sus gustos particulares, como cada edad tiene los suyos, y que no es conveniente ni posible obligar á un jóven á hacer la misma vida que un viejo. Pero sé tambien, que el jóven, por lo mismo que tiene ménos experiencia y sangre más viva que el viejo, necesita velar más por sí mismo, y buscar más frecuentemente el auxilio de la Religion.

Sé tambien, que Dios pide á cada cual en razon á lo que le ha dado, y que al jóven le pide más, porque le ha dado más fuerzas y más valor para cumplir sus deberes cristianos.

No quiero yo privar á los jóvenes de los honestos recreos propios de su edad; pero quiero hacerles entender, que la vida no se les ha dado para divertirse, sino para ser fieles á Dios, útiles á los hombres y prudentes consigo mismos, y para prepararse una vejez respetable y santa.

Si los jóvenes supieran lo que tienen con el sér de cristianos! Si supieran lo que pier-

den cuando pierden la inocencia! Si adivináran cómo se lloran en la vejez los errores de la juventud, y cuánto se echa de ménos el tiempo malgastado!

Á las puertas de la muerte
Con lágrimas dice el viejo:
«Cuando pude, no sabia;
«Y ahora que sé, no puedo.»

LVII.

Sacramentar á un enfermo es lo mismo que matarlo. Para eso debe esperarse á los últimos.

R.—Eso es, á los últimos, cuando ya no pueda confesarse, cuando ya no tenga fuerza ni entendimiento para comprender que ha llegado su última hora, y que va á ser llamado á comparecer ante Dios. ¿Entonces quieres llamar al Sacerdote para que administre al enfermo, es decir, cuando de nada puede ya servirle! Más sencillo seria dejarlo morir como un perro.

Jesucristo es Dios de vivos, no de muertos, y no nos dió á sus Ministros para sacramentar cadáveres.

Mentira parece lo que en este punto suele pasar entre cristianos; pues no solamente se huye y se retarda el preparar debidamente á los enfermos, sino que á veces se vé á la fa-

milia entera formar una especie de conspiracion para estorbar que el Sacerdote entre en la alcoba, ménos cuando se le insulta y se le llama *imprudente*, *inhumano*, todo porque quiere salvar un alma.

Y luégo, cuando ya no es tiempo, cuando el enfermo no está ya en estado de prepararse, si al buen Sacerdote le ocurre hacer un cargo á la familia, se le suele responder con mucha frescura: « Oh! si era tan bueno! tan santo! tan amante de sus hijos! No tenga V. cuidado, señor Cura; que lo que es ese pobrecito, entra en la gloria sin tropezar! » Y muchas veces el desdichado de quien se hacen tales elogios, hacia ya muchos años que ni áun se acordaba de que era cristiano.

Todo ¿ por qué? Por la pícara manía de que la vista del Sacerdote asusta y empeora al enfermo, y que hablarle de confesarse es darle una puñalada. ¡ Como si se hubieran muerto todos los que han sido administrados! ¡ Como si la experiencia no probase lo mucho que se tranquiliza el pobre enfermo con recibir los consuelos de la Religion! ¡ Como si no estuvieran ahí los mismos médicos para asegurar, como aseguran por su mucha experiencia en este asunto, la infinidad de veces que han visto á sus enfermos mejorarse y hasta vencer el mal desde el momento mismo de ser administrados!

Por Dios, hijo mio: no consientas que en tu casa dejen morir de este modo bárbaro y

cruel á nadie de tu familia: aconseja que se haga lo mismo en casa de tus amigos, y haz á todo el mundo la caridad de contribuir á desvanecer esa aprension ridícula é impía de que el administrar á los enfermos es lo mismo que matarlos.

Cuando te sientas gravemente enfermo, ó veas que lo está algun pariente, algun amigo tuyo, haz, en cuanto esté de tu parte, que se pidan los consuelos de la Religion; pues bien sabes, y el *Catecismo* te lo dice, que dán salud al alma, y al cuerpo *si le conviene*.

No temas que esta santa preparacion cause ningun daño. Por ventura ¿el tener uno corriente su pasaporte, le obliga por fuerza á emprender la marcha?

LVIII.

Bueno. Empezaré vida cristiana allá más adelante, cuando tenga más vagar que hoy. Sobre todo, á la hora de la muerte me confesaré, pues me propongo no morir sin Sacramentos.

R.—¿Con que *allá más adelante*, eh? ¿Y si te dá esta noche un accidente, y te mueres sin decir Jesús?

¿Allá más adelante, cuando tengas más vagar que hoy!... ¿Desdichado! ¿Es tuyo, por ventura, el dia de mañana? ¿Sabes qué será de tí dentro de cinco minutos? ¿Quién eres tú

para poner plazos á la paciencia de Dios?

—«Pero Dios, me dirás, es misericordioso, y no me dejará morirme sin que me haya reconciliado con él.»—¿Y si te deja? ¿Qué cargo podrás tú hacer á Dios, si no quiere esperarte? ¿Pues no te ha dicho con ejemplos diarios, que pasan á tu misma vista, que nadie conoce su última hora.

¿No te ha dicho Dios que tú le debes todos los momentos de tu vida? ¿Y no te ha ofrecido que, cuando quiera que le pidas misericordia, te perdonará? Pues ¿con qué derecho con qué razon puedes poner á prueba su paciencia?

Si te dijeran que en tu casa hay un barril de pólvora oculto, que puede estallar de un momento á otro ¿te estarias mano sobre mano, y dirias: «allá más adelante lo buscaré, cuando tenga más vagar?» No, sino que revolverias toda la casa, y no tendrias un momento de sosiego hasta haber encontrado la pólvora y haber evitado el peligro. Pues haz por tu pobre alma lo que harias por tu casa. La muerte es el barril de pólvora que amenaza saltar á cada instante: apresúrate de modo que no te coja desprevenido; y no pierdas un dia, ni una hora, ni un minuto.

Jesucristo te lo dice: *«Velad, y estad prontos; porque he de venir á la hora que menos penseis... Sí, el Señor vendrá el dia que menos lo espereis, en el momento que ignorais, y desechará al siervo infiel.... Entonces será el*

llanto y el crujir de dientes.»—(San Mateo, cap. 24.)

Y esto que te dice Jesucristo, lo estás tú viendo á cada instante. ¡Tan poca mella te hacen, ó tan pronto te olvidas de las infinitas muertes repentinas que habrás oído contar, y que tú mismo habrás presenciado?

Nunca se me olvidará un pobre jóven de 17 años, detenido en la prision de París llamada la *Roqueta*, que fue el único entre todos los demás presos que se negó á las vivas instancias del Capellan de la prision para que cumpliera con la Iglesia.—«El año que viene lo haré (respondió): por este año, no tengo ganas de eso.»

Al dia siguiente fue el Capellan á confesar á los presos de la enfermería, y halló entre ellos al jóven de este caso, que habia caido con calentura en la pasada noche. Acercóse el buen Sacerdote á su cama, y lo encontró con los ojos cerrados y el rostro amarillo. Preguntó á la hermana enfermera qué le habia dado á aquel jóven, y esta le respondió: «Poca cosa: alguna calenturilla de indigestion.»—«No, no: replicó el Capellan: este muchacho está muy malo: es menester que el médico lo vea al instante.»

En esto, entra el médico, pulsa al enfermo, le pone la mano sobre el corazon, y exclama todo demudado. ¡Ay Dios mio!—¿Qué es eso? ¿qué sucede? pregunta el Sacerdote.—¿Qué ha de ser? responde el médico, des-

pués de examinar de nuevo: que este jóven está muerto.»

— «¡Muerto! exclamó el Capellan aterrado. ¡Muerto! ¡el infeliz! Y me decia ayer noche: *El año que viene lo haré: este año no tengo ganas de eso!*

En la cama inmediata habia entre tanto otro preso, de la misma edad que este desgraciado, el cual, sacramentado pocos dias ántes, esperaba su última hora.— «¡Oh padre mio! (dijo cuando vió al Sacerdote) ¡qué contento estoy! ¡Querrá Dios llevarme pronto censigo?»—Y oyendo entónces al Capellan, que le daba esperanzas de ponerse bueno, le dijo con un semblante angelical:— «No me diga V. eso, padre mio: si saliera de esta, quizás volveria á olvidarme del buen Dios: mejor quiero morirme, pues ahora creo que Dios me recibirá.»

Y Dios le cumplió su deseo: aquella tarde murió como un santo, pronunciando el dulce nombre de Jesús.

¡Cuántos otros casos no pudiera contarte de espantosas desgracias! A cuánto infeliz no pudiera citarte, que ha muerto en medio de una riña, al salir de una casa de juego, en un lugar de mala vida!

Y de alguno pudiera tambien decirte, en cambio, á quien la muerte repentina no le ha cogido desprevenido.

Me acuerdo de un pobrecillo aprendiz, hijo de tan buenos padres, y tan bien inclinado

de suyo, que el día en que recibió su primera Comunión, había hecho propósito firme de no irse jamás á la cama en pecado mortal. Habiendo tenido la desgracia de cometer uno, pocos meses después, se acordó de su propósito, y al instante trató de confesarse. Pero se le ofrecieron mil dificultades, porque le había caído aquel día mucho trabajo, hacia mal tiempo, y además la Iglesia estaba muy lejos.

Con este motivo dijo para sí: «¡Vaya! otro día, si Dios quiere, lo haré.»—Sin embargo, su propósito se le venia á la memoria, y estaba diciéndole continuamente.—«Cumple lo que has prometido á Dios: vete á confesar.» Atormentado con esta lucha interior, no sabía qué hacer, cuando, hincándose de rodillas, rezó un *Ave María* pidiendo á la Virgen Santísima que le iluminara, pues el buen niño sabía cuánto vale la oración.

Levantóse, por fin, se fue á la Iglesia y se confesó. Volvía contento como unas pascuas, y habiéndose encontrado en el camino á su madrina, le contó cuanto le había sucedido, y se despidió de ella satisfecho de haberse reconciliado con Dios, y dispuesto á dormir tranquilo.

Acostóse, y á la mañana siguiente, que era domingo, su buena madre, que en tal día acostumbraba á dejarle dormir un poco más que los otros, no fue á despertarle hasta bien entrada la mañana. Llamóle, golpeando la

puerta de su cuarto; pero pasó un buen rato, y el niño no se levantaba. Incomodada ya la madre de tanta pereza, entró en su alcoba y le dijo: «Vamos arriba, haragancillo: las horas que son ya! ¿no te dá vergüenza?»

Pero tampoco el niño dió rumor de sí. Acércase á él entónces su madre, ya un poco inquieta; le toca, y le encuentra frio; le mira, y le vé pálido y sin movimiento... La pobre madre lanza un grito de dolor y cae en tierra sin sentido. Su hijo estaba muerto, y su eadáver ya frio.

¡ Dichoso él mil veces, que no habia dejado *para otro dia* el ponerse en gracia de Dios!

Dichoso tú, hijo mio, si teniendo presentes estos ejemplos, y los muchos que habrás visto por tí mismo, eres bastante juicioso y bastante cristiano para esperar sin temor la muerte á la hora que Dios quiera mandártela. Ya sabes el cantar:

Mira que te mira Dios:
Mira que te está mirando:
Mira que te has de morir:
Mira que no sabes cuando.

CONCLUSION.

Hemos terminado nuestras conversaciones, hijo mío. Tú ves que en ellas no he querido ni entretener te con pulidos discursos, ni hacer alarde de talentos y de ciencia. Yo no he querido otra cosa sino hablar á tu razon con aquellas pruebas y ejemplos que no pueden ménos de hacer fuerza á todo el que esté en su cabal juicio.

Muchas más cosas de las que tú me has presentado como OBJECIONES, se piensan y se dicen en el mundo contra la Religion. Pero te he respondido á las principales, y, si quieres meditar bien mis RESPUESTAS, acaso verás que en ellas tienes lo bastante para contestar á cualquier otra especie de argumentos que te hagan contra la fe de nuestros padres.

Yo te aseguro que, sean ellos los que quieran, no valen más, ni tienen más fundamento que los que te dejo contestados. Y la razon es que yo te he enseñado la verdad, y que contra la verdad nada puede decirse que no sea mentira.

Si alguna de mis RESPUESTAS no te pareciere clara, ó no te convenciere, achácalo á torpeza mia, no á falta de buenas razones para probarte la verdad de cuanto te digo. En todo caso, si alguna duda te quedare, yo te aconsejo y te ruego que se la digas franca-

mente á algun Sacerdote instruido y bueno, como gracias á Dios no faltan entre nosotros, el cual acabará de ilustrarte y de convencerte.

Tú verás mejor cada dia cuán racional, cuán útil, cuán santa y cuán fácil de practicar es nuestra Religion divina. Tú la amarás con mayor celo, miéntras mejor la conozcas, y te convencerás de que los que la combaten, ó no la conocen (y son la mayor parte), ó tienen algun interes en destruirla.

Los hombres de bien, y los sábios verdaderos son y no pueden ménos de ser cristianos.

Quiera Dios, hijo mio, que puedan mis palabras ser ocasion para que ganes la fe, si te falta, ó para que la aumentes, si ya la Divina Misericordia te la ha concedido. Yo no he pretendido más que hacerte bueno enseñándote la verdad, ni deseo más que proporcionarte paz y gozo interior en esta vida, que te sirvan de camino seguro para alcanzar en la otra la eterna bienaventuranza.

Bendígate Dios, hijo mio: pídele por ti; pídele por todós los hombres, que son tus hermanos. Pídele por mí, que te amo muy de veras.

Adios, hijo mio: hasta el Paraíso, donde espero que nos veamos para no separarnos ya nunca.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO DEL EDITOR.....	5
OBJECIONES Y RESPUESTAS.	
I. ¿Qué falta me hace á mí la Religion? A fe que yo no tengo ninguna, y esto no me quita de estar tan gordo y tan bueno.....	13
II. No hay Dios.....	27
III. No hay más vida que está de por acá: con la muerte todo se acaba.....	29
IV. Todo lo que sucede en este mundo, es hijo de la casualidad, y Dios no se mete en nada de cuanto pasa por acá abajo; pues á no ser así, no veríamos tanto desconcierto, y tanta cosa imperfecta y mala como hay.	34
V. La Religion es cosa buena allá para las mujeres	47
VI. La verdadera Religion es ser uno hom- bre de bien. Con esto basta y sobra.....	49
VII. Diga Vd. lo que quiera, la mejor de las Religiones es hacer á nuestros semejantes todo el bien que podamos.....	56

- VIII. Bueno: convengo en que la Religion sea capaz de hacer todo el bien que Vd. dice; pero, si es así, ¿por qué, en lugar de estarnos hablando siempre de la otra vida, no trata algo más de esta, y cuida de que no haya pobres?..... 62
- IX. Pero Vd. quiere que vivamos todos como ermitaños. No señor, la vida debe pasarse alegremente; y, pues tan bueno es Dios, no puede ménos de habernos criado para que seamos felices..... 67
- X. Dice Vd. que los Comunistas son malos; y yo veo que los Apóstoles y los primitivos cristianos eran lo mismo que ellos: eran pobres, y todo lo suyo era para todos; y, por añadidura, andaban siempre perseguidos y baqueteados, cabalmente lo propio que los Comunistas 77
- XI. Diga Vd. Si la Religion es cosa tan buena, ¿cómo hay algunos sábios y hombres de talento que no creen en ella?..... 80
- XII. Los Curas no hacen más que ejercer un oficio como otro cualquiera, y ellos mismos saben que no es verdad lo que predicán.... 88
- XIII. ¿Para qué sirven los Sacerdotes? ¿Son por ventura, otra cosa más que una turba de holgazanes?..... 92

XIV. ¿Cómo pueden ser Ministros de Dios los malos Sacerdotes?.....	96
XV. Bueno fuera que los Curas se casaran; porque lo demás es ir contra la naturaleza.	99
XVI. Ningun hombre formal ha creído nunca lo que no entiende, y eso me sucede á mi con los misterios de la Religion.....	105
XVII. Yo bien quisiera tener fe; pero si no puedo	113
XVIII. Lo mismo da una Religion que otra; porque todas son buenas.....	118
XIX. No puede negarse que Jesucristo es un sábio eminente, un gran bienhechor de los hombres y un gran Profeta. Pero ¿es verdaderamente Dios?.....	131
XX. ¿Porqué me ha dicho Vd. que los protestantes tienen una Religion falsa? ¿Pues no son tan cristianos como los católicos? Yo creo que todos somos casi lo mismo.....	150
XXI. Pero, en fin, el Evangelio de los protestantes ¿no es lo mismo que el nuestro?...	168
XXII. Un hombre de bien no debe cambiar nunca de Religion, sino que cada cual debe vivir y morir en la que ha nacido.....	171
XXIII. La Iglesia Católica es una antigualla, que ya pasó.....	174
XXIV. Pero ¿la Iglesia es hoy lo que el Evan-	

- gelio puro la manda ser , lo que fueron los primeros cristianos?..... 181
- XXV. Pues, señor, yo me formo acá mi Religion, y la practico como me parece. Cada cual tiene su manera de servir á Dios..... 187
- XXVI. Pero, en fin, la Iglesia se compone de hombres: hombres son los Papas y los Obispos y los Curas ¿cómo han de ser infalibles? Yo estoy pronto á obedecer á Dios, pero no á hombres, que son como yo, ni más ni menos 189
- XXVII. ¿Con que es decir, que fuera de la Iglesia nadie puede salvarse? ¿Pues, qué es entónces del gran número de vivientes que no son católicos?..... 193
- XXVIII. Pero, ¿y la Inquisicion?..... 199
- XXIX. ¿Qué es el Infierno? ¿Dónde está? ¿Ha venido alguna vez de allá quien lo cuente? 205
- XXX. Pero Dios es demasiado bueno para que vaya á condenarme 210
- XXXI. Haga yodo que quiera, no ha de ser de mi salvacion más que lo que Dios tenga previsto de toda eternidad. Con que 213
- XXXII. La Religion nos prohíbe ciertas comidas en determinados dias. ¿A qué viene esto? ¿por qué me condenó yo si como carne en Viernes? ¿qué más tiene la carne el dia de

abstinencia que el que no lo es?	217
XXXIII. 1. ^a Si tan útil y buena y santa es esa abstinencia ¿por qué la Iglesia me dispensa de ella pagándole unos cuantos reales que (dicho sea entre nosotros) sabe Dios en lo que se emplean?—2. ^a ¿No es este uno de los muchos abusos de la Iglesia, que por cierto corre parejas con el tráfico que se hace de Indulgencias plenarias y parciales, y otros por el estilo?—3. ^a Con razon se dice que á Roma se va por todo, y que quien lleva allá dinero todo lo consigue.—4. ^a Y lo propio sucede por acá, pues cada parroquia es una socaliña perpétua: nacer y enterrarse, y todo lo que hay en medio, cuesta un ojo de la cara.....	220
XXXIV. Dios no necesita de mis oraciones, pues demasiado sabe lo que me hace falta sin que yo se lo pida.....	230
XXXV. ¡Ah! Yo he pedido mucho á Dios, y ha sido en vano. He perdido mi tiempo..	232
XXXVI. Pero ¿qué le he hecho yo á Dios para que me mande tantos trabajos?.....	233
XXXVII. El invocar á la Virgen ¿no es una supersticion? y además ¿cómo ha de poder oírnos cuando la rezamos?.....	236
XXXVIII. ¿Por qué no hay ya milagros como	

antes?.....	240
XXXIX. ¿Por qué la Iglesia habla latin, que es una lengua tan poco conocida?.....	245
XL. Los Curas están siempre pidiendo dinero.	247
XLI. La Confesion es cosa inventada allá por los Curas.....	249
XLII. ¿Para qué sirve la Confesion?.....	254
XLIII. Yo no he robado, no he matado, no he hecho mal á nadie: con que ¿para qué y de qué he de confesarme?.....	258
XLIV. Y luego, eso de confesarse es muy fastidioso.....	262
XLV. Eso de ir á confesar, era bueno cuando yo iba á la escuela: pero ahora ya.....	263
XLVI. Devotos conozco yo, que se confiesan muy á menudo, y á fe que no tienen nada de santos.....	264
XLVII. ¿Cómo ha de estar realmente presente en la Eucaristia el Cuerpo de Jesucristo? Imposible.....	265
XLVIII. Ninguna falta me hace ir á misa. Para hablar con Dios me basta mi casa.....	270
XLIX. No tengo tiempo para eso.....	273
L. Ni tampoco puedo: es cosa muy difícil.....	276
LI. No quiero que nadie se burle de mi, ni singularizarme, sino hacer lo que los demás	280
LII. ¿Quiere Vd. hacerme un santurron faná-	

tico?.....	285
LIII. La vida cristiana no es para mí. ¡Privarse de todo! ¡tener miedo á todo! Quite usted allá.....	287
LIV. No soy yo digno de llegarme á recibir los Sacramentos. Ni se debe abusar de las cosas santas.....	289
LV. Yo he sido un pecador muy grande, y no es ya posible que Dios me perdone	290
LVI. Hay que dar á la mocedad lo que es suyo.	293
LVII. Sacramentar á un enfermo es lo mismo que matarlo. Para eso debe esperarse á los últimos.....	294
LVIII. Bueno. Empezaré vida cristiana allá más adelante, cuando tenga más vagar que hoy. Sobre todo á la hora de la muerte me confesaré, pues me propongo no morir sin Sacramentos.....	296
CONCLUSION.....	302

BIBLIOTECA CENTRAL



BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001905693

3-BIB/UT
INSTITUT
D'ESTUDIS CATALANS
BIBLIOTECA

(120)

2283

